

EL DESPERTAR DEL CHAKA RUNA

JORGE TAMAYO BRAVO

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2018**

EL DESPERTAR DEL CHAKA RUNA

JORGE TAMAYO BRAVO

Trabajo de Grado

ASESOR:

Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2018**

“Las ideas y conclusiones planteadas en este trabajo son responsabilidad exclusiva del autor”.

Artículo 1° del Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

Presidente del Jurado

Jurado

San Juan de Pasto, diciembre ____ de 2018

AGRADECIMIENTOS

El autor desea expresar sus agradecimientos:

Al profesor Gonzalo Jiménez, por su paciencia y sus consejos oportunos.

A la comunidad de los ingas, de Aponte, que me dieron la inspiración para la escritura de esta novela.

A mi querido hijo, que me enseñó a soñar, a volar y maravillarme de la vida.

A mis padres, por su apoyo, por el amor y la motivación que me han brindado.

A a las plantas maestras de conocimiento, que me entregaron la sensibilidad para escribir.

A todos los pueblos indígenas, que han sido sometidos, aislados, víctimas de la opresión del genocidio, debido a un sistema capitalista que los ha condenado a abandonar sus costumbres, su cosmovisión.

También, a las formas de resistencia, que plantean otras racionalidades, otros sentidos de existencia alternativos a sistemas totalitarios, enfermos y autómatas, que solo buscan la esclavitud del ser.

Además, a las plantas maestras, como el yagé, el yopo, los hongos, que han hecho florecer una gran sensibilidad por el arte, la vida, el mundo; una fuerte conexión con la tierra, con los seres vivos, con el espíritu absoluto, con el cosmos, el universo; un camino de sabiduría, de sanación espiritual y física, con saberes que se han custodiado durante milenios, pero, lastimosamente, resultan intrascendentes en el discurso académico.

Del mismo modo, a la selva, a su diversidad, a sus moradores, los taitas, los grandes abuelos, lectores del espíritu, de la mente; sabios maestros, que jamás han pasado por la universidad, pero cultivan su magia, su armonía y sabiduría; a su colorido, a sus misterios, a los ríos profundos que la surcan, a los seres extraordinarios; a su energía; a los ciclos perfectos, que la estupidez humana aún no ha comprendido, donde nada muere, solo se transforma y se inicia nuevamente la vida.

A las aves del paraíso.

Al hombre del chaka runa, que en el ser colibrí representa una raza cósmica; la esperanza para la humanidad, que manifiesta la superación del pasado hostil; un hombre puente, universal producto de todas las estirpes que convergen en América; la unión de todos los pueblos: el blanco, el negro, el indígena y el mongol. La quinta estirpe, que persigue el sentido de la belleza; viajeros del tiempo, que provienen de las estrellas; una estirpe unida y triunfadora, que crea una filosofía nueva, en la que prolifera el amor, que supera a todas las estirpes, cuya capital es Universópolis; una estirpe que acepta a todos los individuos que coexisten en armonía. El gran augurio de la civilización inca: una estirpe llamada a trabajar junta, con un solo objetivo: preservar la tierra. Y esos seres humanos son los que viven en Latinoamérica.

RESUMEN

Con este trabajo se pretendió la búsqueda de otra racionalidad, otra estética de existencia, a través de los imaginarios socioculturales, que rompieron con los vectores de la domesticación humana de los sistemas totalitarios; se denunciaron los abusos y genocidios del cristianismo, en los procesos de colonización, de los que han sido víctimas las comunidades tribales, en Sur América.

Se ha luchado incansablemente por constituir una identidad cultural ya perdida; por salir del fascismo ideológico, de la discriminación racial y de la lucha de clases sociales; se manifestó la búsqueda de una sociedad pluricultural armoniosa, donde predomine el intercambio de lengua y de tradiciones entre mundos y culturas: la amazónica; la andina, de origen quechua, y la urbana, de raíces europeas; el viaje tuvo un papel importante en la novela, tanto en lo físico como en lo existencial.

Se realizó un estudio de algunas sociedades que giran en torno a enteógenos, utilizados de una forma responsable; se analizaron estados de trance, que han conectado al ser humano con el cosmos y el universo; se ha recuperado algo de la tradición oral de legados ancestrales, de pueblos aborígenes de los Andes y la Amazonia.

Se mostró que las historias tradicionales han educado, creado a la sociedad, anulado el tiempo y el espacio y se han tornado trascendentes; se profundizó en la noción de chamanismo como un método que ha diagnosticado el sufrimiento humano y augurado el surgimiento de la estirpe universal de los hombres del chaka runa; se ha abundado en un discurso en defensa de la naturaleza y los animales salvajes.

Palabras claves:

- Ancestral
- Colonización
- Enteógeno
- Multiculturalidad
- Viaje

ABSTRACT

This work tries to search for another rationality, another aesthetics of existence, through socio-cultural imaginaries, which have broken with the vectors of human domestication of totalitarian systems. Here, the text denounces abuses and genocides of Christianity, in the processes of colonization, of which tribal communities have been victims in South America.

The text refers to the tireless struggle to constitute a lost cultural identity, to get out of ideological fascism, racial discrimination and the struggle of social classes. The text establishes the search for a harmonious multicultural society, where the exchange of language and traditions between worlds and cultures predominates: the Amazonian; the Andean, of Quechua origin, and the urban, of European roots. The trip played an important role in the novel, both physically and existentially.

There is a study of some societies that revolve around entheogens, used in a responsible way; study of trance states, which have connected the human being with the cosmos and the universe; the recovery of something related to the oral tradition of ancestral legacies, of aboriginal peoples of the Andes and the Amazon region.

The novel shows that traditional stories have educated, created society, annulled time, space, and become transcendent. This deepens in the notion of shamanism as a method that has diagnosed human suffering and augured the emergence of the universal lineage of the men of the chaka runa. In addition, the text has abounded in a speech in defense of nature and wild animals.

Keywords:

- Ancestral
- Colonization
- Entheogen
- Journey
- Multiculturality

CONTENIDO

	Pág.
Presentación	11
El despertar del chaka runa	32
1. El origen	33
2. El gran viaje	36
3. La maldición aborígen	39
4. La agonía mestiza	42
5. El impostor	45
6. Los duendes lujuriosos	49
7. La gualumba libidinosa	52
8. Los enanos burlones	56
9. El eslabón perdido	60
10. El inicio del camino sagrado	63
11. Las huellas del jaguar	68
12. La familia cósmica	75
13. El artista de la sicodelia	81
14. La bruja del misterio	85
15. El guerrero de la jungla	94
16. El taita yopo	100
17. El nietzscheano bohemio	105
18. La madre coca y su tejido de palabra	109
19. La abuela de los hongos oníricos	117
20. el viaje de la vida	120
21. El ocaso del éxtasis	126

LISTA DE FIGURAS

	Pág.
Figura 1. River between tres under blue sky. Balok.	35
Figura 2. Silhouette	67
Figura 3. Sophia	80
Figura 4. Colibrí	84
Figura 5. Mujer fantasía	93
Figura 6. Asilah	108
Figura 7. Peak of goats	125

PRESENTACIÓN

Los temas que se desarrollaran a continuación forman parte de una apertura hacia la novela *El despertar del chaka runa*; principalmente, se abordó el proceso de escritura, con la teoría acerca de la novela de autores como Mijaíl Bajtín, Alberto Chimal, Gabriel García Márquez, que plantean algunas pautas y una estética para el ejercicio de la escritura. También, se toman grandes obras referentes, como *Juego de tronos*, *El Periquillo sarniento*, *Las enseñanzas de don Juan*, ya que sus temáticas se enfocan de alguna forma en la novela que se ha escrito, que toca varios géneros; se trabaja mucho el concepto de ficción, en que se crean posibles sentidos de existencia, otras racionalidades. Con bastante coherencia, todos estos autores adelantan un estudio etnográfico para escribir. puntos claves para nutrir *El despertar del chaka runa*.

Otro ámbito importante es el de la etnoliteratura, en la cual se abordaron autores como Michel Foucault y Héctor Rodríguez, quienes estudian los imaginarios socioculturales como punto de quiebre a sistemas totalitarios del pensamiento; desconstruyen verdades absolutas, que han minimizado el pensar indigenista. Básicamente, *El despertar del chaka runa* forma parte del discurso de afuera, como un acontecimiento que altera los vectores de la domesticación humana y propone la salida de la idea de un hombre ordenado, civilizado y genérico.

También, pareció acertada, para nutrir la novela, la prosa de José María Arguedas, un defensor del indigenismo y de la identidad cultural que, a través de su estética, establece una fuerte denuncia al genocidio, al capitalismo y la opresión.

Además, se ha hecho un estudio en sociedades tribales que giran en torno a enteógenos, como se trasluce en la obra sobre el *Yurupary*, que plantea al mito como la fuente para formar una cultura; del mismo modo, Mario Vargas Llosa, con *La casa verde*, que recrea el espacio de la selva amazónica y genera una descripción compleja de ese espacio, tal como intenta plantearlo *El despertar del chaka runa*, como una fuente inspiradora, de creación de imaginarios.

Para referirse al contexto de la novela, se abarcan literaturas fronterizas, que se desplazan en el campo y la ciudad y se tomó como guía la novela de la violencia en Colombia, ya que la obra que se ha escrito constituye una alusión a la guerra, el conflicto, la violencia, los desmanes y el despotismo de una sociedad enferma y, por último, al tomar en cuenta la formación pedagógica, se nutre esta reflexión con la lectura de los textos de María Eugenia Dubois y Graciela María Elena Fernández, que plantean estrategias didácticas para promover la lectura y escritura en el aula y la actualización de los saberes a la hora de

desarrollar una cátedra, ya que los docentes tienen un gran compromiso y desafío con la nueva juventud lectora.

1.1 El proceso de escritura

Los temas de la novela *El despertar del chaka runa*, de una forma general y grosso modo, constituyen un breve esbozo; en la obra como tal, todo es más amplio y descriptivo; se plantean unos agradecimientos para todas las personas que colaboraron directa o indirectamente para la construcción de este trabajo; parte de la presentación se enfocó en la dedicatoria, que resulta de gran importancia, ya que los elementos y seres mencionados en esta parte han despertado una significativa sensibilidad; han constituido una fiesta en el corazón, que ha llevado a que el arte floreciera; llenaron de pasión y motivaron a vivir con más intensidad, a soñar, a ser un bohemio; han brindado el valor para escribir; incitaron el espíritu creador y lo llevaron hacia el surgimiento de una estética de existencia.

Para escribir la obra literaria *El despertar del chaka runa*, principalmente, se ha abordado la *Teoría y estética de la novela* de Mijaíl Bajtín; como una construcción social, la literatura no es una construcción autónoma e independiente de los demás sistemas de signos; debe ser una conciencia, una proyección de la realidad sociológica. La consciencia es el organismo sensorial que debe unirse al mundo exterior por medio del signo; la actividad literaria abarca el universo semántico del lenguaje, con lo que surge un interrogante sobre el lenguaje.

El lenguaje es la realidad concreta del habla, donde se da el intercambio comunicativo. La consciencia es de carácter verbal; la determinan los factores sociales que rodean al individuo. La ideología y las relaciones sociales conforman la estructura llamada sociedad, que se vierte en las producciones artísticas de sus individuos, para quedar allí algo del inconsciente transindividual de ese miembro de la sociedad.

Todo discurso es expresión, no de un interior que se exterioriza, sino de un exterior que se interioriza de forma especial, desde el momento en que el ser humano es producto de la sociedad. Bajtín propone salir del monologismo, que es una forma de discurso en que no se diferencia entre las distintas voces participantes: la voz del narrador, de un príncipe y de un campesino aparecerán con un mismo estilo y léxico, porque el sujeto autor se centra en sí mismo y no intenta proceder a un acto de comunicación que significara un encuentro real con la otredad.

El aspecto dialógico, en cambio, establece un enunciado cultural y artístico que muestra un intercambio entre un destinador y un destinatario, que se intercambian en sus roles, para convertirse el destinador en destinatario y viceversa, en un proceso dialógico de conversación. En la literatura existe una pluralidad de consciencias y de discursos; en general, se relaciona con la cultura popular y espera una respuesta por parte del lector, ya

que se ubica en las fuerzas centrífugas de la sociedad; esta respuesta puede ser de: risa, placer, goce.

Dialogismo proviene de la palabra diálogo, que es la representación directa, en el discurso novelístico, del intercambio verbal entre dos o más personajes. Según Bajtín, la cualidad especialmente destacada en las novelas es la polifonía, por la cual el diálogo resulta de la interacción de múltiples voces, conciencias, puntos de vista y registros lingüísticos. Ese dialogismo implica la heterofonía o polifonía textual, la aparición de voces distintas para caracterizar a los personajes, que es uno de los elementos fundamentales del relato moderno; es diferenciadora del habla de los protagonistas, se presentan múltiples estilos orales y escritos de una época.

También, el dialogismo se relaciona con la heterología o alternancia de tipos discursivos o variantes lingüísticas individuales, formas de pronunciación y articulación del habla, al igual que el léxico de los personajes; además, la heteroglosia, o presencia de distintos niveles de lengua, diferentes formas de lenguaje asociadas con diferentes grupos sociales y sus diversos puntos de vista, de manera que el hablante de una lengua tiene que apropiarse, a partir de la palabra de los demás, de la lengua que habla y adaptarla a sus propias necesidades.¹

Otro libro importante para nutrir este trabajo, del mismo autor Mijaíl Bajtín, es *Problemas de la poética de Dostoievski*, que propone la descripción de la transindividualidad; adquiere, por primera vez, la forma de diálogo, que se desarrolla como relación entre el autor de una obra artística y su héroe; por medio del héroe dialoga la existencia. El héroe se concibe como otro yo y ese otro yo tiene valor constitutivo para la formación del yo individual.

Bajtín plantea que la Historia literaria también cambia cuando se transforman sus héroes y, en especial, cuando se modifican las relaciones entre los autores y los héroes que ellos inscriben en la literatura. La voz única e inigualable del héroe constituye una evidencia de la diferencia con respecto a la voz del autor; aquí, el héroe debe reconocer la presencia de otras conciencias e interactuar con ellas; se trata de percibir, aceptar, interactuar e incluso incorporar otros acentos y tonalidades únicas. Este diálogo presenta a otro: el tercero, aquel que puede ver, comprender y valorar el acontecimiento globalizante de la obra artística literaria, desde otro punto de vista; este tercero es el personaje con diálogo de la novela que presenta al héroe desde su punto de vista, que, según Bajtín, era Dostoievski. Se evidencia la capacidad de este autor para representar el pensamiento ajeno por medio de la palabra (discurso ideológico) y llevar al lector más allá de una obra, para conocer a fondo la

¹ Mijaíl Bajtín. *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus, 1989.

conciencia del ser. Así, la novedad radica en que los personajes son sujetos capaces de enfrentarse a su autor, por lo que sus conciencias son autónomas.²

Otro referente importante utilizado para aproximarse a una teoría de la novela es el mexicano Alberto Chimal, con su obra *Cómo empezar a escribir historias*, en la que se han tomado las pautas más importantes para desarrollar el trabajo como:

1. Recuerde un suceso importante o interesante de la última semana y cuéntelo: escriba simple y brevemente qué sucedió, en primera persona (“yo hice”, “yo dije”, etc.). Una vez desarrollado el ejercicio, observe que lo escrito muestra, casi con seguridad, algo que cambió, aunque fuese pequeño, en la existencia de quien vivió el hecho.

2. Pídale a otra persona que cuente un suceso importante o interesante. Luego, escríbalo en tercera persona (“ella hizo”, “él dijo”, etc.). Observe que este es otro modo fundamental de contar: no lo que uno mismo hizo, vivió o presencié, sino las experiencias de otros.

3. Escriba una nueva versión del ejercicio anterior, con cambio de la tercera a la primera persona: cuente con exactitud los mismos hechos, pero modifique la redacción (por ejemplo, en vez de “él hizo”, “yo hice”). El resultado va a ser un escrito en el que alguien, que no es el que escribe, parece que contara su propia historia: un cambio de perspectiva (de punto de vista) de la historia que se ha contado previamente.

4. Encuentre una noticia interesante en el periódico, relacionada con personas que no se conocieran. Luego, escriba una versión del suceso desde el punto de vista de alguna de esas personas (en vez de la narración más impersonal, que suelen tener las notas periodísticas). ¿Cómo experimentó la víctima un robo? ¿Qué pensaba una protagonista que llegó al estreno de su película? Casi con seguridad, se va a necesitar que se imaginara más de lo que la noticia dice: detalles de la acción, del lugar, de los pensamientos. Este es un paso importante, pues lleva a la creación de personajes.

5. Vea una película y elabore un resumen o sinopsis sobre ella; es decir, escriba sobre los hechos relevantes que suceden en la historia, del principio hasta el final. Un resumen puede ser mucho más breve que la historia de la que se parte y, a la vez, proporcionar una idea general sobre la totalidad. (A veces, la palabra sinopsis se emplea para referirse a los resúmenes fragmentados, que se encuentran en cajas de películas o en notas de espectáculos, y que no relatan el final de las historias; en este caso, se necesita llegar hasta el final, para captar esa totalidad.)

6. Escriba en tercera o en primera persona un sueño que se hubiera tenido. Mientras más extraño el sueño, mejor. No se trata de interpretarlo: simplemente, se deben relatar los sucesos raros y, a veces, imposibles, que se pudieran experimentar cuando se sueña. Éste es

² Mijaíl Bajtín. *Problemas de la poética de Dostoievski*. México: FCE, 1988.

otro paso importante: sirve para que se empiece a relatar cosas que no han sucedido; es decir, a escribir ficción.

7. Imagine a una persona con algún rasgo de carácter distinto del propio: por ejemplo, si es tímido, imagine a alguien extrovertido; si es impulsivo, imagine a alguien que piensa mucho antes de actuar, o cualquier otra alternativa semejante. Luego, para recordar el ejercicio 1, imagine qué hubiera pasado si el suceso que se contó en ese ejercicio le hubiera pasado a esa persona (o, mejor, a ese personaje: a ese individuo inventado). ¿Todo hubiera sido igual, algo hubiera cambiado, la conclusión hubiera sido la misma? Por último, escriba una nueva versión del ejercicio 1, en primera o tercera persona, en la que el personaje inventado fuese el que vive los hechos.

8. Imagine algo interesante distinto, que pudiera haberle pasado al personaje inventado en el ejercicio anterior y escríbalo como una nueva historia. Esto ya es invención pura, como la de la mayoría de las historias que se van a encontrar (y que tal vez se van a escribir) en la literatura.³

En la misma forma, parece fundamental sugerir el texto de Gabriel García Márquez, *El oficio de escritor*, en el que se refiere a algunas pautas para ser un buen escritor, como que un escritor puede escribir lo que se le dé la gana, siempre que fuera capaz de hacerlo creer. Se deben crear relatos verosímiles, aunque fueran ficticios; otro consejo de Gabo lleva a que no cayera en la monotonía; no se debe obligar al lector a que leyera una frase de nuevo; cuando se escriba una novela, ahí se lo debe decir todo; pensar que aquello que se escribe va a ser lo mejor que se hubiera escrito nunca, porque, luego, siempre queda algo de esa voluntad; el escritor jamás debe perder la sensibilidad respecto al mundo, nunca debe dejar de maravillarse; no perder el interés por escribir, pues cuando el escritor se aburre escribiendo, el lector se va a aburrir leyendo. Como lo dice el mismo Gabo, el deber revolucionario del escritor siempre debe ser escribir bien.

Para ser un buen escritor es importante leer mucho, del derecho y del revés a los grandes autores, que han creado y alimentado la lengua y a aquellos que la siguen inventando cada día; no hay otra forma de aprender a escribir. Dicen que se debe empezar, y escribir, y escribir, hasta que, de pronto, se siente que las cosas salen solas, como si alguien las dictara al oído, o como si el que las escribe fuera otro. Se debe volver a ser niño, recordar la niñez, ya que el niño es la más alta transformación del espíritu, ya que siempre está creando posibles sentidos de existencia; el niño juega y no olvida; siempre se maravilla con el mundo. Otro consejo importante de Gabo para los escritores se relaciona con que la inspiración se presenta cuando se encuentra el tema adecuado, uno que realmente agrada, lo que lleva a que el trabajo resultase más sencillo.

³ Alberto Chimal. *Cómo empezar a escribir historias*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2012.

La intuición, que también es fundamental para escribir ficción, es una cualidad especial, que ayuda a descifrar qué es real, sin que se necesitara un conocimiento científico o cualquier otro tipo de aprendizaje especial; es una forma de ganar en experiencia sin tener que luchar con ella. Básicamente, es lo contrario de la intelectualidad, que es probablemente lo que Gabo más ha detestado en el mundo, en el sentido en que el mundo real se convirtiera en una especie de teoría inamovible.⁴

Para hablar sobre aspectos importantes relacionados con la novela, se ha tomado como base la saga de George R. R. Martin *Juego de tronos*, *Canción de hielo y fuego*, que forma parte de la literatura fantástica, épica sucia, oscura. En esta obra, se han utilizado diferentes conceptos sobre lo maravilloso que se manifiestan en ella, como, por ejemplo: *maravilloso hiperbólico*, que se refiere a cuando los sucesos tienen la categoría de ‘sobrenatural’ por sus dimensiones, superiores a las que resultan familiares; *maravilloso exótico*, relacionado con acontecimientos sobrenaturales, que aparecen como si no lo fueran; es decir, al desarrollarse en regiones que el lector implícito desconoce, de forma que no pudiera negarlos; *maravilloso instrumental*, que se describe como aquella en la que aparecen pequeños adelantos técnicos irrealizables en la época que se ha descrito, pero, a pesar de todo, perfectamente posibles; y lo *maravilloso científico*, como derivación de lo anterior, acoge a aquellos sucesos sobrenaturales que se pueden explicar a través de leyes que la ciencia contemporánea no reconoce. De los relatos que obedecen a esta índole, se trata de relatos en los que, a partir de premisas irracionales, los hechos se encadenan de forma lógica.

Esta saga revela muy bien una sociedad arcaica, que se sitúa en un mundo ficticio medieval; asimismo, la serie se considera una de las obras innovadoras del género, debido al gran número y la complejidad de sus personajes, lo intrincado de las tramas políticas y su carencia de censura sobre temas que incluyen violencia, sexo o incluso el abordaje de tabúes, como el referido al incesto. La saga se conoce por plantear a personajes complejos, cambios de trama violentos y repentinos e intrigas políticas bien desarrolladas.

En un género en que la magia alcanza un papel central en el argumento, la saga se caracteriza porque la utiliza en forma limitada y sutil, al emplearla como una fuerza ambigua y, a menudo, oscura; se trata de una fantasía épica dirigida a lectores adultos; debido a la naturaleza hiperrealista de los conflictos, que incluyen el sexo y la violencia de un modo bastante explícito, rompe con los vectores de ciencia ficción que principalmente se dirigía a los niños.⁵ Estos aspectos se incorporan en la obra *El despertar del chaka runa*.

También, una obra importante, que se ha tomado como referente, es *El Periquillo sarniento*, de José Joaquín Fernández de Lizardi, el iniciador de la novela americana, ya

⁴ Gabriel García Márquez. El oficio de escritor. *El Correo de la Unesco* 49 (feb. 1996), pp. 4-7.

⁵ George R. R. Martin. *Juego de tronos. Canción de hielo y fuego 1*. Barcelona: Gigamesh, 2002.

que constituye una sátira sobre su época, relacionada con la lucha de clases sociales y una sociedad colonial, en la que predominaba la corrupción de las clases altas. La supervivencia de los personajes es un tema clave; aquí, el autor siempre está manifestando un profundo inconformismo social que llega hasta la censura, en una obra incisiva para su época, que llega a burlarse hasta del clero, de la monarquía y la ignorancia cultural de sus padres y sus maestros. El narrador está en primera persona, lo que lleva a que el relato fuera mucho más atrevido. Esa es una fuerte denuncia contra la esclavitud de una enseñanza picaresca de la vida, con aspectos que se aprovechan en *El despertar del chaka runa*, ya que señala la transición de épocas, entre la colonial y la republicana; incluye reseñas biográficas y crónicas que tienen un carácter novelesco, con episodios pintorescos y descriptivos; los personajes se introducen en lugares sórdidos de la sociedad.

El viaje es muy importante en la obra, pues le permite al autor presentar diversos cuadros de la sociedad, las posturas españolas como la mestizas; también, el tránsito por la muerte; otra forma del viaje se cumple a través de distintos espacios geográficos: la ciudad de México y sus alrededores (Cuautitlán, Ixtaealeo), para pasar luego a Tula, Acapulco, Filipinas y a una isla traída de un lugar misterioso y utópico. Del mismo modo, un viaje por el costumbrismo de las historias narradas, las peripecias de un hombre del pueblo, el lenguaje coloquial.

La obra de Fernández de Lizardi muestra, además de un vasto conocimiento cultural, su capacidad para asimilar diferentes géneros. Los señalamientos burlescos de esta novela incitaban a los pueblos americanos a luchar por su identidad, al perfilar los retratos satíricos de vicios y deformidades sociales y morales del viejo sistema colonial.⁶

Otra obra importante para hablar de la novela es *El concepto de ficción*, de Juan José Saer, que plantea algunas pautas para escribir ficciones, como las siguientes: la ficción multiplica al infinito las posibilidades de la realidad objetiva; mezcla, de un modo inevitable, lo empírico y lo imaginario, lo real y lo falso, para crear verosimilitud; el artista debe salir de su identidad y siempre va a jugar a ser otro, a adquirir múltiples personalidades; se debe crear un diario con los aspectos más oscuros y marginales, mundanos, y pueriles del alma para convertirlos en fortalezas cargadas de estética; referir una biografía que rompiera con lo convencional, lo cotidiano; expresar las pasiones más intensas y desbocadas, símbolo mismo de la condición humana; siempre se debe llegar hasta el límite; llegar a lo monstruoso, a lo caótico.

Siempre que se escribiera un texto, en la relectura se experimenta, también, el doble placer de la repetición y del descubrimiento, por la ley según la cual todo gran texto literario es uno y múltiple; por la fuerza de la nostalgia se es capaz de crear, de descubrir nuevos

⁶ José Joaquín Fernández de Lizardi. *El Periquillo sarniento*. Disponible en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/92642.pdf>

detalles; se encuentran, en la historia invariable, nuevos sentidos; la experiencia de la propia vida y del propio pensamiento permite descubrir múltiples interpretaciones. La literatura siempre debe ser una línea de fuga respecto a los sistemas totalitarios; una denuncia de sociedades autómatas consumistas, que buscan homogenizar el pensamiento; se debe crear una voz disidente.

Dentro de la ficción, es muy importante el viaje por espacios terrestres, lo que se refiere al traslado físico; ahora bien, ese viaje pueden motivarlo razones más profundas que la necesidad de llegar hasta un lugar, de modo que este tipo de viaje, en general, se mezcla con el motivo de la búsqueda; de la misma forma, el viaje por espacios extraterrestres, estrechamente relacionado con la literatura de ciencia-ficción, en que se rompen los límites de tiempo y espacio; así, a veces, la literatura se ha adelantado a los avances tecnológicos y científicos y ha representado como fantasía aquello que hoy es posible.

El viaje hacia lo interno se refiere a la autorreflexión o introspección, que efectúa un personaje para aclarar sus inquietudes u otros conflictos consigo mismo o con quienes lo rodean; este viaje puede ir acompañado de un viaje físico, de un aislamiento que, con frecuencia, ayuda en la aclaración de las ideas y facilita la toma de decisiones; de igual forma, el viaje onírico, puesto que los sueños representan un tipo de viaje que, en ocasiones, resulta determinante en el relato literario, pues se encuentran claves de sucesos por venir o explicaciones de acontecimientos coyunturales de la obra.⁷

Parece fundamental resaltar que la obra *Las enseñanzas de don Juan* del escritor Carlos Castañeda implica un estudio que describe el vínculo con los enteógenos como un sentido de existencia de otra racionalidad, que rompe con la occidental y algunos convencionalismos de las enseñanzas académicas; sirve para acercarse a la fuerza mística que mora en el universo; descubre la sabiduría oculta en algunos de los pueblos nativos americanos, con su propia percepción de la vida, que hablan sobre una fuerte conexión con la naturaleza y todos los seres existentes. Este autor adelanta un estudio antropológico del pueblo indígena yaqui, del Estado de Sonora, en México, que le enseña el tránsito por un camino espiritual, que lo conduce a la sabiduría, por medio del peyote, el tolache y un hongo, con cuyo consumo se rompe la realidad ordinaria de los esquemas de pensamiento, para acceder a nuevas filosofías poéticas y revolucionarias, que se han resguardadas durante milenios, resultan propicias para un mundo convulsionado y enfermo por la contaminación y la sociedad de consumo. Es una obra autobiográfica que refiere las aventuras mentales,⁸ como ocurre con *El despertar de la chaka runa*, que incluye episodios autobiográficos, con los ingas de Aponte y el pueblo siona, de Puerto Asís, Departamento del Putumayo.

⁷ Juan José Saer. *El concepto de ficción*. 4ª ed. Buenos Aires: Seix Barral, 2014.

⁸ Carlos Castaneda. *Las enseñanzas de don Juan*. Los Ángeles: University of California Press, 1968.

1.2 La etnoliteratura

Para sustentar esta parte, la base es la *Hermenéutica del sujeto*, de Michel Foucault, y el libro del profesor Héctor Rodríguez, *Ciencias humanas y etnoliteratura*, que proponen que las Ciencias Humanas, en los siglos XVIII y XIX, antropología, sociología, economía, psicología, se establecieron para estudiar al hombre conocerlo y dominarlo; establecer un orden social en que los enunciados de verdad promueven el capitalismo y la sociedad industrial el materialismo, la idea de progreso; en estos siglos, predomina el positivismo de Comte; la ciencia se ha vuelto un mecanismo para adoctrinar, Europa quiere la colonización del mundo y como suponen que ya han alcanzado la cima de la racionalidad de la industrialización y, por lo tanto, el sujeto debe ser universal, único, quieren una individualización y totalización del pensamiento, pues se ha llegado a la mayoría de edad; según Kant y Hegel, todo discurso ajeno al europeo es salvaje y primario; en Europa se considera que la misión está en civilizar al hombre no europeo, de América, África, Asia, a través de los mecanismos que descubren la etnología y etnografía; también, se cataloga a las razas y su grado de atraso, pero, al mismo tiempo, se ha ayudado a industrializar a Sur América y a sobre-explotar sus recursos.

Ahora, las Ciencias Sociales y Humanas, en América, deben generar una contrariedad crítica, un análisis que llevara a proponer un pensamiento alternativo, para apoyar la diversidad cultural, por lo que se deben tener en cuenta la historia de los pueblos y sus procesos de producción cultural; entonces, el concepto de cultura, se lo puede entender como la construcción de sentido de vida, mediante tejidos de imágenes, por lo que se debe buscar la desconstrucción de los grandes modelos dominantes de la modernidad y la modernización y la producción múltiple de posibilidades teóricas y metodológicas alternativas para la diversidad socio-histórica y cultural.

La historia no puede ser totalitario y unitaria, por eso la herramienta fundamental para descolonizar es la etnoliteratura, que abre espacios de problematización investigativa, ya que surge del discurso de las Ciencias Humanas y busca llegar a los límites de la modernidad, para empezar a desconstruir al sujeto de mentalidad europea; su objetivo es crear conceptos, nuevos discursos; estudiar el acontecimiento como aquel hecho que lleva a que varieran las fuerzas enfrentadas; se apropia con violencia de la realidad y empieza a crear, empieza a romper los vectores de dominación, se convierte en el discurso del afuera.

Siempre el objetivo de los Estados modernos radica en buscar el orden, con estructuras de la individualización y totalización del poder y del sujeto; todas estas fuerzas siempre caen sobre el cuerpo, la dominación se vuelve física e ideológica; siempre deben romperse todos los paradigmas posibles; las Ciencias Humanas deben esquivar esa pesada y terrible materialidad, que es todo lo que se inscribe en el cuerpo del sujeto; se debe romper, negar todo discurso de dominación, lo que lleva a estudiar la Historia de los diferentes juegos de

emergencia de verdades, ya que, como Foucault diría, al conocer la historia de las diversas epistemes, el hombre debe empezar a desconstruir su yo, porque ha sido víctima de la cultura y las instituciones de poder; debe comprender que debe empezar gobernar su propio cuerpo y romper la espacio-temporalidad de la dominación a través de la subjetivación; el sujeto, que ha sido dominado a través de las humanidades, debe liberar el cuerpo y crear una identidad cultural, dar sentido de existencia a los pueblos, descolonizar la cultura, por lo que se requiere la emergencia de nuevos discursos, que den explicación sobre el origen del hombre americano.

Los imaginarios son una forma de aprehensión del mundo y constituyen redes de significación; el imaginario vive, experimenta, crea nuevos símbolos que dan sentidos que integran toda la complejidad de la vida y todo el desarrollo de la Historia en todos sus ámbitos y empezar a buscar nuevas estéticas de existencia; el ejercicio siempre radica en estar en permanente creación, en eterno movimiento y producción; crear diversas experiencias e interpretaciones sobre el mundo; se acerca a una hermenéutica, que no deja crear imágenes; la subjetivación siempre está en lucha con esa idea de panóptico, con todos los sistemas de vigilancia, contra la creación de hábitos de sociedades disciplinadas y condicionadas, que producen una serie de individuos con una ideología automática y determinada, y sus diversas estrategias; se señala la necesidad de decir ya basta de castigos al cuerpo y alma; la subjetivación siempre va estar derribando los ídolos, las verdades universales.

El despertar del chaka runa busca relacionarse con todos estos aspectos; con el desarrollo de este trabajo de investigación, se busca contribuir al conocimiento de diversos entornos culturales y sociales de comunidades étnicas y rurales del Departamento de Nariño; contribuir a registrar aspectos de su identidad cultural; asimismo, posibilitar una apertura hacia la dimensión intercultural con dichas comunidades. En este tipo de literatura, se expresan cosmovisiones e imaginarios sociales sobre la relación del hombre y el entorno natural, en el que está inmerso, que ayudan a comprender mejor el actuar del hombre nariñense contemporáneo.⁹

Estas obras me parecen muy importantes para nutrir mi novela, porque permiten profundizar en algunas líneas de investigación interdisciplinarias entre lo literario, lo estético, lo lingüístico, los imaginarios, la filosofía y las Ciencias Sociales y Humanas, con la mira en conocer la historia efectiva de algunas realidades culturales latinoamericanas, en especial de la región pacífico, andino, amazónica. Este trabajo se dirige a la construcción de los imaginarios sociales a nivel regional, nacional y latinoamericano, en sociedades y culturas construidas desde formas múltiples de hibridación, entre las concepciones

⁹ Michel Foucault. *Hermenéutica del sujeto*. Madrid: Ediciones de la Piqueta, 1994; Héctor Rodríguez Rosales. *Ciencias Humanas y Etnoliteratura. Introducción a la teoría de los imaginarios sociales*. Pasto: Unariño, (s.f.).

principales de la modernidad y la modernización y aquellas que ha legitimado la tradición; su propósito, contribuir al conocimiento de los diversos entornos culturales y sociales en su particular modo de producción de símbolos e imaginarios estéticos, literarios, de modo que favorecieran, al mismo tiempo, el autoconocimiento y la cohesión sociocultural de esos espacios de significación y convivencia humana, que posibilitan, también, la apertura hacia la dimensión intercultural. Estos grupos humanos han ido creando, a través del tiempo, toda una gama de elementos que constituyen ese algo llamado cultura y que llevan a que esta región fuese una de las que presentan una de mayor diversidad biológica, étnica y cultural. La presencia de indígenas, afrodescendientes y mestizos, con lenguas, dialectos y cosmovisiones heterogéneos, le proveen una dinámica singular, de región biodiversa, multiétnica y pluricultural, en la frontera con Ecuador, Suramérica y el mundo.

También, para complementar este trabajo, se ha recurrido a las obras de José María Arguedas, un gran representante de la literatura indigenista del Perú, que dominaba el quechua, lo que plasma en sus obras: la dicotomía entre dos mundos, dos culturas: la andina, de origen quechua, y la urbana, de raíces europeas, que se integran en una relación armoniosa de carácter mestizo. A través de su obra se dedicó a la lucha cultural y política, en busca del reconocimiento de los indígenas; defendía las formas de resistencia; describió la situación de algunos de los pueblos aislados del Perú, víctimas del menosprecio, de la opresión, de la explotación y de la esclavitud de sistemas totalitarios, que solo los utilizaban como servidumbre; sentía que el indio no debía dejar de lado su propia cultura para asimilar otro ritmo de vida, como lo plasma en su obra *El zorro arriba y el zorro de abajo*.

Los personajes de esta novela se someten a una doble amenaza: por un lado, el ingreso avasallador de lo moderno, que se instala en un tranquilo y pacífico puerto pesquero, bajo la especie de una enorme industria que atrae a los pobladores de los Andes y los obliga a participar en un nuevo sistema productivo que, según Arguedas, representa el sufrimiento de los habitantes autóctonos, de Puquio, en el Departamento de Ayacucho, que habían sobrevivido a la invasión española; y la opresión que ejercen las clases favorecidas económicamente, provenientes de la costa peruana. Denuncia a las entidades gubernamentales de su país, que imponen nuevas costumbres; por la pérdida de identidad cultural, los prejuicios raciales. Arguedas dotó sus obras de una originalidad, ya que combinó el quechua con el castellano.¹⁰

Otra obra vital para este proceso de escritura fue la obra del inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales*. Su temática gira alrededor de la vida de la realeza imperial de los incas; presenta una descripción compleja de Perú; la reconstrucción y el origen de la ciudad imperial de Cusco, que era la capital de Imperio inca, de los hijos del sol. Emisario de la civilización, este pueblo aborígen alcanzó un gran desarrollo, geometría y aritmética,

¹⁰ José María Arguedas. *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. 2ª ed. Lima: Editorial Horizonte, 2006.

astronomía. En la obra se describen las magnas construcciones del templo del sol, la majestuosa construcción de la ciudad de Cusco; incluye los rasgos del sistema social y administrativo del imperio; destaca, también, el carácter monoteísta de la religión incaica.

Esta obra revela el intercambio cultural, ya que en los diálogos se resaltan combinaciones del español y el quechua, a partir de la influencia de la cultura europea e indígena; este escrito le da valor al pueblo inca; denuncia las guerras civiles, que condujeron a la formación del virreinato; esta obra también narra las proezas heroicas de la resistencia incaica, como la encabezada por Túpac Amaru, y la de Vilcabamba; describe sus trágicas y atroces muertes en la plaza de Cusco; resalta la barbarie de esa época; se puede decir que cobra gran importancia, porque fue el primer escrito mestizo de América que refiere la historia del Perú antiguo, cómo se trataba a los indios con despotismo; lo consideraba unos seres sin alma el clero de ese entonces. Además, recalca sobre las religiones naturales, como la adoración a las plantas, los animales y los minerales; además, se refiere al asunto de los sacrificios humanos; las orgías de sangre, bien vistas por algunas de las comunidades prehispánicas que, con el paso del tiempo, se civilizaron y conocieron la razón, debido al mito del sol, que sirvió para educar a toda una sociedad, algo que parece importante, ya que los mitos trascienden en el tiempo, rompen las barreras del espacio y el tiempo. Este texto tiene una sobria belleza; representó una defensa de la identidad de los incas.¹¹

Otra obra fundamental, que se identifica con *El despertar del chaka runa* es el *Yurupary*, ya que aborda temáticas similares, tales como la aparición de personajes como Seucy, mujer muy bella, madre de Yurupary, que significa engendrado por la fruta; la sociedad gira en torno a lo enteógenos, ya que siempre están en estados de trance a la hora de tomar grandes decisiones para su cultura. El texto plantea una resistencia a los problemas de los caucheros y la evangelización; también, a la peste.

Otro de los aspectos que se identifican con la obra es el hecho de la lucha del patriarcado; hay una chamanería para mujeres y otra para hombres; se presenta el tabú, acto de resistencia lingüística; otros de los aspectos es la mujer como signo de rebeldía, poder sexual para dominar a los hombres; tenía su propia propuesta, era libre; este texto reivindica a la mujer ante siglos de sometimiento, como se lo muestra, en *El despertar del chaka runa*, con el personaje de doña Mariela, una mujer libre y autónoma, que nació con el don de curar, en una sociedad de hombres; se da un intercambio cultural importante, ya que, como ocurre en *Yurupary*, deja gente de su pueblo en cada aldea que visita, intercambia el lenguaje, la cultura; está en contra de la endogamia, del incesto, al tomar en cuenta que esta es una obra de las más antiguas de Colombia. El estilo literario de la novela

¹¹ Garcilaso de la Vega, el Inca. *Comentarios reales*. Lisboa: Pedro Crasbeeck, 1609. Disponible en: <https://es.slideshare.net/jhonnyantelo/garcilazo-de-la-vega-comentarios-reales-completo-1609>

entra también en el indigenismo, ya que se relaciona con muchos géneros, como el de literatura fronteriza, de relatos que se mantienen en la brecha entre lo rural y lo urbano.¹²

También, parece pertinente la obra *Ollantay*, que se le atribuye al sacerdote Antonio Valdés; es un drama épico que maneja una lírica armoniosa, relacionada con hombres de valientes proezas, de héroes, escrito originalmente en quechua colonial; proviene de la tradición oral. Se vincula con la historia de un guerrero de alta cuna que, por sus servicios, goza de su admisión a la nobleza de privilegio y ha alcanzado varios reconocimientos. Así, se enamora de la hija del Inca, lo que, según las leyes del Imperio, se le vedaba; a pesar de la prohibición se une a la princesa y, de allí, se va a desencadenar una serie de episodios, hasta cuando, al final, se va a labrar un final feliz para la pareja.¹³

La escritura de la novela, además, se ha basado en la novela *La casa verde*, de Mario Vargas Llosa, un autor que no es fácil, puesto que juega mucho con el tiempo, con el presente; en cuanto va avanzando la novela, va al pasado y crea una panorámica única para cada personaje; cambia el ritmo el diálogo, cuando quiere. Va tejiendo y, como en un telar, describe cosas que ya ocurrieron. En esta obra, se denuncia la evangelización católica a los pueblos autóctonos de Piura, pero de una manera cómica.

La casa verde narra tres historias que, a lo largo de la novela, se van entrelazando, cuando sus personajes unen sus vidas o un nexo los relaciona directamente; constituye un juego literario, con una descripción realista de la selva amazónica peruana. El relato se mueve en tiempos y espacios cambiantes, reales e imaginarios; su historia, confusa y fragmentaria en principio, se va construyendo conforme avanza la novela, sin que se perdiera la claridad, como un enorme rompecabezas, que solo al final se completa.¹⁴

1.3 El contexto

Para hablar del contexto de la obra, se ha recurrido a *El campo y la ciudad*, de Raymond Williams. Este desplazamiento del campo y la cultura obrera hacia la ciudad provocaría en él un impulso autobiográfico, desde el choque entre culturas; como lo plantea, la cultura como proceso y como forma de vida, con su propia dinámica, que entrelaza diversos mundos posibles.

El atractivo de este libro no está en su teoría económica, sino en el procesamiento cultural de los datos; en la producción de una escenografía y una iconografía sobre el campo y la ciudad, ya no como categorías sociológicas, sino como espacios culturales, donde aparecen integradas las experiencias del autor, sus nostalgias con respecto al campo, donde nació, donde todo resulta arcaico, lúgubre, los habitantes son miserables y hambrientos y las

¹² Ermanno Stradelli. *Yurupary*. México: Panamericana editorial, 1970.

¹³ *Ollantay*. Disponible en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/153057.pdf>

¹⁴ Mario Vargas Llosa. *La casa verde*. Madrid: Oveja negra, 2018.

contradicciones a las que se enfrentó cuando decidió irse a estudiar a la ciudad, en una sociedad más rápida, industrializada.

El autor indaga sobre la experiencia urbana en las novelas, al señalar indicios del desarrollo de la conciencia colectiva y una nueva forma urbana de sentir el mundo; ve a la literatura como una forma de proteger la cultura y su identidad, entendida como un aspecto particular de una sociedad determinada; denuncia que la cultura se ha dejado absorber por un sistema de consumo, que produce el arte en masa, en serie y como una mercancía que no deja pensar al hombre; plantea que es parte de la resistencia contra el capitalismo como una defensa a la humanidad.¹⁵

Del mismo modo, para seguir abordando la literatura fronteriza, parece fundamental abordar la obra de Macedonio Fernández, *Museo de la novela de la Eterna*, en que el autor expresa que el campo significa un lugar inhóspito y salvaje, que convenía domesticar, pues en él habitaba la barbarie, que acechaba y ponía en peligro la civilización urbana, donde las grandes dictaduras florecían en el despotismo; predominaban costumbres sanguinarias de la oligarquía rural, que imposibilitaban la formación de las repúblicas ilustradas. El campo es el lugar donde el letrado tiene que inspirarse para hallar la autenticidad espiritual de la vida, que merece ser convertida en amable y poetizarlo.

El escritor debe resaltar, en el campo, un espacio de diferenciación con la ciudad, puesto que alberga el folclor o los valores culturales; registrar una visión idealizada del pasado, marcada por la pureza de la naturaleza y la nobleza de las pautas de conducta humana, que lo proponen como un lugar de inocencia primigenia, que se opone al ocio apestado de las ciudades, que torna común a la sociedad.

El *Museo de la Novela de la Eterna* se desarrolla en un lugar preciso: la Estancia, en uno de los lugares matrices del imaginario popular argentino; busca que la idea sobre la naturaleza salvaje y exótica, fundamentalmente bárbara, se reconvirtiera, mediante la literatura, con el fin de tornarla dúctil, amistosa y civilizada. El campo es el lugar para la contemplación y la ciudad para la acción; el campo es el lugar propenso a la fantasía de la literatura, la ciudad a la praxis de la vida. El campo es el lugar para la ficción, la ciudad para la realidad.

En el campo, la tierra está llena de pozos, que son las tumbas de miles de indios asesinados y de hombres y mujeres atados, desnudos, matados a tiros; tampoco hay hogares para vivir; los personajes viven desesperados por estos aspectos, algunos de los que se registran en *El despertar del chaka runa*.

Con respecto a la ciudad, el *Museo de la novela de la Eterna* señala que es un sitio peligroso, de donde hay que huir, salir, encontrar alguna escapatoria, porque es la única

¹⁵ Raymond Williams. *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Paidós, 2001.

forma de intentar sobrevivir; no hay hogares que pudieran ser escenarios de vida familiar pacífica y equilibrada y los lugares de trabajo, que aparecen, siempre son variantes de una prisión; refiere cómo la ciudad de Buenos Aires se transformaba de una forma acelerada, los cambios del paisaje urbano, la modernización, los medios de comunicación y el crecimiento imparable de la población, debido a la inmigración, que han tenido un fuerte impacto sobre las formas de vida y las costumbres de las personas, que se convierten en cosmopolitas. Ese espacio urbano pertenece al imaginario de la época, que conjuga el espacio deslumbrante de los bulevares con las orillas por donde transita la desmesura humana. La ciudad moderna es una formación fortuita de una multitud de desconocidos, que confluye en lugares precisos para, luego, dispersarse en forma espontánea, en un constante esfumarse de las cosas presentes, una apología de la transitoriedad.¹⁶

El despertar del chaka runa trata, además, sobre el tema de la violencia, como, también, lo trae el libro del célebre escritor antioqueño Manuel Mejía Vallejo, *El día señalado*, que revela la agonía y el desespero de los personajes, que viven en un pueblo invadido por el conflicto, por los derramamientos de sangre; la mayoría quiere huir, escapar de esa realidad hostil, pero no pueden o no saben hacia dónde, por lo que solo encontraban refugio en el alcohol, el juego y la prostitución, en medio de una cultura mestiza, ignorante y repelente, con una filosofía de colonos, acumulativa, que podría constituirse en uno de los prototipos de hombre colombiano, ignorante e indiferente ante el tema de la guerra. Este es el periodo de la violencia en Colombia y la crisis socio-política que ha afectado, sin pausa, a todos los niveles.

El desarrollo de las novelas de Manuel Mejía Vallejo ha tenido lugar en un contexto sociopolítico marcado, de manera irreversible, por sucesos que han ido asolando, de forma progresiva, el panorama vital del escritor, con los cruentos enfrentamientos entre liberales y conservadores, la posterior presencia de grupos guerrilleros, la voraz diferencia de clases y la extrema pobreza, que ha sufrido la mayor parte de la población. En un pueblo de Antioquia, como trasunto del momento histórico por el que atravesaba el país, el autor ha proyectado la acción de su novela con el propósito de evidenciar la crisis motivada por la violencia, la que enfrentaba una comunidad social al borde de la desaparición definitiva. La mayor parte de los personajes padecen una agonía angustiosa, pues siempre la vida era un amargo sufrir y todo resultaba lúgubre y depresivo; a todos, la violencia los había golpeado de una forma muy directa; padecían debido a terribles heridas, que jamás se habían curado; eran los moradores de un rincón del infierno, donde lo que importaba eran las prostitutas;¹⁷ son estos algunos de los aspectos que aportan a las características de algunos episodios y lugares de *El despertar del chaka runa*.

1.4 Lectura, escritura y formación docente

¹⁶ Macedonio Fernández. *Museo de la novela de la Eterna*. Madrid: Allca XX, 1996.

¹⁷ Manuel Mejía Vallejo. *El día señalado*. Barcelona: Destino, 1972.

Para abordar este tema se recurre a la autora María Eugenia Dubois, debido a que señala que la educación está en crisis; cada vez hay más deserciones en las universidades y colegios y se ha perdido la motivación por estudiar. Existe un problema grave en torno a la comprensión lectora. Todo esto se liga al bajo rendimiento. El lector solo es un ser pasivo, que acumula el conocimiento y solo recibe la información.

Lo que se busca es participar, construir, Encontrar nuevos sentidos. El lector debe participar activamente del texto, transformarlo, cuestionar al autor; se debe salir del miedo, del vacío; se debe estar siempre en una constante interpretación. Crear otros posibles enunciados de verdad. Leer resulta sinónimo de estudiar, lo que significa la acción de ejercitar el entendimiento para comprender una cosa, pero, para los estudiantes, significa la acción de retener en la memoria los conceptos vertidos en el texto; la medida de si habían comprendido o no un texto era el recuerdo; si lo recordaban era porque lo habían entendido, pero recordar era, para muchos de ellos, recitar más o menos de memoria el contenido del texto, sin dar muestras de haberlo comprendido: se lee para estudiar, estudiar es memorizar y memorizar es comprender.

Básicamente, los profesores tienen una gran responsabilidad con los estudiantes; deben enseñar que la lectura es para comprender, analizar, confrontar, cuestionar; asentir y disentir sobre las ideas de distintos autores, pero, también, para disfrutar, para transitar por caminos desconocidos; para conocer otras realidades; para enfrentarse consigo mismo a través de los otros.

La lectura y la escritura no se pueden desarrollar sino a través de su propia realización; es decir, a través de su uso continuo en situaciones que tuvieran sentido para quienes recurren a ellas. En consecuencia, al estudiante, desde cuando ingresa a las aulas, se lo debe estimular a leer y a escribir por diferentes motivos y en diferentes situaciones. Orientar al estudiante a leer sobre un tema, para encontrar respuesta a las propias preguntas; para buscar argumentos con los cuales defender o refutar una determinada posición; para aprender a manejar conceptos que ayuden a entender situaciones y problemas de la vida real, en cualquiera de sus aspectos; leer para descubrir las propias potencialidades y el mundo interior, tiene sentido; permitir que el estudiante leyera solo para que lo evaluaran, no lo tiene.

Del mismo modo, estimular el acto de escribir para expresar las propias ideas, las dudas, los problemas, los cuestionamientos hacia sí mismo y hacia los demás, los sentimientos, las propias inquietudes, tiene sentido. Permitir que el estudiante escriba solo para responder preguntas de un examen o para tomar apuntes sobre lo que el profesor dice, no lo tiene.¹⁸

¹⁸ María Eugenia Dubois. Lectura, escritura y formación docente. Disponible en: http://www.lecturayvida.fahce.unlp.edu.ar/numeros/a16n2/16_02_Dubois.pdf

Otro texto importante de la misma autora María Elena Dubois, que se ha utilizado para nutrir este trabajo es La lectura en la formación y actualización docente. Básicamente, el problema que se plantea allí se refiere a que la enseñanza del maestro debe abarcar tres dimensiones: una dimensión teórica, relacionada con el saber; una dimensión práctica, vinculada con el hacer, y una dimensión humana, que se orienta hacia el ser. Estos aspectos son fundamentales para la formación en los ejercicios de leer y escribir.

Con respecto al saber, se necesita conocer y reflexionar sobre la teoría y los resultados de la investigación en el área, sobre la forma en que se aprenden y desarrollan los procesos, así como, también, sobre los resultados de las investigaciones generadas en ese campo. La formación en la teoría proporciona la comprensión necesaria para que se pudiera reconocer y cuestionar las concepciones previas, para saber, si se es un docente, la forma que debe adoptar una intervención pedagógica con diferentes grupos y en distintos contextos y, además, provee las bases para analizar y reflexionar sobre la adecuación de esas intervenciones. Saber, por supuesto, cuáles son las condiciones necesarias o más favorables para el aprendizaje de la lectura y la escritura, permite regular las actuaciones de manera que resultasen las más propicias para el desarrollo de esos procesos.

También, en el campo de la docencia, se necesita saber llevar adelante la práctica pedagógica al apelar a los recursos que pudieran despertar y mantener el interés de los alumnos. El hacer tiene que dirigirse, en especial, a brindar espacios para la realización de actos de lectura y de escritura, que tuvieran sentido para los niños o los jóvenes, que les permitieran experimentar con alegría lo que leyeran y lo que escribieran, que los indujeran a tomar conciencia sobre su papel como lectores y escritores, pero que se abrieran, además, para dar cabida en las aulas al mundo de la literatura.

En cuanto al ser, la condición como lectores y escritores es fundamental para impulsar el desarrollo de esos procesos en los alumnos. Se puede enseñar a leer y a escribir, pero no se puede formar, educar a otros en la lectura y la escritura sin el cultivo del docente mismo en ese sentido. El gusto por la lectura no es materia de enseñanza, solo se lo puede demostrar y eventualmente “contagiarlo” a los estudiantes, cuando, de verdad, se lo experimenta.

El docente siempre debe estar actualizado, tener muy en cuenta esto. Sin duda, lo que saben y hacen los docentes en su práctica educativa es de importancia fundamental, pero tanto o más importante es lo que cada uno es para sus alumnos y lo que es con sus alumnos. Lo que es para ellos constituye siempre, quiéraselo o no, un modelo de conductas, de actitudes, de pensamientos, de valores, lo cual obliga a mantener una constante reflexión sobre sí mismo y sobre la coherencia de la actuación. Y resulta quizá crucial lo que cada docente es con sus

alumnos, la forma en que convive con ellos, porque en el convivir se da el proceso de aprender y en el aprender se transforma como docente y se transforman ellos en personas.¹⁹

Otro texto que pareció fundamental para el desarrollo de este trabajo es el de Graciela María Elena Fernández, *Análisis de condiciones didácticas en la enseñanza académica*. La lectura y la escritura en la formación de profesores, que, en lo básico, plantea lo necesario que resulta llevar a que la escuela se convirtiese en un ámbito donde lectura y escritura fueran prácticas vivas, donde leer y escribir fuesen unos instrumentos poderosos, que permitieran repensar el mundo y reorganizar el propio pensamiento; donde interpretar y producir textos fuesen derechos legítimos a ejercer y responsabilidades necesarias que asumir.

En resumen, lo necesario es preservar en la escuela el sentido que la lectura y la escritura tienen como prácticas sociales, para lograr que los alumnos se apropiasen de ellas y llegasen a ser unos moradores de la cultura escrita. Se debe convertir a la escuela en una comunidad de lectores y escritores, que acudieran a los textos en busca de respuesta para los problemas que necesitan resolver. Lo necesario es transformar a la escuela en una comunidad de escritores, que producen sus propios textos, para dar a conocer sus ideas.

Con *El despertar del chaka runa*, se busca resaltar que leer es una parte fundamental de la formación académica, porque ayuda a mejorar habilidades como el pensamiento crítico, el razonamiento complejo y la escritura; leer implica una transformación para el espíritu capaz de cambiar la sociedad. Los problemas que básicamente encuentra el estudiante de hoy en día se relacionan con la deficiencia existente en la comprensión de textos, la carencia de hábitos de lectura, la falta de motivación por parte del docente y de los padres, la escasa colaboración de los padres en las actividades de lectura, deficiencias ortográficas y de redacción, poca promoción de la lectura en las aulas y en el hogar.

Para subsanar este problema resulta necesario que, antes de iniciar con un plan o estrategia lectora, se debe motivar, llevar a que se viera la importancia de la lectura en la vida del estudiante, puede ser mediante una experiencia personal o una historia, que se asemejara a la vida de un individuo. Otras buenas estrategias se relacionan con leer fragmentos, frases de libros, algún cuento o poema; se parte de la experiencia, del entorno social del estudiante o de alguna problemática social que lo esté afectando.

También se debe promover la creatividad, la imaginación, ya que constituyen una parte de la vida de un niño, adolescente, joven y adulto; si se contribuye a desarrollar este potencial, van a adquirir la capacidad de construir sus propias ideas, lo que les va a permitir la

¹⁹ María Eugenia Dubois. La lectura en la formación y actualización docente. Comentario sobre dos experiencias. Disponible en: http://erevistas.saber.ula.ve/index.php/legenda/arti_cle/view/733

asimilación, en forma más completa, de conocimientos que se difunden a través de las lecturas, a la vez que fortalecen la adquisición y desarrollo de competencias para la vida.²⁰

En lo personal, se considera que los estudiantes de hoy en día ya no son los mismos de antes: la tecnología, la globalización, todo eso afecta; cada uno elige la forma, bien o mal; si se desea cambiar la percepción que ellos tienen sobre los libros y la lectura, se debe introducir un cambio desde la docencia y entrar a su mundo, acercarse desde todos los espacios donde se hallan los niños, los adolescentes, los jóvenes y los adultos y, además, utilizar las redes sociales, aplicaciones, libros digitales. Llevarlos a que vieran que leer resulta divertido y no ha pasado de moda, pero sobre todo cambiar como docentes, adecuar los métodos, las estrategias, hablar en su lenguaje, acercarse a ellos y no esperar que ellos se acerquen a su docente; se debe motivar hacia la educación y la transformación mediante el afecto y no la autoridad.

²⁰ Graciela María Elena Fernández. Análisis de condiciones didácticas en la enseñanza académica. La lectura y la escritura en la formación de profesores. Disponible en: <http://escuelasuperior.com.ar/instituto/wp-content/uploads/2015/08/La-lectura-y-la-escritura-en-la-formaci%C3%B3n-acad%C3%A9mica-docente-y-profesional.pdf>

BIBLIOGRAFÍA

Altare, Guillermo. Para aprender a escribir novelas. Disponible en: <http://blogs.elpais.com/papeles-perdidos/2010/02/consejos-para-escribir-de-grandes-escriitores.html>

Arguedas, José María. *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. 4ª ed. México: Universal, 1965.

Bajtín, Mijaíl M. *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus, 1989. Disponible en: <https://www.scribd.com/doc/111357149/Teoria-y-Estetica-de-La-Novela-Mijail-Bajtin-Libro-Completo>

Bajtín, Mijaíl. *Estética de la creación verbal*. 10ª ed. México: Siglo XXI, 1999. Disponible en: <https://circulosemiotico.files.wordpress.com/2012/10/estetica-de-la-creacion-verbal.pdf>

Bajtín, Mijaíl. *Problemas de la poética de Dostoievski*. México: FCE, 1988.

Barthes, Roland. *El grado cero de la escritura*. México: Siglo XXI, 1973.

Boschi, Silvana. Ser escritor, el oficio de lo incierto. Disponible en: https://www.clarin.com/literatura/debate-escriptor-oficio-incierto_0_HkzDXlkhPXx.html

Caicedo, Andrés. *¡Qué viva la música!* Bogotá: Colcultura, 1977. Disponible en: http://letras.s5.com/queviva_lamusica.pdf

Castaneda, Carlos. *Las enseñanzas de don Juan*. Los Ángeles: University of California Press, 1968.

Chimal, Alberto. *Cómo empezar a escribir historias*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2012. Disponible en: <http://www.lashistorias.com.mx/descarga/Escribir-Historias-AC.pdf>

De la Vega, Garcilaso. *Comentarios reales*. Lima: FCE, 1991.

De la Vega, Garcilaso. *Comentarios reales*. Lisboa: Pedro Crasbeeck, 1609. Disponible en: <https://es.slideshare.net/jhonnyantelo/garcilazo-de-la-vega-comentarios-reales-completo-1609>

Deleuze, Gilles. *Lógica del sentido*. Barcelona: Paidós, 1969. Disponible en: <file:///C:/Users/MiPc/Downloads>

Dubois, María Eugenia. Lectura, escritura y formación docente. Disponible en: http://www.lecturayvida.fahce.unlp.edu.ar/numeros/a16n2/16_02_Dubois.pdf

Dubois, María Eugenia. La lectura en la formación y actualización docente. Comentario sobre dos experiencias. Disponible en: <http://erevistas.saber.ula.ve/index.php/legenda/article/view/733>

Fernández, Graciela María Elena y otros. Análisis de condiciones didácticas en la enseñanza académica. La lectura y la escritura en la formación de profesores. Disponible en: <http://escuelasuperior.com.ar/instituto/wp-content/uploads/2015/08/La-lectura-y-la-escritura-en-la-formacion-academica-docente-y-profesional.pdf>

Fernández, Macedonio. *Museo de la novela de la Eterna*. 2ª ed. Madrid: Allca XX, 1996. Disponible en: <https://libroschorcha.files.wordpress.com/2017/12/museo-de-la-novela-de-la-eterna-macedonio-fernandez.pdf>

Fernández de Lizardi, José Joaquín. *El Periquillo sarniento*. Madrid: Cátedra, 1997.

Fernández de Lizardi, José Joaquín. *El Periquillo sarniento*. Disponible en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/92642.pdf>

Forster, E. M. *Envío 28. Aspectos de la novela*. Disponible en: http://recursos.salonesvirtuales.com/assets/bloques/FORSTER_envio28.pdf

Foucault, M. *El orden del discurso*. 6ª ed. París: Collège de France, 2018.

García Márquez, Gabriel. El oficio de escritor. *El correo de la Unesco* (feb., 1996):4-7. Disponible en: <http://unesdoc.unesco.org/images/0010/001025/102554so.pdf>

González Santos, Fernando. *Pensar la muerte: una lectura con Gilles Deleuze a la obra de Fernando Vallejo*. Bogotá: UPN, 2012.

Hofmann, Albert y Evans, Richard. *Plantas de los dioses*. México: FCE, 2000.

Homero. *La Odisea*. Madrid: Cátedra, 2005. Disponible en: <http://www.apocatasis.com/odisea-homero.php#axzz3k84mWzp0>

Homero. *La Ilíada*. México: Porrúa, 1977. Disponible en: https://es.wikisource.org/wiki/La_Il%C3%ADada

Joyce, James. *Ulises*. Barcelona: Lumen, 2000.

Marechal, Leopoldo. *Adán Buenosayres*. Buenos Aires: Corregidor, 2013. Disponible en: <http://api.ning.../MarechalLeopoldoAdnBuenosayres.pdf>

- Martin, George R. R. *Juego de tronos: Canción de hielo y fuego 1*. Barcelona: Gigamesh, 2002. Disponible en: <https://juancrazyheart.files.wordpress.com/2014/12/1-juego-de-tronos.pdf>
- Martínez Bonati, Félix. El acto de escribir ficciones. En: *La ficción narrativa*. Disponible en: <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-84651.html>
- Mejía Vallejo, Manuel. *El día señalado*. Medellín: UDEA, 1964.
- Mejía Vallejo, Manuel. *El día señalado*. Barcelona: Destino, 1972.
- Nietzsche, Federico. *El origen de la tragedia*. Madrid: EDAF, 1998.
- Ollantay*. Disponible en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/153057.pdf>
- Rodríguez Rosales, Héctor E. *Ciencias humanas y etnoliteratura. Introducción a la teoría de los imaginarios sociales*. Pasto: Universidad de Nariño, (s. f.). Disponible en: <http://etnoliteratura.udenar.edu.co/wp-content/uploads/2015/10/HECTORODRIGUEZ-LIBRO.pdf>
- Rulfo, Juan. *El llano en llamas*. Madrid: Cátedra, 2000. Disponible en: <https://vivelatinoamerica.files.wordpress.com/2014/07/el-llano-en-llamas-de-juan-rulfo.pdf>
- Saer, Juan José. *El concepto de ficción*. 4ª ed. Buenos Aires: Seix Barral, 2014. Disponible en: <http://recursosbiblio.url.edu.gt/Libros/jjSaer/Concepto-ficcion.pdf>
- Stradelli, Ermanno. *Yurupary*. México: Panamericana editorial, 1970.
- Vargas Llosa, Mario. *Cartas a un joven novelista*. Barcelona: Planeta, 1997. Disponible en: <http://img9.xooimage.com/files/8/9/b/vargas-llosa-mari...sta-pdf--2669103.pdf>
- Vargas Llosa, M. (2018). *La casa verde*. Madrid: Oveja negra, 2018.
- Williams, Raymond. *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Paidós, 2001. Disponible en: <https://es.scribd.com/doc/29162613/Williams-Raymond-El-Campo-Y-La-Ciudad>
- Wood, James. Los mecanismos de la ficción. Cómo se construye una novela. Disponible en: https://edisciplinas.usp.br/pluginfile.php/292853/mod_resource/content/1/Los%20mecanismos%20de%20la%20ficci%C3%B3n.pdf

EL DESPERTAR DEL CHAKA RUNA

1. El origen

La noche era intensa, tal como el ébano oscuro del silencio. Impenetrable, la brisa densa, que daba ciertas voces a las hojas de los helechos, los tambaleaba y le insuflaba vida al monte de la hermosa ribera del Río Vira; corrían los años cincuenta en Colombia.

Esta era la terrible época, era más pútrida, castradora y conservadora que, de costumbre, conservaba las tradiciones del ignorante pueblo español; el poder ideológico estaba en manos de los clérigos.

La ribera era frugal, productora de frutas, arándanos, guayabas, piñas, aguacates y cabuya por toneladas; era un paraíso oculto en medio de la sierra, habitado por los cochi, unos aborígenes rudos, salvajes, tatuados en sus rostros con jagua, un pigmento extraído de la gena negra, imborrable de la piel, lo que honraba a sus ancestros, por los que escribieron las hazañas de sus primeros hombres, del gran *ayllu* fundador, que tenía el jaguar tatuado en todo el cuerpo y sembraba el roble para invocar el espíritu de la fortaleza y compartirlo con su pueblo.

Y Baichi, la madre de los primeros hombres; su esposa, de una belleza celestial, acompañada siempre de un atuendo de orquídeas; cuando emergieron de la tierra, una mañana hizo el amor a la luz del día; al detallar sus cuerpos, se entregó a la contemplación y, desde entonces, los cochi solo tienen sexo en la mañana; se miran detalladamente, porque la mañana es el despertar, el inicio, cuando fluyen los primeros rayos de luz, de vida y, por eso, consideran que los herederos deben concebirse en el amanecer.

La tribu cochi extraía un licor de la cabuya, la ringua, tan fuerte como la corriente del mismo río; ellos vivían en lo más espeso de la selva montañosa, comían muchos guineos, venados, raposas, caimanes, serpientes y pintadillas, un cerdo pequeño y escurridizo, cazado bajo los efectos de la pasta de la coca, que fumaban con pipas, hechas de tronco de guayabo, para despertar sus sentidos y sus nervios y percibir los más mínimos sonidos de la selva, para así oírlas, muy difíciles de cazar; usaban lanzas con punta de piedra, untadas de veneno de la rana dardo, que produce una toxina tan poderosa que podría matar a diez

hombres, por lo que bastaba con un solo golpe a la pintadilla, a la que, a su vez, le rendían culto, porque había aparecido junto con su civilización y alimentado a los primeros hombres, lo que la había convertido en símbolo, ya que representaba la abundancia.

Más a la ribera vivían familias de colonos, que habían llegado en los años treinta a Latinoamérica; era una década terrible, de grandes convulsiones, que marcarían la Historia, como el conflicto entre Perú y Colombia, con grandes ríos de sangre, que tiñeron los ríos Putumayo y Amazonas; mi pueblo también sangraba, con la célebre Guerra del Chaco, entre Bolivia y Paraguay; era una época de ignorancia y dictaduras, pero, en general, todo el mundo estaba loco, florecía la incultura, el atraso; el hombre era un animal atroz, mientras que el ejército alemán mataba millones de judíos y entonaba sus rudos, fríos y melodiosos cantos, en los que decían:

Judíos de mierda,
Invadieron mi tierra,
violaré a sus mujeres
y después a la hoguera.
Esta noche beberé su sangre
en sus propias calaveras.



Figura 1. River between trees under blue sky. Balok. Fotografía de Eutah Mizushima.

2. El gran viaje

El capitán Roberto do Santos, de sesenta años, tenía una barba blanca; su cabellera también con hilos blancos; de recia figura, sus brazos gruesos como troncos, tatuado con la emblemática ancla de todos los marinos y el pez espada en el cuerpo del hombre corpulento, en sus brazos; a pesar de la edad, era un astuto, viejo lobo de mar; había entrado en las vaginas de muchas mujeres de los siete mares, pero nunca se detuvo, siempre en un constante ir y venir, un solitario vagabundo que no quería mujer fija ni hijos; no había nacido para ser padre; huraño, siempre se alimentaba de suculentas lisas ralladas.

Do Santos era el promotor del viaje hacia el Nuevo Mundo; había invertido todo el dinero de su vida, para que su retiro no fuera una pensión ni rentas, sino un barco de la Naval de su país, Portugal, que lo ayudara a escapar de su propio karma, de su indeseable vida pasada. Era un intelectual en potencia, amante de las letras, de los clásicos, de Shakespeare, de Victor Hugo, de la Grecia antigua; tenía una gran sensibilidad respecto al mundo, pero su padre pertenecía a una tradición de soldados, desde su tatarabuelo, que había sido un reconocido marino; en la milicia, seguía una disciplina muy rígida y quería que su hijo fuera un gran militar naval de su país, lo que implicaba que aprendiera técnicas vanas, que solo sirven para matar, para que lo gritaran y trataran como mierda, para que fuera una reiteración de uniformes y de cabezas que miran hacia el cielo y siempre están en espera de la azarosa muerte, por satisfacer a unos pocos dirigentes que siempre estafan; por volverse una vil ficha, adaptable a las fuerzas opresoras, razones que obligaban al capitán do Santos a escapar de su propia vida.

Pero no podría violar la tradición ancestral de su familia, así que abandonó su país; le importó un rábano el legado; de modo literal, mató a su familia, ya que, con la distancia y el descuido, la llevó a la destrucción, desde cuando empezó por escapar a Madrid.

Cuando llegaron los nuevos colonos, en la década de los treinta a los cincuenta, la primera embarcación en arribar en 1932 fue la del capitán do Santos, que dejó la intriga en el Viejo Mundo y, después, en la década del cincuenta, migró mucha gente aventurera,

penetró en el espeso trópico, pues quería burlar la tristeza, el tiempo y la muerte; la selva del sur colombiano les despertaba intensas y adictivas sensaciones de peligro; cuando llegaron a la hermosa ribera del Río Vira, se encontraron con que ya había mucha gente, que huía de los perniciosos cincuenta.

De varias nacionalidades, habían tenido varios problemas o simplemente se trataba de gente normal, que se había cansado de vivir en tinieblas, en la penumbra de la muerte, ya que la situación en esa época era muy caótica en Europa, tanto como lo había sido en la Gran Depresión en los Estados Unidos; algunos decidieron dejar su país y a otros los exiliaron por diversos asuntos y solo encontraron remedio al adentrarse en lo más profundo de la selva del sur occidente colombiano,

Al seguir errantes el rumbo del Río Vira, con la idea de nunca más regresar por sus terribles crónicas, como el señor Klaus, condenado en Rusia a pena de muerte por traficar opio, que solo tuvo la opción de escapar; y la familia alemana Fuchs, a la que acusaban de haberse infiltrado en un grupo de espionaje en Estados Unidos; el señor Lin, que huía de la guerra de Korea y había dejado atrás su nombre, su familia, su honor; además, la familia Gilard, que había huido por integrar células de la guerrilla urbana llamada lencha, que organizó un conflicto armado y químico contra los países europeos al difundir el ántrax de una manera agresiva, con el argumento de que estaba en contra de la iniciativa de la ONU para dividir Jerusalén; y Diego Gómez, perseguido por su país por promover el anarquismo.

Entre otros, todo ellos no buscaban oro, sino tierras, por lo que tuvieron un intenso transcurrir de horas y días de orgías y toda clase de abusos contra el pueblo cochi; violaron a sus mujeres para burlarse de su cultura, en presencia de sus maridos; mataron a sus líderes; los sometieron a que tuvieran sexo entre hombres, solo por crueldad, pues consideraban que era un pueblo a la deriva, sin dios ni diablo; los acabaron, los demolieron, los obligaron a comer la carne de sus propios hombres, después de las extenuantes horas de trabajo sin alimentación.

El temor llegó al extremo después de que abusara de la india Bara un pelotón de hombres y echaran a su propio hijo a las llamas, porque no era digno del bautizo católico; estaba maldito por ser de otra raza; el cura Ezequiel González, también llegado a esas

tierras, acusado de pedofilia, por su sexualidad y sus fantasmas interiores, por faltar al compromiso con Dios, se había convertido en dueño de casi toda ribera y, por su charlatanería, ahora era un gran terrateniente, que gozaba con los ríos de sangre que corrían en esos días, que eran como un sacrificio que, como él decía: “enriquecía a Dios”, y así los pecadores lavaban sus culpas.

3. La maldición aborígen

Los pocos cochi que quedaban se adentraron mucho más en la selva y fortalecieron su cultura; entre ellos sobrevivieron algunos chamanes, que empezaron a invocar a Fasu, el espíritu maligno del monte, con súplicas y constantes maldiciones para los recién llegados, como si quisieran lanzar terribles desgracias sobre el hombre blanco, que ya no pudo seguirlos, porque el paludismo y la fiebre no lo dejaron avanzar.

Los cochi se adentraron en el bosque y prometieron efectuar una venganza; con la muerte y crucifixión de ranas toro, fumaban el tabaco, dejaban ahogar a muchos ciempiés en ringua y ofrecían monos como sacrificio a Fasu, deidad oscura de los montes, porque su ídolo tenía la forma de un mandril.

El señor Johann Link, de ruana, sombrero, machete en cinto, había llegado de Estados Unidos; se casó con una indígena cobriza, de figura liviana, con toda la efervescencia de la manigua; tenían dos hijos, Eddy y Martín, cuyas facciones, a pesar de tener la tez blanca, eran muy indígenas, rudas, selváticas, con los ojos algo rasgados, sus pieles tostadas por el sol; habían alcanzado su adultez y forjado sus caminos con el cuidado del ganado y el uso del arado; se dedicaban a cultivar la cabuya, para extraer sus fibras y crear textiles.

Martín, el menor, ya llegaba a los 25 y era una caldera de pasiones, por lo que se enamoró de una muchacha mestiza, de una familia que se había adentrado en la selva; en el día se dedicaba a arriar el ganado y en la noche era loco por su fogosidad íntima y lo impulsivo de su sexo mestizo; siempre estaba impaciente por verla, pero la noche era oscura, tenebrosa, sórdida, en la que el monte hostil creaba voces con el canto de las cigarras; su padre le decía que la noche era una mala compañera, por lo que le pidió a su hermano Eddy que lo acompañara a visitar a su amor; Eddy, siempre de mala gana, pero, al final, accedía a cambio de unos cuantos chontaduros recién cocidos.

Esa noche, las loras negras surcaban el monte; con sus cantos, que siempre eran señal de mal augurio, anunciaban la llegada de la muerte; los perros, muy exaltados, desde los

caseríos ladraban y aullaban incesantes; Martín se había tomado una botella de ringua; recordaba las historias de su padre, cuando le decía que ese camino lo transitaban los muertos de la Conquista y los niños aucas, condenados a vagar por la eternidad, como almas en pena; eso los atemorizaba, llegaba la mala hora y sus cuerpos les pesaron mucho; sintieron como si el monte los regresara, sintieron la espesura del monte; Martín retrocedió, inmobilizado, frío; de pronto, un desfile de mujeres obesas, espectrales, de una aura turquesa, emergió de los platanales; caminaban juntas, todas iban con sus hijos aucas; se dirigieron al cementerio y, en medio de una risa tenebrosa, los enterraron.

Martín y Eddy corrieron despavoridos entre las espesas matas de cabuyas; Eddy culpó de lo sucedido a la relación de su hermano con su novia, porque ella adoraba a los dioses cochis y su familia era india; que eso les había acarreado una maldición; tomaron otra botella de ringua y llegaron de vuelta a su casa.

Su madre los esperaba con tortas de guineo endulzadas con néctar de abejas, carne de raposa y guarapo dulce; su padre los regañó, porque él sabía de las cosas terribles que sucedían selva adentro, debido a la maldición de los cochis; su padre les dijo que se levantarían muy temprano e irían a los campos de cabuya; el día siguiente partieron a los cultivos a las cinco de la mañana; su madre les empacó estofado de tilapia y croquetas de ñame; su padre siempre entonaba melodías que había aprendido de los nativos, que cantaba al son de cuatro cabuyas:

Se me quitan las penas
y matan el recuerdo
de mi india en la sierra.

Su padre había tenido un terrible pasado al que había huido como un judío errante. Hijo de una prestigiosa familia en el Estado de Israel; su padre inglés, de un linaje monárquico, lo había obligado a que se casara con su propia hermana, para que su herencia y su honor no se perdieran y que su sangre fuese completamente pura, homogénea, y siempre se mantuviera su apellido tanto como su tradición familiar, que se había conservado por muchas generaciones; siempre casados con hermanos, para no perder su linaje; descendientes directos de un insólito amorío de la reina Isabel con un campesino, bien parecido; en su época, fue un terrible escándalo; después de que nacieron dos mellizos en el

reino, niño y niña, Stan y Melissa, la reina le dio una gran fortuna al campesino para tapar el escándalo y para que ellos migraran y, además, la reina les obsequio dos ópalos negros, que se conservarían en su familia por generaciones; su padre, el montañés Lukas, los casó, para ver si, por su linaje, su familia algún día llegaría al trono del reino británico.

4. La agonía mestiza

Don Johan y su familia vivían en la frontera con la selva montañosa que, en las noches, se ponía muy fría; ese día salieron muy temprano; no tenían relojes, porque en esa espesa selva y en medio de cadenas montañosas era indetectable para los radares de los aviones yanquis, rusos y demás; todos los habitantes de Ribera Bella, como habían llamado al pueblo que habían fundado los colonos, habían llegado y, sin saber de sí, se perdieron en la maraña espesa y el caudal del salvaje río; poco a poco dejaron a un lado por completo la noción del tiempo, de espacio, la ubicación precisa; sus armas de fuego se habían atascado y oxidado, pero rápido, gracias a Ramad, el hindú, pudieron construir una forja, pues encontraron minas de hierro en el Cañón del Vira.

El señor Johan, Eddy y Martín calculaban el tiempo por medio de los lapsos de intensidad de luz en la mañana; esa madrugada, en la que salieron a los cabuyales, estaba muy nublada, con una capa muy espesa de nubes que parecía que se condensaban en el aire; salieron y vieron a unas mujeres, que se bañaban en el río y lavaban ropa, y a unos hombres, que pescaban y entonaban una canción ya característica en el lugar:

¿Dónde estás, amor mío?
El curillo me dijo
Que te fuiste del bohío...

Los saludaron y siguieron el camino; cuando el señor Johan y sus hijos vieron los rostros de esas personas, creyeron ver, anonadados, con pánico y más blancos que las gaviotas, todos los rostros de sus ancestros muertos, que los maldecían y bebés, en los vientres de sus madres, que sufrían en brasas ardientes; todos en un eterno suplicio, que los culpaban de que sus almas iban a vagar por siempre, como en un círculo vicioso, y de la destrucción de su linaje; los muchachos y el padre corrieron despavoridos hasta cuando llegaron a una finca, donde golpearon en una puerta inmensa, de tronco de guayabo.

Desde una casa salieron algunos de los lugareños, ofendidos; les dijeron que habían salido muy temprano en la madrugada, en la hora en que la niebla y los espíritus malignos del bosque, que salían del mangle, los habían entundado con la energía de la selva; que

querían llevar sus cuerpos hacia el Gran Cañón del Vira, donde iban a perder sus vidas y esos espíritus iban a devorar sus almas.

Al señor Johan lo habían condenado los cochis; lo habían maldecido con el embrujo del murciélago habanero; los cochis, durante la guerra, se habían apoderado de algunas de sus pertenencias, entre ellas una fotografía de su juventud, en blanco y negro, de la que habían recortado su rostro, que pusieron encima de la cabeza del murciélago, le cortaron las alas y le hicieron caer de seguido una gota de agua hasta que despedazase el cráneo del murciélago y también la fotografía del señor Johan; mientras los despedazaba, él iba a advertir terribles premoniciones y sufrimientos que se relacionaban con el final de su familia y sus días.

En esos días había un muerto en el pueblo, siempre anunciado por el tétrico trinar de las loras negras, don Juan Torres; la noche llegó y un cortejo de velones circulares acompañaban su cadáver; don Juan Torres era un amigo del pueblo, conocido por sus textiles cabuyeros; había bastante gente reunida esa noche, en la casa del finado, tomando un café suave, para recordarlo en torno al fogón de leña, mientras entonaban las más tristes canciones, seguidas por las súplicas de las plañideras y el pésame a su viuda e hijos.

Don Juan había muerto a causa de un enorme lagarto, que había surgido desde las aguas y le había destrozado las entrañas, cuando pescaba, ya entrada la noche, bajo un cielo sorprendentemente estrellado y un silencio sepulcral de los presentes, entre ellos Martín y Eddy.

Una vez sepultado, de pronto una brisa intensa y fría, procedente la espesura de la selva, empezó a succionar el ataúd ya ubicado en la tumba; a este hecho siguieron unos gemidos de los indios cochis muertos; mientras se oían sus lamentaciones en lengua ancestral, sus almas vagaban perdidas, errantes, y pedían venganza, mientras se abría un camino hacia la montaña en el que se vio un cortejo con velas y el ataúd se desplazaba con una fuerza irresistible; la gente trató de detenerlo, pero solo soportó el atropello del ataúd; así, esa fuerza incontenible arrastró y despedazó el cadáver hasta que quedó convertido en astillas, mientras la sangre teñía las piedras diseminadas por el camino, hasta cuando desapareció al adentrarse y perderse en la manigua.

La gente, horrorizada, nunca le rezaba a Cristo, porque un cochi les había dicho que eso despertaba mucho más la ira de Fasu, el espíritu oscuro del monte; ese amanecer fue tétrico, de tintos fuertes, porque la gente no quería dormir; temía que la atacaran mientras dormía; el tabaco lo fumaban en pipas, hechas de tamarindo, para calmar la ansiedad de la muerte, de la depresión, de la soledad, que siempre rondaban en el pueblo.

5. El impostor

El padre Ezequiel González era un viejo enclenque, arrugado y regordete; cuando se indignaba, era incapaz de referirse a Dios, por su homosexualidad y su odio contra sí mismo, por ser siempre un marica reprimido, pero acá había realizado todas sus desfasadas complacencias sexuales, que lo habían llevado a odiar a Dios y lo hacían sentir como la peor bestia antinatural; eran los malditos y oscurantistas cincuenta; su cabeza contaminada de ese nido degeneró desde el mismo Seminario, de curas que solo lo hacían que librara una batalla interna y tuviera fantasías sexuales con el Papa.

Había sido uno de los fundadores del pueblo; dueño de montañas y valles, con una gran hacienda, donde convergían varios ríos; un gran terreno que se extendía hasta el páramo de Chaza; era la hacienda Charguayaco, con los exuberantes pequeños pericos verdes, que cantaban siempre al atardecer. El padre González gozaba de una suprema inteligencia, que lo había llevado a ganar tanto terreno y poder a costa de Dios; tenía muchos peones y mayordomos, al principio.

El padre era muy déspota en sus tratos, con largas horas de trabajo; cuando se despeñaban los animales, prefería enterrarlos y no obsequiar sus carnes a los pobres; eso era la peor falta en la cultura cochi, que era muy humanista; el padre no pagaba con dinero, sino con bendiciones y promesas de alcanzar un lugar en el cielo. Explotaba unas minas de oro, porque tenía fe de alguna vez escapar, si lo descubrían, en un barco de la Marina, y, así, poder gastar su fortuna, por eso la cantidad de oro crecía.

A los peones también les interesaba que los rescataran, pues habían tratado de huir con algo del tesoro por uno de los ríos, pero se necesitaba una lancha con motor muy grande, de muchos caballos de fuerza, porque en trayectos del río había fuertes corrientes que arrastraban a las embarcaciones de madera hacia bancos de arenas movedizas profundas, que hacían naufragar y habían llevado a la muerte a los últimos que lo intentaron; el padre, al darse cuenta de las ideas de sus peones, cegado por la ambición, empezó a matar uno por uno con su rifle francés y a tirar sus restos a las fauces de los lagartos del río y a los cerdos de su hacienda; cuando la gente la preguntaba por la muerte de sus peones, decía que a ellos

se los habían tragado las arenas movedizas del río por tratar de escapar, después de haber robado en su hacienda.

Solo conservaba a su mayordomo Pablo Claus, al que había bautizado; era un indio de ojos verdes saltones, cejas arqueadas, nariz ancha y grande; sus rasgos toscos y de uno ochenta de alto; dominado por el padre, era su hombre de confianza, con quien sostenía una relación amorosa de hacía muchos años. Claus era el encargado de la finca y los corrales del ganado y de las yeguas ariscas; célebre por hacer su vino de frutos rojos; había traicionado a su tribu al entregar a sus caciques, como Canga Mapu, un líder resistente, al que ataron y enjaularon y, en la plaza, vieron muchos cómo lo devoraban tres jaguares hambrientos, en un espectáculo para escarmentar a los cochis.

Claus también reveló todas las rutas militares de los guerreros, lo que le granjeó una finca extensa y productora, en el Valle de Cimarrones; él se encargaba de toda la hacienda Charguayaco; todas las madrugadas arreaba las numerosas cabezas de ganado, de vacas nativas grises y cafés; los cochis hacían una alabanza a los hongos veteados verdes y fucsia que crecían en la bosta de la vaca, pues, al comerlos, entraban en sintonía y armonía con los espíritus del monte y, también, les servía para promover las artes tradicionales entre los hombres y aumentar su capacidad creadora e imaginativa.

Claus siempre terminaba su jornada de trabajo en la tarde, cuando el sol estaba en su última brasa; ese día notó que el atardecer estaba muy opaco, como si se le hubiera hecho muy tarde, pues ya habían empezado a cantar las ranas y las cigarras; las lechuzas siempre salían en el atardecer a cazar ratas de campo. Acababa de arriar el ganado y se sentía confuso por la diversidad de sonidos del monte, por lo que espoleó su caballo con mucha fuerza y velocidad por el único camino, pedregoso y estrecho, que conectaba la hacienda Charguayaco con Ribera Bella; Claus, apurado, solo pensaba en llegar lo más pronto posible al pueblo, que ya se iba convirtiendo en ciudad por su crecimiento acelerado y la tala de muchas hectáreas de madera.

Cuando pensaba que iba en la mitad del camino, oyó una voz, que venía de atrás, que le decía: —¡Pablo, espérame!; ¡Pablo, espérame! —Su caballo azabache, espantado, relinchaba y aceleraba el trote. Claus volvió su vista y vio que era el mismísimo Fasu, que

venía en una de sus regeneraciones; con una túnica negra, cara de buitre negro, ojos rojos, cuernos cortos de carnero, alas de dragón y cuerpo de hombre portentoso, en persona, en su caballo del inframundo Nergu, el mismísimo caballo de Gengis Khan, que lo seguía muy de cerca y le decía:

—¡Claus, espérame!; ¡espérame, te digo! —Cuando Pablo Claus sintió que iba llegar Ribera Bella, aceleró el galope, pero sintió como si su caballo se hallara sumergido en un estanque hondo, lo que lo hacía más lento, pero continuó galopando un trayecto muy considerable hasta llegar al pueblo; al fin, su caballo llegó a Ribera Bella, a la casa del padre González y a la caballeriza de donde había partido; el padre lo esperaba con ansia, pero, cuando lo vio, notó que lanzaba desgarradoras quejas; notó que vomitaba sangre, mientras entraba en agonía; el caballo se detuvo de repente, lo lanzó de la silla con brusquedad y salió al galope, despavorido. Cuando Pablo cayó, a la entrada de las caballerizas ya estaba muerto, ahogado en su propia sangre.

Al día siguiente, lo velaron en la iglesia, con todo el pueblo al lado de los hermosos y antiguos árboles de girón, con hojas blancuzcas, troncos recios, que aparecieron con los primeros hombres; eran unos árboles de más de cuarenta metros de altura, que crecieron ubicados en el respaldo de la iglesia; en el velorio, una bandada numerosa de buitres negros se posó en las ramas de los árboles, pero a la gente no le llamó la atención, porque sabían que el buitre era un animal muy andino y común; además, los ríos siempre arrastraban animales muertos.

El padre Ezequiel empezó la ceremonia muy triste, pero en un momento dada la bandada de buitres negros arremetió contra el cadáver, lo despedazó y engulló las carnes ya putrefactas, hasta que lo desapareció de la faz de la tierra. Luego, voló y se perdió entre los cielos oscuros de los temibles abismos de la Cordillera de los Andes; Fasu se apoderó de su alma y la carne se la dio a los buitres, ya que se había valido de su apariencia para reaparecer.

La culpa y la tristeza del padre fueron tan grandes, que terminó por suicidarse, pero antes enterró todo su tesoro, kilos y kilos de oro alrededor de las fincas del Río Vira; mató los mejores reses y bueyes para utilizar sus cueros para guardar el tesoro, que lo enterró en

una sabana selvática, cercana al río, lo que despertó la ira de Jarques, que llenó la tierra de la sabana de mucho calor, hasta convertirla en el amplio desierto de Cimarrones, que es hoy; derritió el oro, que volvió a las venas de la tierra, porque el oro siempre había sido una ofrenda para Jarques, pero no por su valor sino por su belleza; los cochis decían que el oro era destellos de sol de una época milenaria, cuando había chocado con la tierra, y los fragmentos gaseosos que quedaron en la tierra se petrificaron y se transformaron en oro o *tecogui*, como decían los cochis, que significa destellos de sol.

6. Los duendes lujuriosos

La señora Gloria Martínez, llegada de España, gordita, cuarentona, nariz aguileña, cejas pobladas, verrugas desagradables en su boca, pero sus ojos, lujuriosos, castaños, llenos de vida; dientes como perlas, por lo escasos; en general, fea; de apariencia de bruja gótica, con todas sus ideas cercanas a lo retrógrado del colonialismo español; con sus egocéntricos gatos, sin pelo, había huido por la grave neurosis que sufría, que la hacía pensar que estaba poseída por el demonio y supuso que los climas fervientes del trópico le relajarían su neurosis. Y, además tener sexo, intenso con los indios cochis, en las orgías de chicha y tortillas de maíz, rellenas de hongos alucinógenos, extraídos de raíces milenarias de los robles.

Esta señora cumplía con sus más locas imaginaciones sexuales, pero no todo era alegría; ella vivía por Campo Indio; así se llamaba un caserío, cerca de la ribera, donde se habían cometido muchas masacres entre indios y colonos; los moradores del caserío habían sembrado hermosas veraneras, majestuosas, de troncos recios, ya de veinte años de edad, abonados con los restos de los cadáveres de guerreros, que hacían que los árboles produjeran esas hermosas flores rosadas y moradas; también, crecían higos y chilacuanes, muy jugosos; orquídeas negras, bulbosas y silvestres; los dulces romeros florecían y su aroma se condensaba con el que producían los jazmines blancos, florecidos.

Cuando había muchos olores en la atmósfera, el aire se ponía muy pesado, sórdido, producía una leve sensación de mareo; cuando el olor estaba muy espeso y saturado, los ancianos del caserío decían:

—Ese es el olor de la muerte, de los finados que luchan en agonía, de los que se convirtieron en la fauna de la selva y cada noche quieren filtrar sus almas por los pequeños poros de los árboles y las plantas.

La señora, cuando le llegaba ese intenso olor, se ponía muy ansiosa; tenía terribles pesadillas; en general, estaba en su cuarto, acompañada de su perro labrador, y sentía que

su cuerpo se desdoblaba; se sentía atada por sombras, que la apretaban, la inmovilizaban, se le encalambraba todo el cuerpo; así, trataba de huir, pero era imposible.

Un buen día, al estar en esa situación, trató de prender un candelabro, pero tenía sus manos adoloridas y temblorosas; le extrañaba que su perro no oliera, o presintiera, que los espíritus la atacaban; entonces, solo pudo mirarse en el espejo y se vio de cuerpo entero, con su vestido de quince años, pero su rostro era el de una calavera; sus quince habían sido la peor época de su vida, porque recordaba todos los estándares de belleza que le hacía seguir su madre, que era una reconocida bailarina de ballet; ella había querido desahogar todas las frustraciones de su vida en su hija.

La señora se despertaba sudorosa, espantada, acalambrada y excitada; se llenaba de nervios, de paranoia; cuando creía que oía los gemidos de horror de los niños aucas, brutalmente asesinados, se lanzaba al piso y se retorció, como si la quemaran las llamas del infierno. Ella era viuda, ya que su marido había muerto en la Guerra civil española, y había perdido a su único hijo, al que, según decía, lo habían raptado unos duendes burlescos, que abusaban de ellos niños y de las niñas, amantes de los festines de gallinetas negras y mazorcas asadas; las gallinetas, según los cochis, representaban malos augurios y terribles desgracias, cuando las encontraban en la selva. Los indios ahuyentaban de sus niños a los duendes de sus niños.

Cuando los duendes, con su iris brillante, que siempre se mostraba con esplendor y malicia ilimitada, tenían encuentros con los niños, ellos les arrojaban excremento de caballo, como les había aconsejado el taita de la tribu, lo que era una excelente defensa contra estos espíritus demoniacos; otra trinchera consistía en poner dos machetes en equis, mientras invocaban a Fasu, la deidad oscura del monte, para que los protegiera; los duendes hacían trenzas en las crines y las colas de los caballos, pequeños y azabaches y habían enduendado al hijo de la señora, mientras jugaba, junto a unos árboles, de jugosas toronjas, y unos guayabos, de los más altos de su clase.

Manuel, que así se llamaba el niño, jugaba con su caballito de madera, después de haber frecuentado una amplia y celestial quebrada; los duendes seducían a los niños regando semillas de cacao, para drogarlos, violarlos y perderlos en una agonía de tiniebla y

abandono; después de que el niño volvió de su encuentro con el duende a su casa, así lo creyeron, nunca volvió a ser el mismo; sus ojos ya no tenían brillo, su piel estaba amarillenta y demacrada, ya no consumía alimentos, se iba secando y se extinguía poco a poco, pues despreciaba el agua que con afán le daba su madre; al final, solo vomitaba un líquido verde, mientras convulsionaba en el piso; mientras vomitaba un espeso fango pútrido verde, el doctor del pueblo, al que había recurrido, siempre se mostró escéptico y le decía que su hijo sufría de la bilis, que eso era lo que vomitaba y que estaba condenado a morir con una dolorosa angustia; siempre se notaba que padecía y solo repetía unas tenues, únicas y mustias palabras:

—Los señores pequeños me quitaron mi caballito de madera. —Murió devastado, en poco tiempo, en un penoso trance, ahogado por su propio vómito verde.

7. La gualumba libidinosa

Jesús Campiña tenía cinco hijos; era un terrateniente, de grandes latifundios, que estableció la primera vereda. La llamó Bodegas, ya que ahí almacenaba sus grandes cosechas; su ubicación era más adentrada en las montañas; quedaba a dos días de la ribera; estableció otras comunidades, ya que era un terrateniente, que necesitaba gente para el trabajo. Muy déspota, esclavizante, con rejo en mano manejaba a sus trabajadores; levantó la capilla, el centro comunitario y la escuela; quería siempre que las parcelas quedaran perfectas, los surcos exactos; todo en sus cultivos era natural, de productos orgánicos; para matar un marrano, se demoraban un año, con todo el cuidado del mundo, en el engorde; también, una gallina; nada de hormonas; en esta comunidad, trabajaban el trenzado de huasca de la cabuya, con la que producían alpargatas.

Su hijo Joaquín, el mayor, era un bandido; tenía muchas mujeres, era muy enamorado; un día recibió una cita de una mujer muy hermosa, que le mandó su retrato dibujado a mano y con una carta muy seductora; la cita era en un bosque, en un arroyo, a un lado del camino, que llamaban El Higuerón, por los grandes higos que crecían ahí; Joaquín se tomó media botella de cachaza, para darse ánimos, pues la cita era en la noche y esta era una mujer desconocida; así, emprendió su camino hasta el bosque, denso, lleno de cigarras y aromas a jazmín; en la oscuridad total, Joaquín estaba medio prendido; se adentró solo en el monte, estaba lloviznando, pero sentía que lo vigilaban, que lo seguían, hasta que, por fin, llegó al sitio acordado y oyó una hermosa voz, que lo llamaba.

En realidad, lo había embrujado la madre naturaleza, la madre, la deidad más poderosa de la ribera; ella quería que él dejara de ser infiel, inmoral, ebrio, por lo que le había pedido a la más aterradora de sus hijas, Diacon, la guardiana de los pantanos, que asumía la forma de una mujer escultural, con la figura de una guitarra; era verde, sus ojos violetas; sus cabellos eran trenzas de alacranes negros; la madre le pidió que le diera una lección.

Diacon lo llamó con excitante voz, lo saludó; le pareció que ella estaba muy hermosa; empezaron a besarse y acariciarse; todo estaba muy oscuro; ella le pidió un cigarrillo liado a mano, él le encendió el cigarrillo; Diacon quería ahogarlo y dejar su cuerpo abandonado, con su marca, que era el caimán del pantano, pero la luz del fósforo encendido le reveló su horrible rostro, de colmillos grandes y podridos; el susto lo llevó a entrar en razón, se le quitó la embriaguez y se dio cuenta que estaba embrujado; allí recordó la contra que le había enseñado un taita de su comunidad, cuando cayera bajo los hechizos de la madre naturaleza y sus hijas, que consistía en que le dijera todo tipo de insultos, hasta que lo dejara escapar; él empezó a decirle toda clase de obscenidades y cosas burdas: hijueperra, malparida, guaricha, bámbara, angarilla, zumbambika, gualumba, guata hija de....

Al oír la sarta de improperios, Diacon empezó a taparse los oídos, a gemir horrible y, de un momento a otro, se lanzó al piso con un horrible dolor de cabeza:

—Cállate ya, ¿sí? Cállate. —Joaquín aprovechó, al verla por el suelo, tendida junto a un platanal, la dominó, rasgó su vestido de fique y copuló con ella, mientras le gritaba toda clase de obscenidades, para tenerla sometida; cuando terminó, salió a la carrera y no se detuvo hasta que llegó a Bodegas sano y salvo; ya allí, les dijo a sus padres y los demás allí reunidos:

—¿Saben lo que acabo de hacer? Diacon, la guardiana del pantano ha tratado de matarme, pero, por ser un macho, la he derrotado, la doblegué; la hice mía y he hecho quedar a los hombres de las montañas de Bodegas como hombres poderosos, iguales a dioses.

—¡Aaah!, ¿qué dice?, ¿es cierto eso? Si es así, ¡bravo!, —le dijeron algunos y, desde ese día, quedó como un hombre destacado de la comunidad; la cachaza no se hizo esperar y empezó el jolgorio por el hijo del patrón, que había regresado sano y salvo, decían las mujeres; la prueba de que decía la verdad era las rasgaduras de colmillos que tenía en su ropa y las hondas heridas de su torso y sus piernas y, además, tenía unas manchas verdes en la ropa, que, según dijeron, debía ser de la sangre de Diacon, de cuando la había hecho suya y le había arrancado su doncellez.

Un día Pietro, el hijo menor de don Jesús, tuvo que hacer una vuelta en la ribera; su padre lo había enviado para que hablara con el alcalde, don Juan, en algo relacionado con la construcción del sistema de alcantarillado de Bodegas; cuando llegó a la plaza del pueblo, todo estaba solitario; el viaje había sido muy largo y llegó a eso de las tres de la madrugada; solo había una caseta abierta, que atendía una bella mujer indígena; el joven le pidió un vaso de cachaza, pues se sentía agotado por el viaje; cuando vio la cara de la mujer, se dio cuenta que era Diacon, que había regresado; quedó perplejo, súper asustado, y empezó a decir una plegaria a la Virgen María, para que la deidad se alejara, pero eso solo fortalecía a la deidad del pantano; cuando Pietro volvió a verle la cara a Diacon, le entro un terrible mal aire, se quedó quieto y su cara se le empezó a torcer; le dolían las mandíbulas, sintió que su cabeza se le agrandaba y se desvaneció; al amanecer, cuando volvió en sí, se vio tendido en el cementerio, abrazado a una bóveda; salió lentamente del cementerio y se dirigió al pueblo; nada más haber llegado a Bodegas, su padre, enfurecido, le preguntó qué le había ocurrido; cuando se lo contó, no le creyó y le dijo:

—Eres una vergüenza para la familia; te mando a hacer una diligencia importante y regresas golpeado; seguro, por estar de parranda con vagabundas; sigue así y verás que cada día te alejas más de tu herencia

—Padre, se lo juro; créame; fue Diacon la que me embrujó; seguro, para vengarse por lo de Joaquín, me hizo entrar un mal aire y vea cómo me torció la cara; ¡aaaaahaaaah!, —y cayó en un amargo llanto.

Al verlo así, su padre y sus hermanos lo entendieron, pues vieron en sus ojos mucho dolor y verdad, por lo que le dijeron que iban a ayudarlo. Llamaron al taita que, al verlo, le dijo que se tendiera en un lecho especial, hecho de troncos de palo santo, pintado de rojo, por la sangre del jaguar, con bordes de piel de armadillo en forma de equis, para que las deidades malignas no intervinieran en el ritual; la ceremonia para curarlo consistía en rociarle un licor especial antimaleficios, que solo se daba en el guaico, cuya preparación solo la sabían los taitas, pero, por los olores que despedía, se podía suponer que contenía “chancuco”, guardado en puros, de muchos años de fermentación; además, el taita le había

añadido unos aromas de hierbas y le hizo un sahumerio con incienso, al mismo tiempo que lo azotaba con un manojo hecho ramas de ruda y romero y Pietro empezó a convulsionar.

Luego, cuando se recuperó un poco, a Pietro le dieron un té de monte, hecho con manzanilla, yerbabuena y malva olorosa y, así, se fue calmando lentamente y la fuerza extraña que lo poseía perdía su poder, de modo que su cara fue regresando a la normalidad, igual que su boca y su nariz; respecto a la cabeza, sintió, al mismo tiempo, que el tamaño iba mermando a medida que le aplicaban un unguento, que contenía cannabis, con ajo, ajenjo y paico. En el pueblo, la gente, al enterarse de la curación de Pietro, decía:

—Vean, vean: el taita Chaqué ha salvado a la familia de don Jesús otra vez, —y se mostraban respetuosos por su saber.

8. Los enanos burlones

Han pasado los años; la ribera y sus zonas aledañas florecen con vértigo, las orquídeas eclosionan, el aire tiene un olor denso a bosque húmedo; ahí se percibe un derroche de psicodelia, con los colibríes que aparecen, en un espectáculo de colores y armonía, digno de los dioses; todos los entes de la naturaleza muestran una sincronía perfecta; los cacaotales desprenden un aroma en el ambiente, de leche y miel.

Diacon ha tenido trillizas, fruto de la copulación con Joaquín; son tres brujas: Noy, Zandara y Cany, que custodian el espeso bosque, el manto de robles y castigan los desequilibrios que causa el hombre, que no comparte la existencia del gran equilibrio de la naturaleza; castigan a hombres perniciosos, mundanos, asesinos y criminales.

En ese día, había tres malandrines en el campo, que habían golpeado brutalmente y asesinado a comerciantes y pastores, por robarles el ganado y el oro; ellos eran de la ribera y pasaban por el bosque; las brujas los hechizaron cuando se dirigían a la ribera con el botín; ellos habían emprendido el camino y, de pronto, se encontraron en una encrucijada de vías; allí, se dieron cuenta que ya llevaban caminando cuatro días y que se les habían acabado las provisiones.

Arthur, uno de los criminales, creyó que había identificado el camino correcto y cada vez creía que estaba más cerca de la ribera cuando, en realidad, el monte los había atrapado y, cada vez más, se alejaban del camino adecuado; todo era una ilusión que les producían las brujas; de hecho, se hallaban en un zarzal espinoso y se desgarraban la piel; Arthur había perdido un ojo y se retorció en medio de las espinas; Harry, su amigo, pudo captar la ilusión y lo despertó y juntos emprendieron la huida; estaban muy cansados ya de correr, habían perdido mucha sangre, pero seguían en su empeño; iban dejando un rastro rojo a su paso y, cuando parecía que, al fin, iban a llegar a su destino, se encontraron ante dos caminos; Harry le dijo:

—Como ves, hay dos caminos, Arthur; amigo, elige el de la derecha y yo iré por el de la izquierda y nos veremos al otro lado; yo llevaré el oro, pues, a lo mejor, podrías perderlo, ¡y que Cristo nos acompañe!

—Harry, ayúdame, amigo; no puedo ver, me duele mucho el ojo, me carcome la piel cada vez que doy un paso. —Harry siguió rápidamente por la izquierda; creyó que veía el camino, pero, en realidad, cayó a un precipicio y, mientras rodaba a gran velocidad, se golpeaba el cuerpo con las rocas, de modo que su cuerpo se iba desmembrando y se destrozó en poco tiempo; solo quedo de él una mancha roja, que dejó en las rocas.

En cambio, Arthur cogió el camino de la derecha y, con mucho dolor y casi ciego, logró llegar al pueblo y allí lo atendió el único médico del lugar; allí, contó la historia que habían vivido a algunos de los moradores del pueblo, entre titubeos, pánico y pesadumbre al hablar. Las gentes admiraban mucho a los hombres que vencían las asechanzas de los dioses, por lo que se alegraron ese día al oírlo y le ofrecieron comida y bebida gratis en todas las fondas y cantinas y, a partir de ese día, se lo conoció como “El Tuerto astuto”.

Algunos, que habían salido en su búsqueda, cuando encontraron al otro día los restos de Harry, vieron que parte de la cara estaba totalmente desfigurada, ya no había partes del torso, le quedaban las piernas y, en los bolsillos de los pantalones, encontraron hojas de roble; los duendes oscuros habían robado el botín le habían dejado las hojas como señal de burla.

En Bodegas existían dos clases de duendes: los duendes de luz y los duendes malignos y oscuros, que eran destructivos y nocivos; los duendes de luz no eran tan buenos, pero eran diplomáticos con los hombres; a ellos, don Jesús Campiña les pagaba un tributo, con la ofrenda de las mujeres más bellas de la vereda, para obtener la protección ante los hechizos de las diversas deidades del monte; todos se aparecían en quebradas y arroyos.

Los duendes de luz tocaban tambores y guitarras; tenían voces graves, con las que entonaban hermosas canciones; cortejaban mujeres bellas, jóvenes y doncellas; estos duendes servían como consejeros de ebrios que pasaban por los arroyos, los distraían, los acompañaban en sus penas y desaparecían. El duende persigue los nombres de personas, no

importa cuál fuese, pero, si les gustan, las enduendan, como ocurrió con don Horacio, al que lo llevaron a la quebrada, lo llenaron de pepas de monte, lo chumaron, lo atontaron, lo mataron de risa, con terribles vómitos y diarreas.

Solo el taita del resguardo puede liberar del encantamiento del duende, que come estiércol de caballo, serpientes y fríjoles verdes dulces; embruja a los niños, les crea ilusiones con pajaritos de colores, los llama con hermosos trinos de aves hacia su cueva; los seduce con hermosas truchas arco iris, con peces barbudos; los inhibe de la realidad, les pone vidrios en toda la quebrada, para así ir sorbiendo su sangre y, al final, secarlos y matarlos, absorber sus almas; pero el duende solo puede hacerlo a las seis y media o siete, ya que el Gran Espíritu del monte solo se lo permite a esa hora, pues es el crepúsculo, el morir del día; todos los padres salen, desesperados, a llamar a sus hijos y, al que estuviera jugando a esa hora en la quebrada, lo castigan con severidad.

Cuando a un niño lo rescatan, después de que lo enduendaran, llaman al taita, para que con poderosos rezos, cantos y danzas y ortigándolo fuerte, con grandes chamizos de ortiga y romero; le sopla murundy por la nariz, un rapé especial de tabaco, para que lo sanara, lo limpiara, le sacase toda infección del cuerpo y del espíritu, así que el taita lo desnuda, quema Palo Santo por todo su cuerpo, le escupe chapil, bendecido por abuelos, ya muertos, con esencias y fluidos de orquídeas, de eucalipto; le hace dar tres vueltas a la derecha, para que se aparte de malos espíritus y, al fin, lo cura ese taita, que es un ser elegido por la naturaleza, con un don muy fuerte de sanación; es un lector del espíritu. Los rezos del taita siempre tienen mucho impacto; su aura tiene muchos colores, es un brujo de bondad que transmuta la mala energía y la convierte en luz; ha estado toda su vida en el conocimiento de las plantas, creció entre el espíritu de la selva y los Andes.

Todos los duendes tenían el poder de controlar las emociones de los hombres; un día se reunieron en ceremonia de hongos y mambearon el siguiente pensamiento y el líder de la ceremonia exclamó:

—Bueno, el hombre es muy curioso, muy inteligente; juguémosle una pequeña broma, escondámosle la felicidad, —a lo que siguió un silencio sepulcral; mientras los duendes pensaban dónde esconderla, pues tenía que ser en un sitio supersecreto, ellos tenían el

conocimiento de los hongos, el conocimiento del sol; sus ceremonias de hongos siempre les mostraban el camino; ese día los duendes estaban muy armonizados por los hongos y llegaron a la conclusión de esconder la felicidad humana, así que, primero, pensaron que la esconderían en el cielo, pero, luego, dijeron:

—Ellos son tan inteligentes, que construirían naves espaciales y aviones y la alcanzarían con facilidad. —Luego, dijeron que debajo del mar, en los ríos y lagos, pero analizaron y dijeron:

—Pero ellos inventarían barcos y submarinos y llegarían, —hasta que el maestro de la ceremonia dijo:

—Después de mucho pensarlo, debemos esconderla dentro de él mismo; así, estará tan pendiente de encontrarla fuera, que nunca buscará dentro de sí; la respuesta siempre va a estar en su interior. —Y lo mismo hicieron con el amor; le dieron a tomar borrachero en té y lo enloquecieron, lo volvieron loco y ciego; desde ese momento, el amor es ilógico, irracional, un derroche de emociones, un éxtasis que se burla de la ciencia de la racionalidad.

9. El eslabón perdido

Muney era la hija más hermosa de don Jesús; cada vez que salía a pasear al campo a recoger orquídeas y manzanas silvestres, era supercustodiada por los peones más fuertes de la hacienda; la madre de los duendes era Chificha, la madre de todos los hongos, de los mágicos, de los alucinógenos, de los de magia oscura, de los oníricos que, una vez que se comían, que eran morados, anchos como platillos, de tallo rojo, el individuo caía en los sueños de su niñez y nunca más podía salir del viaje, se perdía de la realidad y enloquecía de por vida y, entre otros, había muchos hongos en la ribera, de los que el hombre desconocía una gran variedad.

El padre de los duendes era Licarayeno, deidad de los ríos, de los arroyos y de toda el agua dulce; cuando enfurecía por el comportamiento de los hombres, inundaba los campos de maíz, ahogaba a las lavanderas, que siempre estaban a orillas del río o, cuando no había suficientes tributos, generaba sequías brutales, los animales morían de sed, por lo que había hectáreas y hectáreas de cadáveres putrefactos; las moscas eran las diosas de esta carnicería; Licarayeno generaba unas espesas esporas moradas, que mataban a los buitres negros, que devoraban la carroña y la sequía solo traía el paludismo y la fiebre a los humanos; la ira de la deidad de las aguas dulces solo dejaba un desierto putrefacto de muertos y desesperación.

Un día Licarayeno, cuya forma real era la de una tortuga de agua dulce, ese día tomó la apariencia de un apuesto mercader y acudió a la hacienda de don Jesús Campiña; a pesar de su nueva figura, toda la comunidad sabía que era la deidad de las aguas dulces, pues a su paso dejaba toda la esencia del río impregnada.

Don Jesús Campiña, que era un tipo bajo, robusto, de unos cincuenta años, un poco ciego, ya que en su juventud le había caído una gran gota de suero de plátano en su ojo izquierdo, mientras cosechaba en los grandes platanales silvestres de Bodegas, esa tarde, mientras el ocaso pintaba los Andes, recordaba una anécdota célebre que lo vinculaba con Licarayeno: en los años mozos de su juventud, Licarayeno le había encomendado una importarte

misión, ya que esta deidad era dueña del territorio y, si no la cumplía, terribles desgracias caerían sobre su comunidad; la misión consistía en que debía cuidar la montaña sagrada de Licanto, que era nevada en su cúspide, de la que nacía el majestuoso Río Vira, ya que ahí había ocultado su gran tesoro, el que había acumulado durante siglos, con todo tipo de minerales, que se habían formado durante muchas, pero muchas centurias, ante las diferentes presiones a que habían sido sometidos desde el principio de los tiempos; en esta montaña, anidaban los cóndores, en sus cuevas, por mucho tiempo y, cuando salían, empezaba otra vez el ciclo de la vida; empollaban durante la época de sequía y en la época de lluvias tropicales, cuando crece el fértil y verde monte, en esos meses cuando el paisaje es un caleidoscopio de los dioses, eclosionan sus huevos.

Según los cochis, el ciclo del cóndor significa un renacer, un volver a comenzar, pero siempre en defensa de la vida; las deidades prohíben que el hombre los cazara; los primeros dioses aterrizaron en cóndores de tres a cinco metros, desde el juramento que don Jesús le hizo a Licareyeno de cuidar la montaña sagrada, cada noche, en el cielo estrellado, a lo lejos se desplegaba una especie de cometas doradas gigantes, por muy pocos momentos; al verlas de cerca, se descubría que eran cóndores de oro, que salían del interior del sol y nutrían de oro a la montaña en su interior; estaba llena de oro.

Los primeros colonos descubrieron lo que ocultaba la montaña y le extrajeron kilos de oro, pero cuando vieron su resplandor, se convirtieron en piedra y las deidades dejaron los monumentos de piedra para que fuese una lección para los demás hombres. Ahora, los lugareños dicen que ya que es muy efímera su presencia y cuando algún hombre los viese podría pedir cualquier deseo y, sin vacilaciones, va a cumplirse.

En la cima del cerro hay dos cráteres, es como si a la montaña le faltara una parte, como si fuera un gran rompecabezas y le faltara una pieza; una leyenda de los cochi dice que Jarques, el dios padre de todos los hombres, un día aceptó un reto de Yoima, el señor de los muertos, de la oscuridad. El mundo era un caos y una lucha entre luz y tinieblas, así que Yoima le dijo que le daba un día para que construyera el mundo y lo llenara con todos los seres vivientes y que, si fracasaba, el mundo yacería en profundas tinieblas; Jarques lo aceptó y en un día hizo todo lo existente; a la madrugada, el tiempo se había terminado y,

cuando cantaron los gallos, que él mismo había creado, Yoima vio que todo estaba terminado, excepto por los dos cráteres que habían quedado en la montaña Licanto; Jarques estaba furioso, pues sentía que no había sido justo, porque él había creado todo, menos esos dos cráteres de Licanto, por lo que empezó otra lucha, que duró mucho tiempo, entre la luz y las tinieblas y, al fin, Jarques mandó a Yoima al mundo de las tinieblas a través de los dos cráteres de la montaña; se dice que el oro se fusionó con el señor de la oscuridad y por eso se afirma que el oro encierra cierta perversidad y que corrompe hasta el hombre más virtuoso.

Esa fue una batalla que duró muchos, muchos siglos y, como Yoima podría destruir este universo, Jarques logró la ayuda de otras deidades de universos paralelos y, a cambio de la ayuda que le brindaron, les dio una colonia en la tierra y mujeres, con las que se unieron y así mejoraron la estirpe humana; les trajeron a los hombres la razón, con la que dieron un gran paso en su desarrollo; de este modo, se dice que se evitaron millones de años de evolución, ya que eran seres de luz y sabiduría; ellos son el eslabón perdido, por lo que la ciencia actual no puede explicar ese fenómeno, pues ese eslabón perdido fue una época cuando esas deidades y las hijas de los hombres formaron una estirpe de hombre con los atributos actuales; luego, esas deidades debieron retornar a sus diferentes universos, para custodiarlos del caos, aunque dejaron muchas pistas confusas, que les servirán en la época en que regresen.

10. Inicio del camino sagrado

Don Jesús Campiña posee un don muy grande; Licarayeno le ha dado una energía muy fuerte, que todavía no la ha descubierto; si trabaja las plantas de la montaña y la jungla con amor y respeto, podrá abrir este portal, pero debe tener cuidado, pues esta energía es tan poderosa que puede atraer cosas muy nocivas o cosas llenas de luz y armonía; la Madre Tierra quiere que encuentre su camino solo, no quiere que su hijo Licarayeno se lo muestre; debe encontrarlo después de convivir con una larga tiniebla en su interior, hasta cuando desbloquee su mente y su cuerpo, aunque la Madre Tierra le brinda una serie de pistas que debe interpretar, pues quiere que se convierta en un doctor para el espíritu, que cuidase a su comunidad, pero, primero, debe sanarse para que pudiera controlar ese Gran Espíritu absoluto, porque debe absorber toda la mala energía de las personas, lidiar con el karma y, después, transmutar esa energía en luz, pero para lograrlo le falta recorrer todavía un largo camino.

Don Jesús debe interpretar los símbolos de la Madre Tierra, como el relacionado con la chicharra; a menudo don Jesús la encuentra cuando trabaja en el campo y lanza su estrepitoso sonido; esta chicharra significa el llamado que le hace la tierra para que encuentre su camino, para que empezase a preguntarse, a descubrir la gran fuerza que posee; otro es el cóndor, que llega desde Arequipa hasta los Andes de Nariño, vuela alto y libre y cae hacia un vacío interiorizante, lo que significa el llamado a perder el miedo y los prejuicios, a volar, a recorrer los cerros y las junglas; esa parte de la ribera que tiene una energía muy especial, que es una frontera de manigua que empalma con los Andes; siempre algo en su interior le dice que regresase con los abuelos cochi y recuperase toda esa sabiduría ancestral que se ha perdido por esa influencia del cristianismo; tiene ese pensamiento muy arraigado en su interior, lo siente, pero no es capaz de exteriorizarlo; cada vez que ve al cóndor en el albor del amanecer, siente que debe liberarse, pero aún tiene tantas dudas.

En el pueblo, se ha establecido una sociedad muy mercantil, de consumo, en la que se hacen las cosas por obligación, sin trascendencia; solo se piensa en el futuro y nunca se disfruta el instante; siempre están llenos de nervios y paranoia, de mucha sensibilidad ante el mundo; se han buscado muchos caminos para encontrar la felicidad, pero siempre se vuelve al mismo círculo vicioso, que la destruye; otro símbolo que va a llevar a don Jesús al camino será el frailejón, que solo se halla en lo más alto de los cerros y simboliza el acenso que se debe tener en la sabiduría; primero, debe caer en lo más oscuro de su ser, para renacer y llegar a la cúspide y mantenerse fuerte, estable y en armonía, así como la hace el frailejón andino; la Madre Tierra ya le ha trazado el camino, según el orden del universo y las fases del sol, que ha protegido la vida en la tierra desde el comienzo de los tiempos y la ha vitalizado, la ha llenado de plantas, de seres, de hombres, le ha dado un orden a todo, un carácter, ya que todo lo que pasa en la naturaleza tiene sentido, es maravilloso, desde la eclosión de una flor hasta el sistema más complejo de manchas de un jaguar; otro símbolo muy importante, que le ha brindado la Madre Tierra es el tapir, que es un gran recolector de plantas y de semillas con su trompa.

Don Jesús Campiña debió convertirse en un gran conocedor de las plantas y las semillas y, así, al aprovechar las propiedades de cada una; a muchas debe mantenerlas en la boca, como lo hace el tapir; don Jesús había sido un gran lector y escritor, lo que había sido el ejercicio de toda su vida; había leído muchos libros, con el pensamiento filosófico occidental y oriental, con los textos que trajeron los colonos; pensaba que algunos de los filósofos solo le transmitían su propia amargura al mundo, que no se amaban, que nunca habían estado en armonía y paz con sus seres interiores y muy lejos de la felicidad; por tanto, solo promovían la violencia, la destrucción, el caos, pero —a veces, se preguntaba— ¿qué hubiera pasado, si ellos hubieran estado en unión con su alma y cuerpo? De seguro, tal vez sus mensajes fueran alentadores para la humanidad.

Don Jesús le daba mucho valor a los conocimientos indígenas, sobre todo a las etnias andinas, que tenían una conciencia del mundo muy avanzada y coexistían con la tierra, siempre para preservarla y aprovechando la índole de cada planta, de cada ser, de cada energía de la tierra, de manera que se lograra un equilibrio perfecto, como ocurrió con la creación del patrono de los Andes Viracocha, o como sucede con el colibrí amarillo, que

chupa el néctar de las orquídeas, de manera que se aprovechaba toda la sabiduría de los ancestros, de un saber y de un poder que nunca podrá desarraigarse porque está en el centro del alma, que ni Colón ni Cortés, tampoco Pizarro y el cristianismo pudieron acabar, porque el poder de los Andes es más influyente, contiene el Espíritu absoluto y reclama que sus hijos preservasen su cultura, que volvieran a sus orígenes, que recordasen y conservaran las historias de los abuelos, del mismo señor tabaco, de los tambores de piel de cabra que estremecen el corazón y la tierra, ve toda la destrucción del hombre como una etapa benéfica, la tierra está feliz, siente que se trata de un nuevo renacer, siente que tiene que parir seres con mucha conciencia natural, pero para parirlos, para renacer, para limpiarse, primero debe purgarse.

Se trata de etapas duras, en que solo seres iluminados con el don, capaces de ser felices, de vivir en éxtasis y profundo respeto por la naturaleza llegan a la verdadera felicidad, a sanar el sufrimiento, a superar el resentimiento, la envidia, la depresión, el suicidio, la ansiedad, pero todo se logra cuando se trabaja, se ama, se habla con las plantas y cada uno se quiere; don Jesús sentía que su vasto estudio de las letras se quedaba corto ante esta nueva energía, sentía que sus conocimientos solo abrían una línea muy pequeña en el portal y que le faltaba mucho respeto y disciplina para desbloquearse más.

A manudo vivía sueños muy extraños: sentía que estaba en su patio, junto a unos árboles de aguacate y, de pronto, se abría un hueco en el suelo, de tierra muy negra, y él se encontraba en el Lago Titicaca y allí surgía un ojo bidimensional, con una fuerza indescriptible, y que uno de sus ancestros, que tenía una energía muy fuerte, le decía:

—Hijo mío, este es el ojo de Viracocha, el que todo lo ve, —que lo llamaba y lo invitaba a seguir el camino hasta que lo encontrara, ya que la tierra estaba pasando por una etapa trascendental; el sol, su amigo, que la quiere mucho, le ha regalado el milagro de la luz de la vida para las plantas y los seres; en esta etapa cósmica tan importante, el sol le había otorgado cinco cuarzos amarillos, que habían caído en los cinco continentes, uno de los cuales había caído en los Andes.

Don Jesús era el encargado de encontrarlo, tras recorrer un camino largo de aprendizaje, de investigación; el espíritu de Viracocha le había hecho ver, en un sueño augural, que le había dado la forma de una babosa, de un tatacallo, perseguido por la sal, como si le dijese:

—La vida se te va; ya encontraste el camino, síguelo; tienes muchos obstáculos, como el del tatacallo, pero debes llegar, debes encontrar el cuarzo amarillo; canta melodías hermosas, ya que los cantos son contras para posibles hechizos de malos espíritus de la naturaleza o de otros brujos. Debes encontrar el cuarzo y evitar que caiga en malas manos; lo debes hallar para que se pueda crear una nueva estirpe universal de hombre, con un alto nivel de conciencia ambiental, libre, feliz. —Los sueños proseguían a diario y, al final de cada sueño, siempre se encontraba fumando tabaco moro y en charla con su otro yo, que era más joven, tenía veintidós años, pero, aunque era menor en edad, tenía mucha más sabiduría, se lo veía mucho más liberado, con sus ojos llenos de vida, el rostro despejado, su mirada profunda; como el universo, feliz, un ser diferente, renovado; de repente, el sueño se interrumpía y despertaba muy exaltado, sudoroso, y volvía a ser el mismo hombre, con más años, con su piel morena, su panza, su verruga en el mentón, su barba, aunque muy simpático, atractivo, incluso bello y de nobles sentimientos, pero se sentía confundido y cada vez oía el llamado de las plantas maestras.



Figura 2. Silhouette. Fotografía de Greg Rakozy.

11. Las huellas del jaguar

Ese mismo día, despertó temprano, cuando la humedad generaba una neblina espesa abajo, pero arriba el alba pintaba de un rojo intenso los Andes, cuando sintió los pasos de un tigre indígena, así se le llamaba en la tradición inca, pero, en realidad, es el jaguar; vio las huellas de sus enormes garras, decidió seguirlo y, entonces, se dio cuenta de que el jaguar se sentía enfermo; el jaguar rugía y no atacaba, porque la energía de don Jesús lo fusionaba con la tierra y leía el pensamiento del jaguar, que no atacaba, pues lo veía como una parte integral de sí mismo y de un todo; el jaguar buscaba bejucos y se los comía, para sanarse, para curarse, y, tras comerlos, se sanó, expulsó todo ese mal, todos esos excesos de carne, de agua sucia; lo expulsaba todo, moría para renacer, se desprendió de toda la energía afectada y, después, volvió hacia sí toda la energía que había salido de él; ahora tenía un retorno, ahora volvía hacia él, pero limpia, nueva.

El jaguar se deslizaba lentamente en la jungla, pero esta vez liviano; sus ojos, llenos de amor, de vida; su cuerpo suelto, digno de la vista de las deidades, siempre para inspirar lo profundo, el gran misterio, el poder y la sabiduría de la naturaleza; sus manchas y su color intenso maravilloso teñía la jungla, plena de orquídeas, que eclosionaban, esparcidas por el piso, amarillas, moradas, todos los verdes posibles, rosadas, anaranjadas, veteadas, con pistilos azules, cafés con blanco, bulbos enormes; el jardín de Epicuro le quedaba chico; don Jesús sentía miedo, pero desde su interior se le decía que el miedo era la señal para convertirse en un buen brujo, que ayudase a su comunidad, ya que, en esta nueva etapa de la tierra, se necesita esa clase de hombres, conscientes, que amasen la tierra, que idolatrasen su gran fuerza y sabiduría espiritual.

En sus días cotidianos, mientras trabajaba en el campo con el arado, don Jesús siempre estaba viendo pintas, sintiendo la vida de los Andes, la fuerza de la selva amazónica; podía percibir la energía de las personas; energías tenues, oscuras y fuertes; sentía que debía asociarse con las plantas, con el San Pedrito, con el yagé, sentir su fuerza, canalizar su aura para, después, reunirse con Dios; su vida proseguía, los días pasaban sin ningún sentido; se

sentía vacío, pero no ese vacío liberador que siente el cóndor cuando vuela sobre los Andes y empieza desde el sur de Colombia, baja por el Ecuador, Perú, Bolivia, Chile; era un vacío existencial el que lo poseía; era una persona muy perfeccionista, le importaba mucho la aprobación de la sociedad; cuando fracasaba en algún proyecto del campo, en la siembra o en el arado, se sentía muy triste, no se conocía a sí mismo; muchas veces pensaba que el camino hacia la alegría de la vida estaba en los excesos, en las cosas materiales, en el sexo sin trascendencia, pero eso lo llenaba solo por un momento, pero, al final de la jornada, se sentía destrozado, como si nunca fuera a encontrar su lugar en el mundo, su destino universal, que solo él podía descubrir, recorrerlo y constituir el lienzo, con mucha armonía.

Un día había sentido el llamado de los abuelos cochis, la tribu de esta parte de los Andes que asume una concepción muy diferente al cristianismo; era una visión del mundo en la que se ritualizaban las Plantas maestras, por lo que se internó en las montañas; eran diez horas de camino de bosque, de jungla húmeda y fresca; de fauna y flora celestial; en ese paisaje, digno de la creación del padre Viracocha, cuyo parecido a la entrada al cielo, del realismo mágico, se queda corto, al que tal vez el Edén se compara en su belleza y su fuerza, los cochis lo recibieron con mucha fraternidad; un taita, con su voz augural, le dijo:

—Bienvenido a la familia, te estábamos esperando. —El taita era de una energía muy fuerte, muy sabia, muy profunda, pero, a la vez, burlona; su mirada era atrapante; era como estar viendo el chavín, que es el centro del universo para los incas; se notaba que nunca había pasado por ninguna academia; a duras penas sabía hablar español, porque los cochis eran de tradición quechua, pero tenía un conocimiento del ser humano, así como si fuera un doctor para el cuerpo, para el alma, para el espíritu; el taita leyó a don Jesús como si fuera un libro abierto: le empezó hablar de su vida íntima, sin conocerlo, pero de una forma muy sabia y muy acertada, le dijo estas palabras:

—Tú tienes un guagua, al que debes cuidar, velar por él, es una parte integral de ti, pero con la madre no tienes ninguna afinidad, tienen distintos rumbos, no se comprenden; déjala volar, su camino no está junto con el tuyo; tú la buscaste por desespero, por no estar solo estás con ella, como si fuera una obligación para ti; si sigues con ella, tú serás el que se va

destruir, o dime si es mentira, —le dijo, al final, con su mirada, que era muy profunda, y lo llenaba con todos los colores del churo cósmico.

Don Jesús se preocupó; sorprendido, sabía que el taita había leído sus sentimientos y pensamientos con suma coherencia y claridad; sentía que siempre había llevado esa verdad dentro, como una hidra que lo devoraba; era una verdad que él conocía muy bien, pero jamás se atrevía a exteriorizar; después de las palabras del taita, se sintió liberado, como si hubiera dejado una gran carga, que llevaba sobre los hombros hacía mucho tiempo.

El taita y abuelo de la tribu compartió el mambe de coca, el ambil, que es una pasta de tabaco oscuro para que se pudiera soltar la palabra, sacar todo, sincerarse, darle orden, coherencia, a las palabras, al discurso; Jesús sentía que tenía una bola atascada en su garganta, pero con el ambil la sacaba, exteriorizaba todo; manchaba sus dientes de verde y amortiguaba su lengua con el mambe; entonces, el taita dijo a los presentes:

—Hermanos, el señor tabaco me ha dicho que debemos preparar a este hombre como brujo; los antepasados lo están llamando; debemos preservar nuestra cultura, que es el futuro de la humanidad; estamos siguiendo el proyecto de la Madre Tierra, que ella tiene para todos y cada uno. —Todos se habían sentado en círculo; había indios y colonos, también mestizos, pardos.

—Todos somos bienvenidos, —dijo el taita, mientras fumaba tabaco moro y entonaba con una voz muy grave palabras en quechua; su mesa de rituales era grande y tenía muchos cactus de San Pedro, bejucos de ayawaska, borrachero, chonduro, chachafruto, hierba de los dioses; tenía un crucifijo de roble, con un collar de dientes de tigre indio; una piel de serpiente anaconda de cinco metros, que era muy simbólica para él y, en su tradición significaba cambio, movimiento, renovación; esta gran sierpe era sagrada; además, tenía la piedra de Osiris, de obsidiana, que, para meditar, el hombre se la debe pegar en el ombligo y la mujer dentro de la vagina, para hablar con papá universo; con su color esmeralda azulado, era muy rara, insólita; era una piedra que había surgido, una en quinientos años, de debajo del Urcunina y legada por sus ancestros; su mesa tenía un aura muy fuerte, con muchas plantas; también, mostraba retratos, dibujados en rocas, de sus seres queridos: su madre, su padre, su esposa, sus tres hijos; ese día estaba engalanada con muchas orquídeas;

había un frasco lleno de pepitas de oro, donde había romero, albahaca, cola de caballo, tomillo, llantén, jazmines selváticos de muchas clases, morados, naranjas, amarillos; blancos tenía pieles de ranas del Amazonas, de sapo de caña, de rana flecha, de rana verde de ojos rojos; de la extraña y mítica rana venenosa azul; de pronto, pidió que todos tocaran el frasco, lo que todos hicieron; lo pasaron, lo tocó una mujer y el frasco se puso negro, el agua se ensució, se volvió pútrida, con mucha suspicacia, dijo el taita:

—Uno de nosotros no va por el camino correcto, —y, de repente, el taita le dijo a la mujer: —Sal de aquí o dañarás el aura de todos; solo buscas la inmensa sabiduría de las plantas para recrearte, para drogarte; no buscas curarte, no buscas aprendizaje, solo buscas placer, matar tu curiosidad; vete; sé que regresarás después con un pensamiento maduro; debes interiorizar, conocerte más, —y la mujer se paró, se despidió de todos, abrazó a cada uno, besó las manos del taita y le dijo:

—Maestro, usted tiene toda la razón; esperaré un tiempo, hasta meditar bien, abrir mi mente, madurar, charlar con la luna y con la soledad, —salió y, cuando lo hizo, la energía del lugar se volvió más liviana, mucho más agradable; todos empezaron a observar que el frasco cambiaba de color y volvía a su forma inicial, con su agua limpia, perfumada, nutrida de color, solo transmitía amor a la vista; así, el taita dijo:

—Ahora sí podemos continuar, —y don Jesús seguía detallando lenta y meticulosamente la mesa, en la que se veían unas plumas muy grandes de cóndor; la espada de chonta, que se la habían heredado unos taitas; esta espada era un falo sagrado, que servía para bautizar e iniciar a los taitas que tenían el don; había una planta muy grande de yemuru, pues su esposa había venido desde la selva de la Amazonia, de la tradición tubu; ahora, el taita cargaba con toda esa tradición, la fumaba, le hablaba, la consentía, le decía las palabras más hermosas que jamás se han escuchado, le pedía permiso para entrar en su ser, con mucho respeto y alabanza; todos los presentes fumaron y el taita le hacía sentir el corazón de la planta, su energía; don Jesús sentía que esa era una planta celosa, que le decía que debía conseguir una mujer tierna, maternal, madura, vasta en viajes, en sabiduría, con muchas proyecciones energéticas; una mamita, que trabajase con las plantas; don Jesús antes había utilizado mucho la planta, pero jamás la rezaba, jamás disfrutaba de su belleza.

La ceremonia proseguía y, ahora que la marihuana yemuru había intensificado los sentidos, la mesa cobraba su propia vida, se hacía notar como una entidad más, muy cargada de luz de vida; la mesa pintaba el lugar y el taita invocaba muchos hechizos, con sus cantos en quechua; los mejores músicos de la reunión empezaron a tocar con sus maracas, que tenían dibujos de jaguares, de serpientes, de cóndores; sus quenas, talladas con las diversas formas de Viracocha; afinaban las cuerdas de las guitarras de cedro con mucho ahínco; se ponían los tambores cerca del fuego para ir templando sus cueros; los rondadores y zampoñas empezaban su danza con el padre viento y el taita les dice que ya es el momento, que ya había amanecido, que era la hora de volver al origen, del amanecer, del retorno, de la gente del albor de la luz, la era de la nueva humanidad, de los portadores del equilibrio y la justicia, un movimiento dinámico, un balance, que es irremediablemente necesario restaurar ese tejido que se llama vida, existencia; es ese tiempo para que renaciera la medicina de los abuelos, las medicinas custodiadas desde milenios, para los que sienten que es el momento de despertar a los hombres.

—Como la ayawasca, ella baja de la selva a limpiar a la humanidad; el San Pedro nos recuerda nuestro compromiso con la tierra, nos despierta, llega el recuerdo de nuestros antepasados, ese gran llamado; del trópico llega la palabra del tabaco y la coca, para determinar, para armonizar, para poner orden, para organizar todo con criterio, poner todas las cosas en su lugar, para fluir con el cosmos, —y el taita sigue abriendo portales, habla muy inspirado, como si declamara la poesía más bella del mundo, o de los micro o macro mundos posibles, en universos paralelos.

Don Jesús se conecta muy bien con el taita, ya que él es un brujo de puros sentimientos; si estuviera con un brujo oscuro, se sentiría fatal, pero más le importaba lo que le dijera la planta que lo que le dijera el taita, pues la planta habla, sana, corrige; dice si se debe seguir trabajando con ella o no, o si se debe cambiar de medicina, ya que cada hombre debe trabajar la planta que la Madre Tierra le ha asignado.

El taita seguía con la enseñanza de su profunda palabra y decía:

—Estamos sobre el valle encantado de Urkunina, de Viracocha, todo el poder de wachuma; llega el tiempo de los Andes, del murciélago, de conectar el cielo con la tierra; llega este

tiempo de la alianza de Guacolda, de olvidar el juicio, el prejuicio, todo lo que separa, lo que destruye, —y el taita seguía hablando; decía:

—Marchar juntos, como una gran humanidad; los abuelos, que han custodiado las montañas por siglos, se manifiestan, las despiertan, tanto como el equilibrio del universo, del centro, solo lo encontramos en la unidad de la diversidad; llega wachuma en el amanecer; al respirar los cerros, es hora de estar chumado y estar completamente sobrio, de estar en la dimensión del chavín y, en ella, tenemos que darle su rezo su altar, su danza, porque él es el protector de los Andes; esta es la medicina de los niños, del amanecer, del amor, de la sonrisa, de la voluntad, —y el taita hirvió la wachuma en una tulpa de barro, y decía:

—Esto puede demorar tres horas o tres días y la wachuma va soltando su esencia penetrante, su color de tierra fértil, —y añadía—: a las doce de la noche se debe tomar la medicina, porque es el momento cuando la flor blanca, hermosa, del cactus de wachuma, revienta, las energías se conectan; es un espectáculo maravilloso la eclosión de esta flor; las serpientes celebran el comienzo, los monos aúllan extasiados, porque perciben su irradiación de luz; las aguas se calman, el jaguar ruge con un poder celestial; los armadillos salen de sus madrigueras, los osos de anteojos se unen en el amanecer, los colibríes multicolores danzan extasiados, el águila negra de los Andes sale a cazar los curíes silvestres; la chicharra, con su poder, lanza estrepitosos ruidos, que retumban en el corazón de todos los presentes; las guacamayas salen en bandada, pintan el cielo como un caleidoscopio, con un derroche de color impresionante, como un vitral hecho por Miguel Ángel, como una obra de van Gogh, los sapitos cantan, croan muy fuerte, crean su resonancia que amplifica el sonido y se junta en un solo eco; las luciérnagas amazónicas vuelan excitadas: son blancas, azules, rojas, cuando florece el San Pedro, la wachuma; todos los animales entienden que deben fluir con el curso de la magia que les transmite la planta sagrada, todo resplandece con una sinfonía precisa y perfecta.

Todos los presentes en la ceremonia eran de diferentes procedencias; obviamente, había muchos cochis de por medio, cansados de su vida cotidiana, de desconocer su ser, sus raíces; saturados de que no pudieran vivir cada instante de la vida, de formar parte de esa

diseminación enfermiza que se llama sociedad; todos tenían un pasado oscuro, tormentoso; habían probado muchos caminos para llegar a la armonía y la paz interior, pero se habían desviado; buscaron caminos como la prostitución, la lujuria, el ocio, el exceso, la avaricia, la personalidad egocéntrica, toda clase de perversiones, mientras este taita solo había encontrado luz, equilibrio, en la infinita sabiduría de las plantas andinas y amazónicas, que lo habían despertado, lo curaron, lo impulsaron a vivir con amor; quiere formar una nueva cultura, tiene un alto nivel de conciencia, es un pensador, un hombre de visión, siempre dispuesto a promover la agricultura ecológica, las huertas caseras, la extracción de aceites esenciales, por lo que siempre, antes de cada ritual, les hablaba sobre diversos problemas de la sociedad, de la política y, obvio, de la cultura, pues estimaba que ellos eran una familia muy unida; su misión era abrir portales sobre la tierra de sus antepasados, para que esa energía se compactase con la humanidad y solo así pudiera despertar.

El taita creía que había llegado la hora de retornar, siempre comprometidos a ser unos doctores de la miseria, del sufrimiento humano, llamados a la solidaridad, al respeto y a la inserción al mundo de seres nuevos, transformados con la palabra de la unión, del sentido del tejido; siempre, antes de estas reuniones augurales, la palabra del ambil salado con una fuerte concentración del abuelo tabaco y de mama coca, ponía cada cosa en su lugar, hacía lo suyo, relacionado con el devenir de la voz de la palabra; en ese momento, cuando mambeaban, cada uno sentía que tenía un gran nudo en la garganta, pero que se iba liberando poco a poco y todo lo que estaba en la mente, en el espíritu y en el corazón, se desnudaba, salía a flote, con las más bellas melodías, con el verbo profundo, difundido por papá los Andes, por la madre Amazonia; el Círculo de Raimy, como se había nombrado esta familia de taitas, estaba organizando una campaña para frenar la minería, pues, si se recuerda, habían pasado cincuenta años desde la fundación del pueblo de Robles, que había crecido mucho demográficamente, quería ampliar su economía con la asociación de pueblos cercanos, pero explotaba la tierra con mercurio, se aprovechaban del trabajo de los indígenas y campesinos con horarios extenuantes, con más de doce horas de trabajo y un descanso de solo media hora para almorzar, trabajaban hasta matarse y solo se enriquecían muy pocos, como los señores terratenientes y el señor alcalde, que era un tipo gordo, pequeño, calvo, de ojos saltones, barbado; su piel era blanca y siempre estaba partida y

quemada por sol y el calor húmedo; siempre sudoroso, era una bola de grasa y detestaba vivir en la jungla, les temía a las serpientes, lo habían picado los alacranes; era de negro corazón y odiaba a los monos burlones, que le tiraban semillas de los árboles.

12. La familia cósmica

El Círculo frenó la minería; el día de la intervención del alcalde, los indígenas y campesinos se rebelaron con piedras y machetes; el taita invocaba encantos, para frenar el alma hostil de estos seres, que querían destruir la naturaleza del valle encantado; mujeres y niños se ataron a los árboles, desnudos, pintados con pigmentos rojos muy poderosos, que utilizaban para invocar al padre sol; los taitas oraban, cantaban y dieron comienzo a la gran danza del sol, que duraba cuatro días, en un baile sin descansar; la revelación era tan fuerte, que los danzantes, al final, quedaban renovados, sin hambre ni sed ni cansancio; ese día fue maravilloso, todas las plegarias surgieron efecto, la maquinaria retrocedió, el sol y la lluvia oxidaron los mecanismos, por lo que el alcalde decidió retirarse con un gran odio a las familias del Círculo de Raimy, pues ellos tenían mucho poder sobre la comunidad.

El alcalde muchas veces había tratado de sobornar con cuantiosas cantidades de oro, lujos, propiedades y los consideraba subversivos y dañinos para sus proyectos; quería más bien tenerlos de su parte, pero las familias, que era de corazón puro, no se dejaban tentar, por lo que en la comunidad se seguía con sus proyectos de agricultura, de sembrar semillas naturales; crear nuevas alternativas de vida, como el aprovechamiento de la tierra sin destruirla, sin alterar su ecosistema, pero, además, tenían mucho impacto social sus acciones y discursos, que eran muy liberadores, abrían la mente de las personas, los niños amaban los animales y la flora salvaje; sus ojos puros, tiernos, que todo lo ven, que leen las almas, llenaban los hogares de luz, de alegría, de sentido; las familias estaban muy fuertes, muy unidas; ahora, la misión consistía en seguir abriendo portales; había en el pueblo muchos lugares sagrados, con gran concentración de energía, que debían ser liberados; en muchos puntos se habían construido iglesias y los prelados no permitían que los taitas hicieran sus rituales cerca, porque los consideraban impíos, herejes. El padre Leandro Valenzuela decía:

—¿Cómo se atreven, profanos, vulgares, vulgo ignorante?; su saber no está en las Sagradas Escrituras, ni figura en ningún libro y, por lo tanto, no tiene ninguna validez; todas son

falacias paganas; ojalá Dios los incinerara. —El padre estaba muy equivocado, no era armónico con su propio yo, no conocía su cuerpo, odiaba sus secreciones y la sangre, las consideraba ajenas a él; ¿cómo podía alguien así difundir amor y filantropía, si vivía en un estado de guerra, de repudio hacia sí mismo? Los taitas pedían por el cura, invocaban las energías para sanarlo; fumaban su fotografía en tabaco moro, para que se soltase, se liberase, aflorase su corazón, porque él, en su interior, muy confundida, tenía un alma bella.

Los taitas congregaron a muchos; tomaron wachuma y todo lo que les transmitía el poder de la planta se transformó en hermosos cantos y plegarias; pintaron muchas mandalas de colores, muchos ojos de Viracocha en el piso adoquinado de la iglesia; la ceremonia comenzó con una gran presentación de color, con una feria de frutas y de verduras cultivadas ecológicamente, con semillas nativas y aceites esenciales, plantas aromáticas, árboles frutales, ornamentales, frutos tropicales, papaya, mango, piña, naranjas, limones, guanábanas, bananos, guaraná, chirimoya, granadilla y guaba; todas estaban en estado natural, con abonos naturales de estiércol de animales y compost y tenían sus semillas dentro para cuando se las comieran y regasen sus cortezas y semillas en el campo retornase la vida y empezara otra vez a retoñar, a parir vida; además, en la feria había café, esmeraldas, cuarzos, el derroche de belleza de la gente originaria de América; había gallinas criollas, cuyes criados por familias amorosas, chumbos negros silvestres, que los niños provocaban para que los persiguieran con su simpático cloqueo; las madres corregían a los niños y les enseñaban la importancia de respetar a la naturaleza y a sus animales, los tambores retumbaban en el viento; con su agreste eco, se estremecían los corazones, todos los núcleos energéticos del cuerpo vibraban con las quenas y el sonido de las guitarras; la familia se dedicaba a meditar, a implorar como taitas libres, que la planta y la deidad habían elegido para que conservaran la historia de su pueblo; los niños honraban a los Andes y a la jungla, mientras los mayores mambeaban mama coca y decían cosas maravillosas a través del ambil, se chumaban de San Pedrito, de alegría, por ser ellos ángeles, entes de fuerza, de luz. Todos los seres, cuando crecen, anhelan volver a esos recuerdos de la niñez, cuando amaron la vida, eran lectores de mirada de alma, de juego, de crear mundos, de éxtasis infinito, de ser hermanos, de volver al núcleo del chavín, que es el centro del centro de la bondad, de la belleza, de la virtud, desde donde ha irradiado el universo un huevo cósmico,

como una gran célula que, dentro, contiene seres diferentes, pero que, al final, vuelven al origen de la unidad. La feria del Círculo de Raimy continuó bajo el sol, que lleva la batuta de todo, lo que encaja perfecto; el público empieza aglomerarse a las fueras de la iglesia, ya que pareciera que las personas también sintieran el llamado, cantan, bailan, pintan sus caras, siguen dibujando y tiñendo de mucho color los ojos de Viracocha en el suelo y la chicha no se deja esperar.

El padre Valenzuela no vio otra opción que unirse a la multitud; bendijo la feria y se unió al jolgorio, pues en su interior había luz; toda la ceremonia resultó muy simbólica, el fuego se alimentó todo el día y toda la noche; de repente, a las doce de la noche, los taitas empezaron a engalanar la estatua del San Pedro de la iglesia con collares de orquídeas, con un círculo de frailejones, de anturios; en el interior de la iglesia, las bancas tenían heliconias en sus estandartes y el maestro taita Ezequiel, con sus rasgos bien definidos, su identidad tatuada en su piel y en su ser, con su energía poderosa, empezó a soplar chapil y esencias muy poderosas de la madre selva sobre el busto blanco de San Pedro y el Círculo de taitas puso sus mesas en fila delante del santo y empiezan a implorar, a cantar, a hechizar, con sus ruanas, sus sombreros, sus plumas; los taitas sacaron wachumas muy grandes, a punto de florecer, con su flor blanca y las sembraron en maceteros muy grandes, con la forma de monolitos de Viracocha, al lado del busto de San Pedro y, a medianoche, eclosionaron las flores; la chuma hacía ver al cielo estrellado, la luna y los Andes como un evento insólito, único del sistema solar.

Al amanecer, todas las personas se dispersaron a sus actividades cotidianas, cada quien volvió a su mundo, muy chumadito aún, ya que la chuma despertaba lo fuerte enérgico, centrado, con la mente despejada; la ceremonia se terminó y el Círculo de Raimy se retiró a su ecoaldea, el fuego con sus siete colores se consumió, solo quedaron las obras de arte dibujadas en el piso de la iglesia y los cactus de wachuma florecidos al lado del busto de San Pedro, se abrió ese portal, se había saneado esa energía, se había liberado, ya que ese era un punto ancestral sacro de los quillacingas; ahora la wachuma era el protector de esa franja de ese territorio, como debía ser y como lo había sido por milenios en todos los Andes.

El Círculo de taitas lo constituían unas cuarenta personas, la mitad eran mujeres y la otra hombres y el taita maestro les legaba toda su sabiduría antes de morir; quería enseñarles a controlar su poder y a canalizar los dones, pues ellos eran los elegidos, pero su poder solo lo podían emplear para el bien; el taita los había embrujado, para que si uno de ellos usara su cosmos para el mal, terribles desgracias caerían sobre ellos; no era un camino fácil llegar a la iluminación, tenían que estudiar mucho tiempo, viajar mucho entre los Andes y el Amazonas, amar el fuego y el agua, hacer muchos sacrificios, tener un cuerpo virtuoso, controlar los malos pensamientos, ya que, con su gran fuerza, los podían materializar; con la medicina, ellos adquirirían una alta conciencia, su cuerpo rechaza el exceso de carne, ya que se impregnaban de la crueldad con que morían los animales, como la vaca, el puerco, el conejo, la serpiente, las gallinas; muchos eran vegetarianos y los demás comían solo la carne necesaria, pero si se excedían, el cuerpo ahí mismo evacuaba; lo mismo sucedía con el alcohol, debido a que, si lo tomaban en exceso, soportaban terribles vómitos y malestares; las plantas, como la ayawasca y la wachuma, castigaban al ocioso y al vicioso, a veces llegaban a reprenderlos con vómitos y excrementos con sangre.

—Este camino no es para todos, —les decía siempre el taita; todos ya se habían purgado y, ahora, cada vez que fallaban, su propio cuerpo les recordaba en qué estaban errando.

Su comunidad era muy unida; vivían en una montaña muy verde y los niños crecían muy libres; ellos eran felices en medio de la naturaleza, andaban con sus cabellos largos, con su pizca de originalidad, diferentes a los demás infantes, aquellos que todos se visten igual, todos tienen el mismo corte, son parte de una figura repetida; todos cocinaban, todos limpiaban la maloca, todo era de todos; producían los alimentos para su propia comida, maíz, aguacate, café, cilantro, cebollas, zanahoria, muchos cítricos, hongos, champiñones, hongos de vaca para rituales, coles, brócoli, muchas plantas aromáticas; tenían depósitos subterráneos, por si algún día llegaba la hambruna, la escasez, donde almacenaban muchos cereales, quinua, kiwicha, tarwi, cebada, las bolas marronas de maca y la chíá, que tiene poderes afrodisiacos; todas las ponían en barriles de madera, las conservaban; al final, quedaba una pasta seca, que era muy alimenticia, rendidora y llenadora, pero si, durante el proceso, le daba la luz y se llenaba de humedad, se fermentaba y producía unos hongos malignos, que tumbaban los dientes; un solo barril los abastecía durante meses; los augures

de los abuelos cochis, ya que esta cultura era un híbrido de quillacingas e incas, decían que iba llegar un momento, en el movimiento cósmico, del no retorno; que cuando la tierra estuviese tan contaminada y erosionada, ya no se podría cumplir el ciclo de la vida, ya no florecería ni renacería ningún ser; llegaría un momento —decían los pictogramas de las cavernas andinas de roca caliza—cuando habría mucha tecnología, mucho dinero, pero no habría nada que explotar, nada que comprar; el problema del futuro iba a ser el de la tierra, el de la comida.



Figura 3. Sophia. Fotografía de Andrew Neel.

13. El artista de la sicodelia

El señor Campiña era un hombre ya maduro, fornido, de voz grave; un artista, amante de las Artes plásticas, que plasmaba en su obra un desahogo; callaba un momento, escuchaba a la naturaleza, olía las fragancias del monte, que se combinaban con sus pinturas; un tipo con experiencia, guerrero ante el mareo del mundo, que siempre giraba sobre su eje, como el hombre que escala una montaña andina, que inspira respeto y admiración; era temeroso y se había tomado su tiempo para tomar decisiones básicas en su vida, como combatiente de la sociedad decadente. Pensaba que la humanidad había estado yendo por un camino inadecuado; sin importar que época fuera, si la pasada o la moderna, la humanidad avanzaba sin retorno; había consumido la marihuana durante toda su vida y era algo que no lo enorgullecía mucho, pues sentía un compromiso muy grande con la tierra, con el gran tejido de vida, de sentido, de unidad, en que esa gran familia, a la que se llama Humanidad, como dicen muchos augurios de las comunidades tribales de Norte América, va a llegar a ese momento cuando todos los hombres de todos los continentes, de todas las estirpes, la árabe, la caucásica, la negra, la del extremo asiático, de hombres amarillos de conocimientos de profundidad milenaria, y la indígena, la aborígen, se unirían para luchar por un fin común, vivir en armonía con la tierra, preservarla, cuidar los animales, respetar la maravillosa vida, preocuparse por ser más humanos; cada hombre haría bien su trabajo, por mas fútil o complejo que fuese, lo haría siempre con alegría, con amor; esa es la forma de la revolución, del cambio, siempre éticos y estéticos, con esa inquietud por la gente, por su realización, por el alcance de sus sueños, por sus condiciones materiales; sentía ese compromiso consigo mismo de limpiarse física y mentalmente, liberar su espíritu, volver a la verdad real que, a veces, por dura que pareciera, ayuda a trascender más y a comprender que el dinero no lo es todo; sí vale, pero no es para tanto; no se debe confundir valor y precio.

Muchas veces, en su juventud, don Jesús Campiña había querido morir y le pedía perdón a Dios constantemente, con vehemencia, por esos pensamientos destructivos; la experiencia de la intensa vida le había enseñado que resulta bueno morir a veces, para, después, renacer con más fuerza, con más vitalidad, con más sabiduría; como el ave fénix, ver la vida como un despertar, como un renacer, como una gran oportunidad, una proyección de la tierra, en que, al final, tras un vasto aprendizaje, cuando se despliega la vela de la energía, que se transmuta, se vuelve al origen, se combina con la tierra y se reinicia el eterno ciclo de existir. El señor Campiña había comprendido que, en el fondo, era un guerrero valiente, pero siempre tenía que limpiarse, descontaminarse, pulir su cascarón, su armadura de guerrero indio, para que pudiera asimilar el mareo que produce el mundo y combatirlo; sabía que, al elaborar de una forma celestial su obra, su arte, con sus pinceles de crines de caballos cerriles, con su estilo único, pleno de perfección, con sus lienzos de abajo hacia arriba, como si se liberara del interior hacia el exterior, en una terapia muy del silencio, de oír el andar de la vida, el canto de la luz.

Antes, él había sido un vago, un buitre, un tipo salteador de mujeres incautas, anti-compromiso, siempre de viaje, siempre de partida, un nómada que dejaba una huella en cada lugar; a pesar de ello, su obra, siempre plasmada en sus murales, dejada en tantos lugares, emanaba una energía poderosa; podía movilizarse por cualquier sitio de la selva y plasmaba en sus obras el hiperrealismo, los colibríes en su vuelo, con sus llamativos colores, de negros, de verdes, de amarillos intensos, con su pecho azul espléndido, mientras chupaban el dulce néctar de las flores rojas, que los embriaga, que los hace danzar en el aire, cantar sus melodías, sentirse más que nadie en la tierra, cortejar las hembras de una forma profunda, en una conexión no solo en lo sexual, sino en el coloquio, en el fluir, en el pensar e integrarse como las dos medias naranjas que, al final, se funden, se complementan, se maravillan de la vida como del amor, como un motivo para existir, para soñar, para llorar; a veces, para sentir la danza del colibrí y su gala de apareo, en un viaje mágico y soñado, de erotismo, de sensualidad, en un momento efímero, pero inmortal, un espectáculo digno de la deidad y de todas sus dimensiones.

El señor Campiña sentía todo ese poder, toda esa energía, toda esa chacana intensa de colores y la difundía en su obra; además, pintaba los más hermosos osos de las cumbres

nariñenses, la tulpa, la boa constrictor que mataba a las gallinas salvajes y las engullían, hasta solo dejar el aroma en el aire; a los venados pequeños, a las crías del tapir y a los capibaras; los locales, cuando se encontraban con ella, en el intenso sol de las siembras de dorado maíz y de los sembrados de mama coca, sentían el mareo del volver, el mareo de la palabra, de la elocuencia de desatar el nudo en la garganta para dejar que eclosionara el espíritu primario de las plantas, de la lluvia de ese trópico suramericano, de ese cremoso y delicioso mambe, con su polvo verde intenso, que pinta los dientes, que lo activa a hacer todas las labores, de una forma perfecta y con buena voluntad; el señor Campiña volaba en su obra como lo hace el majestuoso del cóndor, siempre con la chacana presente en su pecho, en su alma, definida y eterna como las rocas gigantes del taita Urcunina; este gran artista siempre decía:

—La vida es un juego muy serio, —o exclamaba, ante todos los interesados en sus obras, cuando le preguntaban:

—Maestro, ¿qué estilo me recomienda?, —él les decía:

—No soy un maestro, soy un amigo; se tú mismo, la vida es como tú quieras en este viaje, que ella es como una muchacha de abril, de risa loca, hermosa, con su gracia, con su personalidad, con sus misterios, con su intensidad.

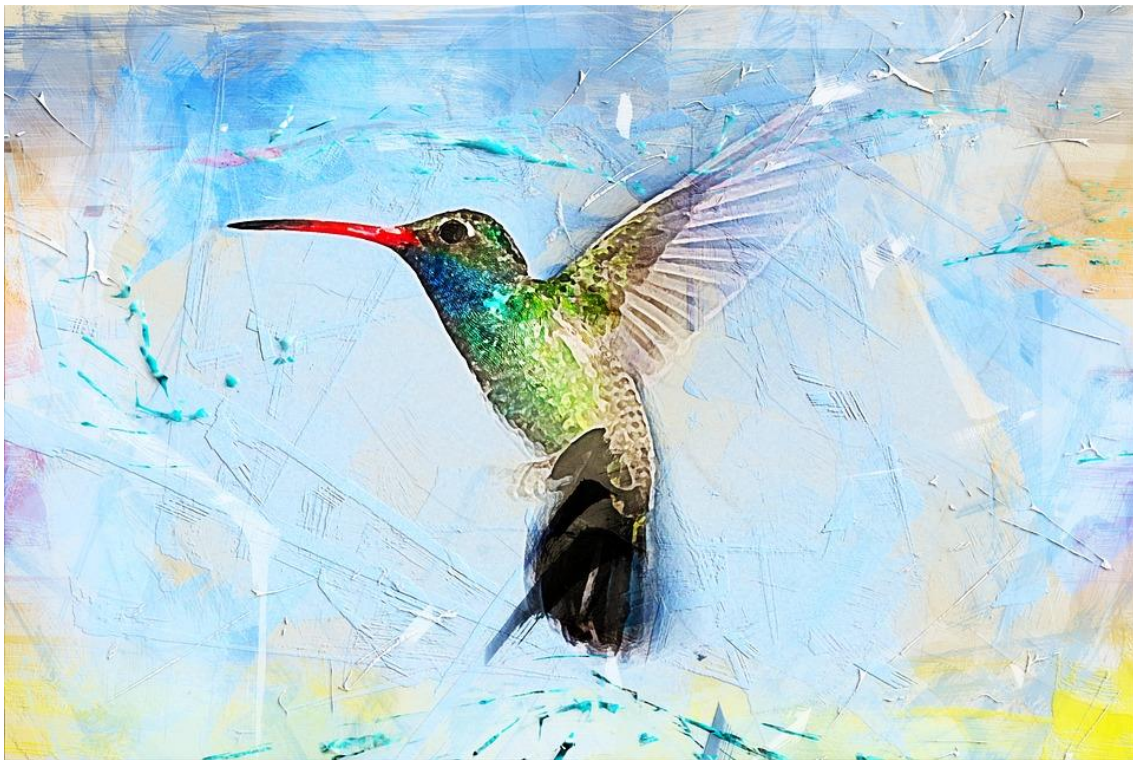


Figura 4. Colibrí.

14. La bruja del misterio

La vereda de Bodegas constituía el territorio de un Resguardo indígena muy antiguo; había atravesado muchos conflictos, muchas masacres, guerras de grupos armados, presencia de cultivos ilícitos, desde cuando, en la historia nacional, habían estado presentes los alcaloides y esa figura del traquetismo, que ha llevado a que la juventud de un país quisiera ser como un mafioso, con su misma excentricidad, el dinero fácil, las mujercuelas, una vida muy intensa y corta.

Bueno, este sagrado territorio, límite de los Andes y la Amazonia quería legar un aprendizaje muy importante a los hombres, retribuir por los dones recibidos; por el territorio pasaba una falla geológica, que era como si la tierra se tragara la vereda, las casas, la gente; la tierra siempre habla y da lecciones para el aprendizaje del hombre de una forma muy sabia, muy coherente; ella es la madre más poderosa de las fuerzas que, muchas veces, olvida el hombre; ella es un ser vivo, un espíritu muy fuerte; si ella quisiera, podría destruir todo en un segundo, al hombre y su estupidez, para renacer, para crear en un instante, pues todo se conecta, todo forma parte de un todo; en sincronía, en armonía, la tierra tiene una palabra ordenadora; cuando el hombre la utiliza mal, cuando la erosiona, cuando la contamina, cuando la utiliza para dañar a los demás hombres, como ocurre en los cultivos ilícitos, la minería ilegal con mercurio, cuando llena de infecciones el agua, la tierra le da al hombre donde más le duele, porque ella también sufre; ella quiere mucho al hombre, pero debe purgarse, debe protegerse, debe sacar lo nocivo, lo que no sirve, como esa extrema industrialización, que no da tregua, que devora todo a velocidad exorbitante, la flora, la fauna, el oxígeno, esa arma de destrucción masiva que son las multinacionales, que extraen la sangre de la tierra, como el petróleo, con el que solo buscan lucrarse, sin importar a qué costo; solo les interesa el dinero, que es como un Dios, que aliena, que prostituye al hombre, que pierde la noción de las cosas realmente importantes.

No se podrá a llegar a un estado consciente de paz, ni individual ni colectivo, hasta que el dinero deje de tener más valor que la humanidad, hasta que no exista desigualdad, cuando

los niños dejen de buscar alimentos en la basura para subsistir; en el momento en que se respete la vida, cuando se detenga esa industria de la guerra, de las armas; cuando los ancianos dejen de morir en absoluta pobreza y en el olvido; el día en que nos volvamos humanos, en un retorno al origen, un retorno a la tierra, pero, primero, el hombre debe sanarse, cambiar de conciencia, que solo se despierta con el compartir de las plantas maestras, en ese danzar de la vida, como los niños, con ese juego, ese canto del sol, con tambores, con la cusma, la pacha, como esa embriaguez que produce la chicha que hacen las mujeres y le dan el sutil detalle que solo ellas saben; la dinámica del maíz, pelado con ceniza.

A esa vereda hermosa, que estaba desvaneciéndose por la sentencia de los mayores del Resguardo, que decían que todo iba a desaparecer, porque la vereda se había construido en un nacedero de agua, a ese territorio grande y diverso, por esos días, había llegado un escritor para registrar todo; era un humanista, un viajero, que observaba, lloraba y aprendía de las pequeñas cosas de la vida; él encontró sentidos en el desastre, en la desesperanza, y relató esta historia:

—Doña Mariela había llegado a vivir a Bodegas; su apellido era indígena, era inga; era una mujer de ojos muy negros y rasgados, su piel cobriza, quemada por el sol; los ingas eran hijos del sol, la luna y las estrellas y hablaban un quechua más norteño; tenían más de mil doscientos treinta símbolos para comunicarse, como rombos, círculos, montañas, soles, estrellas, figuras del cosmos; ellos habían venido de Perú hasta el Norte de Nariño, el Putumayo y el Cauca y allí habían ido desplegando su cultura, su sabiduría y sus semillas por todo el territorio; habían recorrido y se habían establecido en Aponte, Colón, San Francisco, (Putumayo) y Santa Rosa (Cauca); los grandes abuelos y taitas incas los habían enviado para que fuesen guardianes del territorio, para que cuidasen el agua, los animales, todo lo que sale de dentro de la tierra; su deber era cuidar el norte de los Andes, parte de Amazonia; los taitas incas enviaron veinticinco familias para que cuidaran el territorio; cada familia tenía una vara diferente, un oficio diferente: había tejedores, gente que trabaja la lana virgen y las chaquiras y, en sus obras, plasmaba la historia de su pueblo, sus estados de ánimo; los artesanos decían que era un don dado por Dios y, cuando una persona era de mal corazón, se le dañaba el tejido, se le enredaba y se le destruía, y cuando alguien era de

sentimientos nobles, salía un tejido digno de los dioses; había familia de curanderos, que sabían sobre muchas plantas, que curaban el espíritu de la comunidad con ayahuasca; también, familia de geólogos, gente que sabía dónde construir asentamientos; otras familias protectoras de la cultura, de las tradiciones y el quechua; otras de agricultores, que sabían en qué estaciones y etapas del año se podía sembrar y cosechar, con los movimientos de la luna; había familias de escritura, gente que perfeccionaba, con mucha estética, los símbolos, y, cuando los conquistaron los españoles, se comunicaban con sus cinturones, plasmados de símbolos; como los españoles solo conocían las letras del castellano, no ponían atención a los cinturones, que tenían códigos para otros hermanos ingas, para que supieran si debían esconderse o salir de sus refugios, o si debían cambiar de caminos para no que no los emboscaran; las letras las trajeron los españoles, los ingas se comunicaban con su simbología, no tenían propiedad privada, todos eran hermanos, hijos del sol, todo era de todos; su planta sagrada era la ayahuasca, que le dijo al primer taita inga, con todo su amor y sabiduría, que los ingas debían cuidar la tierra y todo su interior, para los niños, para las generaciones venideras, para que ellos aprendieran a amar la tierra, la importancia de la vida, la coherencia que se debe tener en el camino.

«Doña Mariela siempre había estado en el mundo de las plantas maestras; desde que era una niña, siempre había convivido con taitas muy fuertes, como sionas y cofanes, que también eran tribus aliadas de los ingas; su madre era una curandera y partera cofán y su padre hablaba en lengua materna, siempre vestido con su cusma; todos sus zarcillos y narigueras eran de oro sólido; sabía preparar muy bien la ayahuasca, con el bejuco, la chacruna; siempre llevaba colgado un cuarzo enorme, amarillo, que se había formado al caer un rayo al suelo su luz y, con su impacto, se había petrificado y había quedado un cuarzo enorme, ambarino; ese cuarzo era mágico, pues todo el que lo llevara puesto podía librarse de cualquier encanto, de hechizo, de mal de ojo; el hechizo se devolvía y mataba al que lo había enviado, ya que el cuarzo tenía una rana dardo dentro; era un cuarzo único insólito, ya que, en el momento de su formación había quedado una ranita atrapada dentro; para los indígenas era un cuarzo sagrado, un don del vientre de la tierra.

«Doña Mariela era hija de energías muy poderosas; su madre cofán y su padre siona, con muchos descendientes ingas; ella soñaba más con curarse, sanar su cuerpo y alma, viajar en

su interior, en un viaje más profundo, de más sabiduría, que recorrer todo el mundo; un viaje por el cosmos, por todas las dimensiones, hasta llegar a la séptima, en un viaje que le ayudase a entenderse, a comprender su misión en este plano, a cuidarse, a saberlo todo sobre ella, a abrir el portal para trabajarlo bien y no desdibujarlo; quería conocer su fundamento, su origen, sacar toda maldad, toda oscuridad de su ser, para que así, después, pudiera sanar a las personas, liberarlas de sus energías negativas con su canto, plegaria y danza; absorber sus malos pensamientos, su erróneo vibrar; para un curandero, había dos formas de canalizar la mala vibración: una, era tragarla y escupirla por la boca, con chapil y esencias de la selva y los Andes; cuando el taita imploraba, escupía, sacaba toda mala energía, toda enfermedad de cada persona, pero había un peligro en esa práctica: que si había gente fuera de la ceremonia que transitara por el lugar, niños o mujeres embarazadas, podrían absorber ese mal aire, espantarse, enloquecer; las mujeres podrían perder sus bebés y darles mal de ojo; los fetos podían absorber toda esa mala energía y morir, para volver a seres puros, que viajan por el cosmos; por eso, antes de cada ceremonia, el taita y sus aprendices, le advertían a la gente que no iba a participar, que no saliera de sus casas durante el ritual, precisamente para que no absorbieran esos malos espíritus, pero no faltaba el borracho o el adolescente rebelde, irrespetuoso, que salía tras la advertencia, y algunos morían, otros enloquecían, a algunos les daba mal de ojo, algunos eran incurables. El respeto a las plantas debe ser sagrado; después, los taitas, con gran esfuerzo, lograban salvar a unos pocos.

«Había un párroco en el pueblo que se burlaba de todas las tradiciones indígenas, las veía como herejías, como brujería malvada; desvirtuaba todos los saberes ancestrales, hasta que el taita de la comunidad lo castigó: lo desnudo en público, lo obligó a arrodillarse sobre una chagra adornada con los más bellos colores y, con un palo muy grande de roble, con un rejo muy grueso de cuero de cabra, enroscado, le dio diez golpes muy fuertes y sonoros; el padre, con su cuerpo flagelado, tuvo que abandonar el Resguardo y no volvió por muchos años.

«El taita, con su fuerte energía y sus plegarias, también castigó a todos los grupos religiosos que llegaron en la Colonia como misiones y colonizaron de una forma brutal, armada; ellos convencían a todos los indígenas, hacían que perdieran su cultura, desconocieran a sus

ancestros; los obligaban a quemar sus mesas rituales, a un olvido total de sus raíces, a burlarse de sus mayores, a adoptar el colonialismo, el catolicismo, que tanto daño le ha hecho a la América india; los abuelos más fuertes se unieron para hacer ese canto, esa armonización del territorio; los taitas más poderosos, los abuelos ingas, gente de mucha sabiduría del Bajo Putumayo, taitas sionas y cofanes, ya que todas estas tribus se habían aliado, hermanas hacía cinco mil años, siempre luchaban juntos para entender la sabiduría de la Madre Tierra, cuando estos abuelos imploraron, los cimientos de todas las casas de los pastores se hundían, se destruían, a las iglesias se las tragaba la tierra; era como si ella se curara a sí misma de tanta blasfemia; los pastores, desesperados, siempre arrendaban otras casas, pero cada lugar que habitaban se derrumbaba, lentamente; era como si pasara un terremoto, pero solo en la casa de los evangélicos; era un panorama, muy desesperante, por lo que esos pastores tuvieron que irse del pueblo: pedir perdón a la comunidad, entregar todos los artículos robados, oro, plata, cuarzos, entierros, vasijas de mucho valor histórico, y a los pastores que habían abusado de mujeres y niños, con la palabra de Cristo, se les fue paralizando lentamente el cuerpo y cada miembro se les pudrió, con un olor espantoso, que atraía a muchas moscas grandes, de color negro, zancudos, que cada uno producía una enfermedad diferente. El tiempo pasó y, al final, desaparecieron todos esos grupos.

«Había otra forma como los taitas curaban a la gente y canalizaban su energía: era cuando el abuelo, el mayor, se tragaba la mala energía, el resentimiento, lo más oscuro, lo más vano; como confrontaba los problemas de las personas y los sanaba con una palabra muy fuerte, pero muy sincera; él se tragaba la enfermedad; de sus brazos, tenía que esperar un tiempo, para ir liberando esa energía lentamente, porque, como absorbía tanta mala fuerza, de cientos y ciento de hombres, si la expulsaba toda al mismo tiempo, podían arrancársele los brazos, explotar y dejar un gran cráter de viento, de metros a la redonda.

«Doña Mariela era sahumerista, encargada siempre de dispersar el incienso a todos los contornos de la maloca y el lugar sagrado de ceremonia; ella lo armonizaba, con el Palo Santo, el eucalipto, el copal; ella tenía una misión muy importante esa noche oscura, de viento perturbador, de brisa fría, como en las lagunas andinas, tenía que sostener la plegaria de los mayores, pues tenía el don. Los mayores de estos tiempos tenían muchas diferencias, sobre todo los hijos de don Pascual —ese era su nombre—, el taita más importante de la

ceremonia, el padre de todos, el que doña Mariela tenía que acompañar con el sahumero toda la noche; él tenía cien años y ese día había reunido a sus diez hijos, que eran aprendices de taita, pero los dividían algunos asuntos, sobre la herencia del viejo, que poseía muchos entierros, mucho oro, cuarzos extraños; sus hijos estaban cinco contra cinco; la ceremonia empezó y la doce personas levantaron la ayawasca, preparada por don Pascual; ya que era una ceremonia especial y era familiar, don Pascual había preparado el bejuco dorado, que es el más poderoso, el del hombre tigre, y todo empezó a fluir, a vibrar, de una forma muy fuerte; el taita le decía constantemente a doña Mariela:

—Riegue el incienso, que se sienta el sahumero, —y el humo formaba hermosas figuras del domo; le decía:

—Tranquila, que usted está protegida, —y las plegarias y cantos en lengua materna empezaron; sonaban las maracas, las sonajas y las armónicas; el cielo se nubló y empezó a caer un chubasco intenso, con rayos y relámpagos, que aclaraban la oscura noche, la guerra entre hermanos y don Pascual en el medio; de todos emanaba una energía muy pesada y poderosa; doña Mariela que, en ese entonces, era una niña, temblaba de miedo y estaba muy pálida, a punto de desmayarse, y sudaba frío: el taita le decía:

—Acérquese al fuego, que tiene baja la presión; saque toda su enfermedad, m' hijita, —el taita la estaba sanando de todos sus malestares físicos, y le pedía:

—Por nada del mundo vaya a soltar el sahumero, porque, si no, nos morimos todos, —y la niña lo echaba con ahínco, a pesar de su malestar físico; ella había tomado la ayawasca por segunda vez en su vida y la pinta para ella comenzó: ella se veía en el Río Guamués, bajo una lluvia intensa; el río estaba supercrecido, muy bravío; ella veía al taita Pascual crucificado, en una cruz espiritual; sus manos y sus pies clavados, sangraban; la cruz empezaba a caerse sobre el río y doña Mariela, atrás, tenía que sostener la cruz con una cadena de oro muy gruesa; no debía permitir que el taita cayera al agua, al río que estaba blanco, por su corriente, por la fuerza de la corriente y la intensidad de la lluvia; a los lados del río, crecido, en las rocas, llenas de fango, veía a cinco personas del lado izquierdo y cinco del derecho, que eran los hijos de don Pascual, y ellos empezaban a tirarse flechas, muy poderosas, que volaban con mucha fuerza de orilla a orilla; el taita le decía:

—No me vaya a soltar, hija o, si no, me muero ahogado. —La guerra de flechas espirituales fue muy fuerte y destructiva, todos los hijos quedaron heridos, y murió uno de cada lado; doña Mariela fumaba tabaco moro, elevaba plegarias, para que saliera viva de esa experiencia espiritual y su aura la protegía de las flechas, pero el sahumerio también era un gran protector y no lo había soltado desde que empezó la ceremonia, pero una flecha penetró su aura, la hirió en el hombro y le hizo un corte en el brazo, pero ella sostenía la cruz desde atrás, aunque sentía que ya le vencía el peso, pero no podía dejarla caer, porque el taita era el protector de la comunidad, del territorio y, cuando aclaró el día, cuando el sol renacía por el oriente, la lluvia desaparecía, la niebla se evaporaba en los tejados de la vereda, moría la oscuridad y, cuando le ceremonia termino, el taita Pascual, casi agonizante, sobrevivió y, cuando fue pleno día, se vio que solo quedaban vivos ocho de los hijos de don Pascual.

«La ceremonia había sido superfiera y Mariela había quedado herida de su hombro y su brazo, pero el taita la curó con sus plegarias y, ya con su avanzada edad, veía que pronto daría su paso al siguiente plano y desconfiaba mucho de sus hijos para dejar un sucesor, ya que, según él, ninguno tenía un corazón puro y verdadero y se requería a alguien sensible, humilde, con suficiente luz, por lo que le pedía a la ayawasca para que cada uno encontrara su camino y, si no lo encontraban, le pedía a la planta que ella los corrigiera, los encarrilara, pues aún no los veía como médicos espirituales del Resguardo, por lo que había puesto sus expectativas en su nieta, Mariela, ya que ella tenía una mirada muy limpia, muy sanadora, quería que fuera una taita, una mujer curandera del pueblo, del enfermo, que sintiera el llamado de las plantas.

«Un día, el taita Pascual se reunió con todos sus hijos: les dijo que su muerte estaba próxima y que no veía a ninguno de los ocho apto para que lo remplazaran; sus hijos se molestaron mucho, sobre todo el mayor, Raimy, el padre de Mariela, que era un brujo de aquelarre, un buen curandero, tenía potencial, pero todo su poder lo utilizaba para el mal, por lo que lo desafió y le dio un fuerte golpe en el abdomen a su padre, para apoderarse de su saber y, como había tragado tanta mala energía, tenía mucha fuerza; su idea era dejar la mente del taita Pascual en blanco, que olvidara toda su palabra, todo su pensamiento, todas las pintas de su alma, para adueñarse de la sabiduría, por lo que ahora el taita soportaba

terribles dolores de cabeza y se le iba olvidando lentamente lo que había aprendido a lo largo de su vida, pero a Raimy se le olvidó una de las reglas más importante de la vida y de la brujería, el respeto que debía guardar a los mayores, por lo que su padre resultaba más poderoso, tenía más camino recorrido en el hermoso canto de la vida, por lo que toda su magia negativa le regresó, le cortó los brazos y su padre lo desterró del resguardo y, si decidía quedarse, se le caerían uno a uno los miembros del cuerpo; ahora ya solo le quedaban siete hijos.

«Así, el taita, que estaba a punto de morir, les dijo a sus hijos que hicieran la paz, que profesaran la armonía con la tierra, el amor; que lucharan para encontrar su verdadero camino. Les pidió que cavaran una fosa grande y que lo enterraran en lo más hondo, con el yagecito de la muerte, que era una de las clases de yagé para tener una buena pinta, cuando regresara a las estrellas; les dijo que esta era la última ceremonia de su vida y que, por lo tanto, debían estar todos sus hijos y su nieta, a las doce de la noche, ya sepultado en lo profundo de la fosa, cerca de la maloca, expulsaría toda la mala energía que se había tragado durante toda su vida, en todas las curaciones que había realizado, todos los malos espíritus que convivían en su alma; les dijo que ese era un proceso fuerte, que el que no lo resistiera iba a morir en el acto y esta era la mejor forma que había elegido para asegurar el saber ancestral de su nación, que había sido resguardado durante milenios.

«La ceremonia empezó a las nueve, con el habitual sahumero; la noche era estrellada; la brisa era cálida, pasaba por las veraneras y era como si las hiciera hablar; tomaron la medicina sagrada y todos cayeron en una meditación profunda, por la que sabrían lo que les esperaba; llegaron las doce de la noche y todos tenían pintas con animales de la Amazonia; luego, esto desapareció y sintieron que se conectaban con el alma del taita; la tierra empezó a temblar y empezó a surgir un ambiente muy hostil, de muerte, de enfermedad, de locura, de odio, de sufrimiento; todos empezaron a revolcarse, con terribles pintas, dolores de cabeza; doña Mariela sentía que le estallaba el cerebro, sentía como si alguien la marcara con hierro candente en la espalda, así como lo hacen con el ganado; sentía que la humanidad se convulsionaba, había enfermado, vomitaba sapos y culebras y sentía que moría lenta y dolorosamente, en una agonía en su propia oscuridad infernal, pero, entonces, toda esta energía empezó a absorber, a limpiar, a poner todo en su lugar, a generar

información. Solo el verdadero hombre/medicina sería capaz de lidiar con esta energía y comprender que esa oscuridad se convertirá en parte de su diseño, ya que el curandero debía canalizar esa energía y transmutarla en la leche materna más pura del mundo.»



Figura 5. Mujer fantasía. Fotografía kellepics.

15. El guerrero de la jungla

En este caminar en los adentros de la selva amazónica he escuchado muchos testimonios de sanación; conocido muchos prototipos de gentes que, tal vez, jamás vuelva a ver; ellos han sido viajeros en el tiempo y cada ser, para mí, ha traído una enseñanza, un aprendizaje valioso, una oportunidad que me ha dado la vida para sostener el mareo del otro, tratar de comprender la estupidez humana, el sufrimiento y la imperfección del ser; lidiar con la oscuridad de cada diseño de persona que ha pasado por mi vida; tantas caras, tantas miradas interesantes, sobre todo en los niños que he conocido en el camino, que han sido tan sabios, tan coherentes, mucho más maduros, pues lo que he podido leer en sus almas y en sus ojos, ya que, ellos, en su cuerpo astral, eran abuelos, ancianos, destinados a despertar a la humanidad de su letargo; ahora comprendo que todos los seres somos importantes, todos tenemos un rol dentro de la sociedad, una historia que contar, una palabra para compartir, para educar, para ser un bastón para el prójimo; no hay taitas ni reyes ni líderes absolutos; todos somos una propuesta, un universo, un pensamiento vivo, un libro jamás aprendido, que nunca deja de maravillarse.

La palabra significa sanación y esa palabra es de todos; ahora, he comprendido más los azares de la vida; que ese dolor no es solamente mío, que nadie sabe nada y que hay una brecha muy pequeña entre el sabio y el loco; ha mejorado mi relación con el amor, ahora lo entiendo como un cambio, una transformación, un parto, que genera sufrimiento; un impulso del corazón que nos da la capacidad de ser otros, de parir un ser mejor y cada vez más fuerte; aprendí a ser un valiente, un guerrero; a vivir cada instante al máximo, como si fuera el último; a estar al día, a dejar de pensar un momento y enfocarme en hacer, en construir; a liberar mi cuerpo, a vivir mi sexualidad con intensidad; a confiar en mi hermano, en el de al lado, en el que me comparte un trozo de pan; todos esos recuerdos que me dejan un sabor amargo, una profunda nostalgia, de momentos de amores de personas que nunca volverán, situaciones en las que digo:

—Debí actuar de tal modo o debí decir aquello, —al pensar que algún día se repetiría algún instante de lo vivido, pero me doy cuenta que la vida siempre se está tejiendo, siempre muta y, si no me acoplo a su ritmo, sería antinatural y nocivo para mi ser; me doy cuenta de la importancia del instante: cómo puede cambiar nuestra vida de forma radical en unos pocos segundos; hoy creo que todo pasa por algo; todos tenemos un destino cósmico, que solo se puede afrontar con la seguridad en uno mismo, que se la comparte con los demás, lo que genera confianza y se puede vibrar más fácil con el otro y, en la espontaneidad, en este viaje interior y exterior hasta he tenido sexo astral con muchachas fantásticas, únicas; además, he conocido una infinidad de aves de todos los colores, tamaños y trinos; estos seres del paraíso han ido iluminando el camino; con su canto sanan el corazón, dicen que la selva está más viva que nunca, en un presente muy cósmico del aquí y el ahora; esas aves son abuelos que cantan, extasiados, enamorados; siempre las oigo a lo lejos o cerca, algunas de colores muy vistosos suenan como una sonaja, como una maraca, con el ritmo más perfecto y sincrónico, que encaja con el amanecer de la selva, que es cuando esa enorme luz celestial, de diferentes tonos de amarillos, surge por el oriente e ilumina la vida, lleva a que brotaran las florestas del alma; estas aves fecundan la vida, comen todas las semillas de los árboles, las digieren y, cuando defecan, las gotas puras, que caen del cielo, penetran en lo profundo y permiten que floreciera nuevamente la vida.

Toda esta experiencia me ha llenado de juventud; he olvidado mi edad; lo único molesto ha sido esa guerra de colonos y taitas cochis en la frontera entre los Andes y la Amazonía, como si, hasta en el lugar más recóndito del planeta, no se pudiera escapar a la guerra; como si enfrentarse estuviera grabado en nuestras almas, en nuestra naturaleza; en la historia de todos los pueblos, un grillete, una enfermedad que condena a la humanidad; he podido penetrar en la selva debido a las plegarias y la buena energía que me han otorgado los mayores, los abuelos; he aprendido a quitarme las máscara de esta sociedad vanidosa, de este mundo traidor y despiadado; a buscar realmente el fundamento y mi papel dentro del universo; los remedios de la selva y los Andes han sanado mi agotado y enfermo corazón, lo han convertido en una fiesta, me han entregado una información valiosa que aun debo procesar, asimilar bien; tal vez ella constituye el antídoto para mis deseos de morir a diario, para mi depresión, mis nervios, mi ansiedad; para entender esa locura del

mundo, en la que estamos hundidos, sin darnos cuenta, al nacer, y para llevar este mareo de la vida solo, no se puede; solo se llega más rápido, pero juntos se llega más lejos; todo debe ser algo construido, un tejido social; que la humanidad luchase por un mismo fin, que cuide su propio fundamento, cultive la tierra y honre a los animales, que son seres con estados de conciencia muy altos.

Siento que el latir del corazón me trajo a este fragmento de la jungla; el universo conspiró para que me encontrara con este camino rojo, estos altares, estas plegarias y estas medicinas; precisamente, llegué a ellas al tratar de entender mi proceso de vida, al tratar de conocerme muy a fondo, curar las viejas heridas del pasado, que parecían imborrables; perdonarme, perdonar a mis padres, tratar de no juzgar al otro, de comprender su detrito interno y, por fin, comprendo que lo más importante en la vida debe ser la búsqueda incansable de la felicidad donde pudiera cada uno ser como realmente es, sin máscaras, sin velo ni disfraces; tratar de abrir el corazón a los demás, aunque a veces pareciera imposible; dar un abrazo sincero y sentir cada latido del corazón del otro; caminar sobre la tierra, sentirla con los pies descalzos y agradecerle por ser nuestra madre.

En estos años, he comprendido que la jungla es como una escuela y si realmente se quiere aprender allí, la mejor forma es vivirla, es convivir con los taitas, los viejos, los mayores, las abuelas, que han preservado tanto saber durante milenios, han aguantado con fiereza todo el proceso de colonización, que aún no termina; un pueblo que resiste masacres, genocidios, secuestros, violaciones, robos; una estirpe combativa, que no se rinde y siempre está presente; que, a pesar de la opresión y el asedio, ha podido preservar sus raíces, su cultura, sus mesas y altares, de una forma nómada, clandestina; la de aquellos indígenas verdaderos, que cuecen y toman su yagé; brujos misteriosos, que se mantienen en su estado natural, que no han sido contaminados por el pensamiento traído de Europa; ellos transmiten toda esa inocencia, esa pureza, libre de engaños; son esas personas que hacen unas bromas muy graciosas cuando se está alucinando, tirado en el piso, queriendo morir; si ellos quieren, se vive o se muere; ellos son los verdaderos maestros, aunque a veces enseñan a las patadas, pero se aprende bien.

Hace poco visité un resguardo siona, en las profundidades de la selva del Putumayo, en el municipio de Puerto Asís; allí, el taita ofreció la medicina a la aldea; recuerdo tanto que era el mes de febrero y ellos celebraban las fiestas de año nuevo; el taita dijo, con su español no tan bueno, que el dinero no importaba:

—Muchachos, mi caminar con la medicina me ha enseñado que el dinero no satisface del todo el corazón de los humanos. Entonces, cada quien me va dar lo que quiera, pero de alimento: pueden ser gallinas, choclos, plátanos, pescado, yuca, porque es una forma real, más humana; un compartir sincero, bonito, pero tampoco eso es lo más importante, aunque sea vital; lo más importante es que ustedes queden en paz con la vida, porque el yagé es justicia, propia; todos perdonan, pero la naturaleza no. —Esas fueron las palabras bonitas, surgidas del corazón, que estremecieron a la maloca cierto día.

Este camino rumbo a la selva me ha enseñado cosas que nunca olvidaré: aromas, sabores únicos, que evocan los más febriles y alocados recuerdos. Todo el camino rojo de las plantas curanderas empezó por mi mala relación con la marihuana, porque las bandas criminales de Colombia la han sembrado en nuestra hermosa tierra morena y la han llenado de químicos, de luz artificial, para mejorar su THC; para producir más en menor tiempo, pero le han alterado el alma, la han prostituido, la han vendido, la han intoxicado, porque cada vez que se fuma o se toma el aceite es el encuentro con una flor de poder, el amor a la naturaleza, a la rebeldía ante una sociedad caótica, la juventud, ver a las personas más allá de la apariencia; una de sus saberes se relaciona precisamente con la lectura de la hipocresía en los ojos, una filosofía de la verdad, a la que los seres humanos temen tanto; ella cultiva intelectuales, es una amante verdadera, la del erudito, del sabio real; se halla en el alma del poeta, en el lienzo infinito del pintor, que llenan el profundo vacío del universo, con los acordes y los atriles del dulce músico, la talla más fina del escultor, la lectura adecuada y la más real de ese gran teatro de la vida; ella es una musa que invita a danzar con el otro, a tratar de entender su vida, a prestarle un hombro para que se sostuviera en su mareo, en sus penas, en sus alegrías; para aliviar la estupidez; es sensibilidad: en los sentidos se perciben los cuatro elementos con vida propia, con intensidad; cada vez que ella llega, se le debe pedir permiso, sentarse a mambear; con ella, se debe tomar un tiempo para asimilar su información; si no se espera cierto tiempo, esta información se mal interpreta y

empieza a dejar secuelas negativas en la vida, marea, llega a enfermar a la persona hasta que, al final, la seca y la mata; despliega un velo de ego que rechaza las demás ideas y el ser cree que siempre tiene la razón, empieza a generar caos en el hogar, con los padres, las esposas, los hijos.

He trabajado con esta planta desde la tradición de la nación tubu y un pueblo entre el Vaupés y la selva brasilera, un pueblo aborigen, en el buen sentido de la palabra, que comparte todo ese poder de la Amazonía, una sabiduría ancestral que no está en ningún libro y que el saber académico ha rechazado y tildado de ignorancia; esta gente, que nunca fue a la escuela, me ha dado unas lecciones de vida que me han dejado marcado, una cátedra de humanidad, de trascender hacia lo sublime, al entender un poco esta chuma, este mareo, que es la vida; que denuncia a una sociedad enferma y convulsionada, pero desde el no juicio, desde la reconstrucción de una cultura desintegrada, a través de esa relación armónica con la tierra y los animales, pero que entiende la imperfección humana.

La cultura tubu maneja una energía muy poderosa, por encima de todas las dimensiones posibles, pero en todas sus historias épicas, de sanación, cae en errores, que cualquiera cometería en el diario vivir, se agobia, se desespera, se frustra, se enamora, sufre, acepta sus yerros, quiere morir muchas veces, pide ayuda cuando la necesita, en cosas muy humanas que, en vez de convertirlo en una deidad absoluta, convierte en un amigo muy querido, un compañero en la desdicha, en la oscuridad, que sabe que la vida es muy dura para todo el mundo y que, en ocasiones, no se puede detener su curso, simplemente aceptarla como es, con todo lo que implica, pero aun al saberlo, es muy picaresca, tiene una risa muy cínica y empieza a burlarse de las situaciones más amargas y duras de la vida, afronta los problemas con risa, porque sabe que no puede hacer nada más; esto no soluciona en lo más mínimo, pero permite burlarse de la propia estupidez y relacionarse de otra forma con el mareo; esta es una hermosa tradición, con sus cantos y plegarias y, por ahora, solo puedo decir:

—Gracias a los tubu, por haberme aceptado en su camino; por compartirme de una forma tan fuerte un aprendizaje tan sensible, tan profundo, que esta humanidad necesita tanto; gracias por tantas revolcadas, cuando caí de frente contra la tierra, en medio de mi propia

hez, en mi vómito, en mis prejuicios, en mi envidia, en mi resentimiento; todo eso me ha ayudado a sanar un poco, a reconciliarme con la humanidad y a empezar a sentir lástima de ella. —La marihuana, o yemuru, como le dicen los tubu, que significa el tabaco del guerrero para el ser incomprendido, me ha mostrado cosas hermosas, pero, debido al mal uso, muchas veces cosas espantosas y depresivas, pero ella es madre, ella llena de bendiciones la aldea con seres de luz, como los niños; antes que todo, es una planta que merece mucho respeto, puesto que, así como trae sabiduría, también ocasiona una dulce locura, tiene su doble filo: sus dulces labios son muy celosos, es una amante que busca siempre el bien para el ser, pero si la muchacha con la que uno sale, a ella le parece incoherente para caminar, a la larga ella va dañar, el yemuru hace lo posible por alejar de esa persona, hasta que lo consigue; ella es Santa María, está en el caminar hasta cuando ella quiere; cuando ve que la mente está abierta, despejada, entrega su sagrada información, pero cuando se cae en el vicio y empieza a marear mucho la relación con el mundo y el prójimo, ella se aleja, pero el obstinado vicioso no entiende esa señal, entonces la planta se llena de oscuridad y la vida empieza a tornarse insoportable y tediosa y cada día a su lado se vuelve un martirio: el vicioso luce mal, huele mal, el metabolismo se destroza, el cuerpo no aprovecha el alimento, empieza la palidez, el decaimiento, la pereza mental que destruye tanto a la sociedad, el incumplimiento a todas las citas importantes, se vuelve una rutina; aparecen el descaro, el cinismo, el irrespeto respecto al otro, y empiezan los ataques de ira, de violencia, la paranoia y la desconfianza hacia el hermano, el desprecio a relacionarse, se cae en un encierro, en un letargo, ensimisma, el vicioso se cree el dueño del mundo, que se las sabe todas; piensa tanto que, al final, olvida la acción, el hacer dentro de una cultura que está tan enferma y que tanto necesita el trabajo, el accionar, porque cada uno tiene un rol, una silla que llenar, los pensamientos traicionan, en un círculo vicioso que siempre se repite y cada vez es más grande, porque va arrastrando cada vez más y más hez en tu mente y en tu corazón, que se va llenando de odio, hasta que, por último, el vicioso se seca y muere en la más triste soledad y pobreza; con ella no se puede jugar, porque, en últimas, ella se reirá de ti.

16. El taita yopo

La naturaleza es muy seria, pero un taita cofán me dijo, un día, que las plantas regañaban más y ponían adversidades difíciles a sus guerreros queridos y valientes, a los que luchan incansablemente contra un mundo sanguinario y traidor, los que dicen la verdad, que es evidente y no quieren escuchar, contra un hombre depredador; los guerreros, para esta misión, deben tratar que toda la obra de su vida tuviera un impacto dentro de la comunidad, que sirviera como un pilar para esa sociedad, que se llama maloca. Esa es un poco mi experiencia con el yemuru, o marihuana, y lo digo yo, que me llamo Virgilio Medina, en mi testimonio; ella me dijo:

—Debemos parar o cambiar nuestra relación, —y esto implica, conectarse con el saber ancestral, acompañado siempre del retumbar de los tambores, de los cantos amazónicos, que me enseñaron los tubu, para honrarla, y activar todo el potencial de esa maravillosa planta; ella me ha enseñado que debo cultivar mi propio yemuru, de la forma más natural posible, conectarme con su espíritu, en el campo, en el monte, con aire puro, fresco, agua sin cloro, cristalina, que baja de la montaña, en un clima adecuado, donde se pudiera pensar con claridad, compartirla en espacios exteriores, con gente consciente, que comprendiera realmente su valor verdadero; crear a su alrededor una sinfonía perfecta, con los cinco sentidos bien puestos, bien agudos; he conocido muchas variedades de marihuana y qué relación debo tener con cada especie; por ejemplo, indica que es muy relajante, sedante, tranquiliza los nervios, tiene una gran concentración de THC, ayuda a dormir, a descansar; se tienen sueños bastantes relajados; reduce la inflamación del cuerpo interna y externa, alivia el dolor, el malestar total; antidepresiva, reduce la ansiedad, el estrés; calma espasmos y convulsiones, es muy apropiada para antes de dormir; en cambio, en el día, cuando se debe estar radiante, lleno de vida, para trabajar, para construir, para cuidar a la familia, se debe invocar el poder de *sativa*, que también tiene alta concentración de THC, es muy energética, provoca una febril y profunda sensación de bienestar, estimula la creatividad; resulta ideal para que el artista plasmara su obra, en cada una de las siete Artes,

y para que el individuo diseñara la película de su vida con más imaginación, que fuese como el chacal cuando escapa de sus cazadores, siempre en busca de posibles salidas en las malezas, en los montes; *sativa* significa dinámica, estar en búsqueda siempre de posibles alternativas para vivir mejor; ella, también, es una excelente arma para combatir el cáncer que produce la depresión; resulta ideal para la bulimia, la anorexia, reduce las náuseas y vómitos, activa totalmente el Sistema inmune del cuerpo, y es apropiada durante la luz de Inti, del padre sol; mejor dicho, en la mañana y en la tarde.

Además, en este camino he encontrado a un abuelo milenario, muy maduro, muy serio, el abuelo yopo, la medicina para abrir el corazón, para soñar; él entrega su información a través de la simbología, que debe asimilarse, interpretarse, para pintar con el espíritu, para abrir el corazón; es la semilla del sol; este taita da mucha energía para vivir, defiende la vida; una de sus enseñanzas radica en que uno no debe dejarse llevar por la pinta; se debe estar siempre aterrizado, claro de pensamiento; este abuelo cura la locura del yagé; o sea, cuando el individuo hace mal uso del bejuco sagrado o lo hace con irrespeto, de una forma inmadura, sin ningún fin o con un curandero inexperto, queda chumado de por vida, con pesadillas terribles de muerte, de cadáveres, de sufrimiento físico, torturas inimaginables; el taita yopo lo regresa de esa locura, de ese mareo; su primer soplo cansa, enseña el mareo que da la vida que lleva el enfermo en sus hombros, le recuerda el compromiso con este gran tejido, que es la humanidad; lo lleva a que vibrase, se estremeciera; le enseña a amar la muerte y, entonces, viene el vómito, para que volviera a vivir y a entender el eterno ciclo; en el segundo soplo, llega la claridad, el amor del sol, la armonía del ser con la naturaleza, el momento de mucha concentración cuando se agudizan los sentidos al máximo, se siente hasta el más mínimo sonido de la jungla, el momento de eclosionar, de manifestar que él es el espíritu al máximo; él dice la verdad interior de una forma muy amorosa; en el tercer soplo, todo es alegría, vuelve la ilusión de ser un niño, de crear, de perdonar, de olvidar, de jugar, de abrazar al hermano, de reír, de compartir un buen pescado, de fumar un buen tabaco al lado del abuelo fuego; cuando se dice soplo, se refiere a cuando el taita de la tribu soplabla el yopo por la nariz y cada soplo tenía una dinámica distinta; él entregó su saber en la comunidad sikuaní, en el Meta; en Villa Garzón, en el Putumayo.

Ellos me compartieron algunas historias y cantos; me interesó que le reconocen una importancia particular a los animales, que están a la altura del hombre y merecen su mismo respeto; en sus creencias, los animales, en un principio, eran seres humanos y semidioses, que formaron las primeras aldeas; esta tribu tiene un conocimiento muy avanzado en Astronomía, saben el calendario; las estrellas les anuncian los días de caza, de pesca, de sembrar, de recolectar; tienen un alto saber sobre los ríos: saben de sus crecientes, cuándo deben moverse; me compartieron la historia de la medicina del yopo, que es más o menos así:

El abuelo fundador de la tribu, en tiempos antiguos, ya que posiblemente esta historia tiene diez mil años, bueno, el taita era perfecto, era el mejor en todo para la pesca, la caza, siempre estaba de buen humor, tenía una excelente forma física, era moreno, alto, robusto, brazos como robles, abdominales fuertes, siempre muy seguro se sí, era imparable, tenía muchas amantes, siempre enérgico, joven para afrontar todo con suma vitalidad; era un buen guerrero, cariñoso con sus hijos, un buen líder dentro de la comunidad, siempre tenía una mancha café en su nariz, la mancha del yopo; los demás taitas de la tribu empezaron a preguntarse por qué él tenía tanto talento, por qué era el mejor en todo; querían saber cuál era su secreto y surgió una fuerte envidia respecto a él, ya que los hacía quedar, dentro de la comunidad, a los demás como unos ignorantes; siempre ganaba y era muy humilde, amado por todos, por las mujeres y odiado por sus iguales, ya que él era un taita, un curandero de la comunidad; sus intrigas eran solo asunto de los demás taitas, que un día decidieron confabularse en su contra y lo traicionaron; idearon un plan para espiarlo, para saber qué hacía cuando llegaba a su casa, en sus ratos libres, cuando no estaba en el trabajo ni en las chicherías; así, descubrieron su valioso secreto: observaron que el abuelo sacaba el soplador y se ponía a inhalar por la nariz yopo, de una concha guardada muy cuidadosamente; lo hacía todos los días, al amanecer, de una forma muy sagrada, con una plegaria fuerte de gratitud a la Madre tierra; los taitas decidieron entrar en su casa, cuando el taita se encontraba pescando preciosos bagres, que brillan con el sol a orillas del Río Orinoco, y abusaron de su mujer, la violaron varios taitas, que eran seres de saber, y le robaron el yopo y se dice que, en el momento en que inhalaban, se convirtieron en pequeños gavilanes polleros y empezaron a vomitar semillas de yopo por todos los llanos y el

Orinoco, entre Venezuela y Colombia, y así crecieron los primeros árboles de esta medicina; de modo que solo me queda la gratitud con esta comunidad, por enseñarme a este profesor tan sabio de la selva y de la vida, como lo es el yopo; en su ceremonia, es muy importante estar quieto, muy concentrado, muy pendiente, porque si no se pasa el mareo del que se halla al lado y se empieza a sentir toda su vida, todas sus alegrías, sus conflictos, lo que lleva a comprometerse con el proceso del hermano, lo que trae confusiones, pues, primero, se debe lidiar con el propio mareo, para que se pudiera entender el mareo de los demás.

El abuelo tabaco, la deidad que estableció los pueblos amazónicos, el ser que despierta los nervios, los sentidos, es un compañero en la oscuridad; es una cura letal para el alma, porque su forma de curar es muy directa, muy dura, pero efectiva; él es un filtro, un colador que expulsa la enfermedad del cuerpo o del alma; el tabaco es un protector ante la muerte, los embrujos, el mal aire; es despertar para la vida, es un compañero del amor; ama a las mujeres, las educa, las protege en sus lunas, en sus ciclos; un amigo del guerrero, del caminante, del devenir del solitario, del intelectual, del bohemio, del marginado, del que vive en una palabra aparte, un incomprendido por la sociedad, está en las letras del poeta, en la pipa del artista; es un ser que genera revoluciones, confrontaciones, que solo producen bienestar tras un largo trance, que enseña que la vida es muy difícil, pero muy hermosa e intensa, que vale la pena dar la lucha por seguir viviéndola; es un compañero, un amante de las demás medicinas, un puente de conexión importante con el misterio, con las demás plantas; tiene un espíritu fuerte, rudo; marca los Andes, la selva; es la fuerza de los ancestros, de la laguna, de las abuelas rocas, de la madre luna; es la mejor arma, el mejor instrumento para dirigir una plegaria, para sostener comunidad de la maloca, la familia; el abuelo tabaco saca todos los mareos, todas las confusiones, sana el cuerpo, limpia la garganta, descontamina el estómago, limpia las fosas nasales; es un excelente protector para las plantas, las cuida de los bichos que las atacan, bendice a los niños, pero, en el mundo europeizado, se lo ha vuelto un vicio, se lo contamina con poderosos químicos, se altera su espíritu, se lo irrespeta, sin pedirle permiso, pero él revira y cobra miles de vidas precisamente por eso, porque el hombre no lo respeta como a una deidad; este abuelo enseña que todo en la vida tiene una consecuencia, que ella da lo que se siembra en ella; te

enseña que no existe una sola verdad, que la vida cada uno la inventa, que no se debe confundir valor y precio, que nunca vuelve aquello que se pierde, que se debe llorar y reír con la humanidad, que todo va fluyendo a un ritmo despiadado, que solo queda la nostalgia, que cada ser tiene su debilidad, su perversión, su contra y que, tarde o temprano, se confronta con lo que lo destruye; el abuelo tabaco también ha enseñado cómo filtrar el mareo, cómo se puede meditar, como se puede respirar; él descontamina, saca toda la hez que se aloja en la mente y los intestinos; él mantiene delgado y esbelto, llena los ojos de luz, los hidrata, se comunica con el agua, revive la llama del alma, salen todos los pestilentes gases del cuerpo, purifica las entrañas, asusta; dice que recuerda que estoy más vivo que nunca y que la vida espera muchas cosas de mí; es un volante, una dirección para este mareo que se llama vida; cuando uno se va mucho de la realidad, siempre anda en las nubes, el abuelo se encarga de ponerle los pies sobre la tierra.

17. El nietzscheano bohemio

Sigo a mi rumbo y, por fin, llego a la frontera de Perú y Colombia; atravieso el Río Caquetá hasta llegar al Río Putumayo y desemboco en el Río Amazonas; llego a una playa, en medio del río, que es tan grande como el mar; después del largo viaje en chalupa, llegué con mi amigo Ian, un austriaco de dos metros, cabello tan rubio que parecía blanco, ojos azules y saltones; su barba a ras, de rasgos muy finos, piel muy blanca; el incandescente sol del trópico siempre le enrojecía su piel; tenía unos cuarenta años y había escapado de la racionalidad europea, de la idea volver al hombre universal, de la modernidad; quería volver a las raíces, aventurero, buscaba la sanación espiritual del pueblo uitoto; recuerdo que me regaló cien mil pesos, porque le caí bien; era un intelectual, se la pasaba leyendo; llevaba, en las naves, maletas muy pesadas, llenas de libros; se molestaba mucho cuando se le mojaba alguno; se la pasaba horas enteras en contemplar el atardecer morado del Amazonas y escribir, en un viejo diario de cuero; era hijo de un banquero muy poderoso en su país, hasta que, un día, cuando caminaba por la antigua Viena, mientras prendía un cigarrillo de marihuana, se encontró con un taita mexicano, que le dijo que tenía un destino cósmico, tenía el don respecto a algunas plantas. Al otro día, Ian estaba de viaje, en un avión, a México y, desde ahí, había seguido de viaje por el continente en barco, hasta llegar a Colombia.

Cuando llegué con mi amigo a aquella isla del Río Amazonas, vimos una maloca, desde donde salían ruidos de tambores que hacían que vibrara el agua cristalina de esa parte del río y hacían que temblara el bosque, de árboles de caucho; allí veo una gran hoguera y alrededor muchas hamacas; recuerdo que llegué rendido y me desmayé en una de ellas, pues estaba hambriento y deshidratado; ahí me recibieron muy bien y atendieron hombres que no dejaban de hablar, como pericos, pero eran muy enérgicos, muy cálidos y, de inmediato, nos dieron la bienvenida, rodeados de aromas exóticos y comida delirante; cocieron el casabe, que es una tortilla hecha de harina de yuca brava, de bastante diámetro, acompañada de un succulento pescado de río muy fresco, sacado ese mismo día; vi plátano,

maíz, chicha, todo un festín; el pescado era muy picante, muy especiado y muy condimentado; vi granos de maní, que Ian y yo jamás habíamos visto antes; después de comer, recuperamos la energía y volvimos a la vida y, de pronto, vimos que, al fondo de la maloca, había una gran olla de cobre, con un verde que resplandecía cuando nos acercamos; vimos que machacaban la hoja de coca, la tostaban con ceniza de yarumo y producían una harina, que llamaban mambe, que, según la tradición uitoto, les trajo el saber a los primeros hombres; en toda la maloca se formaba una nube verde y los mayores le cantaban, le pedían; decían que esa era la cal de la entraña de la Madre Tierra.

Los indios tenían los dientes verdes, sus trajes también del mismo color y, según ellos, llevarlo así era un honor; recuerdo que la primera cucharada partió mi boca y mis encías; empecé a sentir una fuerte energía para vivir y compartir y sanarme a través de la palabra; sentí que el efecto de esta medicina calmaba mi hambre, mi sueño, mi ansiedad y, por fin, pude dar salida a esas palabras que me mataban y que no podía exteriorizar; ella calmó mis temores y pude hablar con el corazón, sin tartamudear; mi cuerpo sintió que lo invadía la fuerza de la selva, de la vida; su sabor amargo me mareaba, me hacía comprender más el poder de la palabra con que ella puede sanar todo; vi a ancianos llenos de vida, de fuerza tal que parecían adolescentes, enamorados de la vida; no como el anciano de la ciudad que ruega morir todos los días, pues lo han abandonado en un asilo; estos mayores uitotos liberaban sus cuerpos, que eran armoniosos, fornidos; andaban desnudos, ebrios, como locos; eran la alegría de la maloca; decían que toda esa juventud se la debían al poder de Madre coca.

Recuerdo que mi amigo Ian, que era muy serio, muy distante, muy frío, se llenó de alegría, de emociones y, de pronto, se tornó muy cariñoso, muy sensible, muy humano, tal parecía que fuese otro colombiano más; la coca lo había llenado y contagiado de la magia y el misterio de la selva amazónica; recuerdo que cayó en éxtasis, lloraba y le daba gracias a la vida; decía que estaba curado gracias a la coca; decía que, tras haber viajado por todo el mundo, al fin supo lo que era la belleza y la alegría, en la selva, alejado de la falsa sociedad citadina, como él decía; nunca compartía historias, pero eso día me dijo, mirándome a los ojos, con su escaso español, que era el momento de hablar de filosofía; me extrañé mucho, pues antes nunca lo había visto hablar con tanta seguridad y menos compartir una historia,

por lo serio que se mostraba; a veces, había pensado que a él no lo afectaba ninguna emoción, aunque era correcto en su proceder y un buen amigo; ese día se emborrachó con chupil, mambe y ambil y, mientras mambeaba con los ancianos de la comunidad, empezó a hablar con una voz dulce y dijo que era profesor de filosofía en su país y que quería compartir conmigo una reflexión, ya que me gustaba, en ese entonces, leer mucho y escribir, cuando tenía un poco de esperanza en la humanidad y en la vida; de pronto, sacó de su vieja maleta de cuero negra algunos libros y me dijo:

—Toma, te los regalo, —por lo que quedé muy sorprendido; le di las gracias, pues eso era lo que necesitaba en algunas noches de insomnio en la selva, ya que me había vuelto un buen lector; bajo la luz de las velas de mi tienda, vi que esos libros eran del filósofo Nietzsche, *La genealogía de la moral*, *Así habló Zaratustra*, *Ecce homo*, *La gaya ciencia*, *El origen de la tragedia*, entre otros.



Figura 6. Asilah. Fotografia de Mohamed Nohassi.

18. La madre coca y el tejido de su palabra

Cuando salimos fuera de la maloca, para no interrumpir a los mayores, entonces, bajo la fresca brisa, me dijo:

—Amigo, te voy a resumir la filosofía de Nietzsche.

—Claro, dele; lo escucho, —le respondí; así, una vez prendió un gran tabaco negro, empezó:

—Nietzsche siempre cuestiona el pensamiento; recalca hasta qué punto el hombre es víctima de su cultura, de las fuerzas que lo dominan, como el camello, —y, en un momento, se metió una cuchara de madera llena de mambe a la boca y, mientras lo bajaba, tomó agua, se levantó enérgico, muy emotivo, y empezó a citar apartes de los libros de Nietzsche, que sabía de memoria:

«¿Qué es pesado?, así pregunta el espíritu de carga, y se arrodilla, igual que el camello, y quiere que lo carguen bien. ¿Qué es lo más pesado, héroes?, así pregunta el espíritu de carga, para que yo cargue con ello y mi fortaleza se regocije. ¿Acaso no es humillarse para hacer daño a la propia soberbia? ¿Hacer brillar la propia tontería para burlarse de la propia sabiduría?» Estas palabras se refieren a la obediencia ciega ante la autoridad, la de aquellos que se arrodillan ante otros para llevar una carga que no les corresponde; son aquellos que soportan las convenciones sociales, es el deber, el símbolo de sometimiento por la ley moral de la verdad absoluta e impuesta y ante lo santificado, pero el camello quiere ser más y llegar a la siguiente transformación, —y Ian tenía los ojos azules dilatados, con una mirada serena y, así, prosiguió:

—Nietzsche trabaja el concepto de origen, que es la trascendencia, el fin último, la identidad, la religión, la razón, la verdad, la fe, las ideas platónicas, el bien y el mal, la

esencia hacia lo trascendente, lo que en Sócrates sería el *daimon*, la conciencia interior, los valores dados, fundamentados en la existencia humana, que ha abandonado el camino de la vida, y el cuerpo, que es ese campo de fuerzas, tanto apolíneas, que son la razón la belleza, la poesía, la armonía, la claridad, y las dionisiacas, que se refieren al canto del macho cabrío, a Dionisio, el dios del vino, del carnaval, de la embriaguez, la locura, los instintos; estas fuerza se perdieron con Sócrates y Platón y la sociedad griega se tornó hacia lo apolíneo; lo dionisiaco se convirtió en lo vergonzoso, en lo que nunca debe mostrarse; la grandeza de la época anterior a Sócrates estaba en no ocultar ninguna dimensión de la realidad, lo que se expresa en la tragedia, en la que armonizan lo apolíneo y dionisiaco, las dos dimensiones, sin ocultar ninguna; según Nietzsche, la tragedia es la esencia de la verdadera cultura, la lucha de la vida entre la embriaguez creadora y su negación, la norma, lo racional; con la decadencia del pensamiento en Europa, se produce una transvaloración.

«Nietzsche defiende a lo poderoso, lo arrastrado por la fuerza de vivir, lo que incita a las masas a seguirlo, lo que domina, que se apodera de todo, lo que sobresale por su individualidad; el vivir de este tipo de personajes era dionisiaco, con pasión, con fortaleza, embriagador, intenso, potente, libre; según ello, la vida es riesgo, lucha, enfrentamiento con el contendor, triunfo. —Ian no dejaba de hablar; parecía un político en campaña, pero era muy interesante lo que decía y, así, prosiguió:

—El camello es todo lo que al hombre lo condiciona; al nacer, sin darse cuenta, lleva sobre sus hombros el peso de la filosofía generada en Europa; al hombre lógico, que se vuelve uniforme, regular y calculable; se niega al dolor, al sufrimiento, que es parte de la vida; además, Nietzsche trabaja el concepto de procedencia, que no se refiere al origen de un grupo ni por su sangre ni su grupo social, ni la raza, sino es el origen del conocimiento, de lo que se conoce, de lo que se es; investiga los sucesos que habían ocurrido hasta el momento, la raíz de todo, que recaía sobre el cuerpo.

«Otro concepto importante, en la filosofía de Nietzsche, es el de comienzo, puesto que es lo que reprime el cuerpo, la historia, los fenómenos, la metafísica; también, se debe tener en cuenta la transformación del león. —Hizo una pausa, absorbió y espiró otras bocanadas de humo, mientras iban llegando indios, que a duras penas hablaban español, y había un

intérprete que les iba diciendo lo que Ian señalaba con sus palabras y toda esa gente estaba maravillada; el mambe había creado un vínculo tan fuerte, que los indios, Ian y yo estábamos muy conectados y captábamos los códigos de ese pensamiento, sin que importaran las lenguas; en un momento dado, Ian le pregunto al taita por qué el mambe se servía en madera y, él no podía hablar, porque tenía la boca llena de mambe y ambil, una abuela que estaba a su lado le respondió, con ayuda del intérprete que, como era puro como la leche materna, el metal lo cortaba, lo desnaturalizaba; aclarado ese asunto, Ian siguió refiriéndose a las transformaciones del espíritu, lo que era un saber que conocía como la palma de su mano, por lo que alzó la voz, para que lo oyeran todas las personas que se habían congregado, y dijo:

«La segunda, la transformación en león transforma aquí el espíritu, quiere conquistar su libertad como se conquista una presa y ser señor en su propio desierto. Aquí, busca a su último señor: quiere convertirse en enemigo de él y de su último dios, con el gran dragón quiere pelear para conseguir la victoria.» —Tras lanzar algunas bocanadas de humo, explicó que lo que había dicho se refería al acontecimiento, que hace variar la condición de fuerzas, desestabiliza un modo de ser, es un sacudimiento para despertar, pulsar las fuerzas dormidas para empezar a pensar con autonomía; un constante deseo de libertad, de crítica; es el gran negador, el nihilista activo que destruye los valores, dice no a la verdad, a Dios, a la razón; es el yo quiero y con él conquista su libertad; su fuerza le permite liberarse de la carga impuesta al camello, rechaza el tú debes, la ley moral, pero sigue siendo nihilista; necesita que su espíritu madurase y tomase más fuerza. Para crear sus propios valores, Nietzsche constituye una nueva imagen del pensamiento, con la idea del superhombre, que interpreta, se apropia con violencia de un sistema de reglas; escribe con su sangre, que es vida, desgarradura, espolones, sufrimiento, muerte, y construye otros sentidos, otros mundos; interroga, problematiza, es un pensamiento nómada; su voluntad como lector siempre es la de crear, la de construir, estar siempre en constante interpretación, —y siguió hablando, inspirado, mientras creía que todo era exótico, raro, único, original, colorido, aromático, con mucho sabor; dijo:

—«Yo odio a los ociosos que leen. Quien conoce al lector no hace ya nada por el lector. Un siglo de lectores todavía y hasta el espíritu olerá mal» , —quería explicar todo lo que citaba

y, entonces, señaló—: aquí, el autor se refiere a lo dicho antes, al criticar a los lectores pasivos, a los que no crean y no realizan sentidos de existencia; los invita a pensar, a que salieran del vacío, del miedo; estar siempre en constante interpretación, en una búsqueda permanente, que se agarrase a la existencia, que afirmase la vida hasta el último instante, así como el niño: «Inocencia es el niño, y olvido, un nuevo comienzo, un juego, una rueda que se mueve por sí misma, un primer movimiento, un santo decir sí. Sí, hermanos míos, para el juego del crear se precisa un santo decir sí: el espíritu quiere ahora su voluntad, el retirado del mundo conquista ahora su mundo». —Ian miró a todos y siguió:

—Él está más allá del bien y del mal, es inocente, caminante del devenir; construye, destruye y reconstruye, siempre en ese estado de guerra, de alteridad, crea nuevos conceptos; es un guerrero, reflexiona; es un espíritu libre que se posesiona de sí, se conoce; descubre, ejerce su voluntad de verdad, piensa a martillazos, afina el pensamiento, derriba los ídolos, los valores máximos, crea otros valores, otros posibles enunciados de verdad; es el sí a la vida; da sus propios valores, que van más allá de convenciones de la moral; lo único, según él, es vida; no arrastra culpa alguna, lo que le permite volver empezar una y otra vez sin remordimiento; está libre de prejuicios, crea desde la libertad radical sin importarle el qué dirán, ya que no hay solo una, ni es absoluta la verdad, es una construcción social de lenguaje, dada por las fuerzas que se apropian de la realidad y se plasman en la materialidad, donde se escriben los cuerpos, el mundo en que se desarrollan, los azares, los bajos fondos, lo agreste, lo complejo, la vida en plenitud.

«De acuerdo con Nietzsche, las masas, a quienes denominaba rebaño, manada o muchedumbre, se adaptan a la tradición, mientras el superhombre es seguro, independiente y muy individualista. El superhombre siente con intensidad, pero la razón frena y reprime sus pasiones; él siempre se centra en el mundo real, más que en las recompensas del mundo futuro, que han prometido las religiones, en general. Nietzsche, como buen filólogo, aborda el concepto de genealogía, donde emergen los valores, bajo qué fuerza se dan, cuál es la estimación de esos valores; un ejemplo sería la piedad; su estudio se orientaría a establecer de dónde surge ese valor, qué tipo de valoración se le da; la valoración siempre vendrá dada por la terrible materialidad; la gran revolución de Nietzsche fue una crítica y una propuesta

a que se derribasen todos los valores que niegan la vida, que se oponen a ella, y se respaldara con las obras y las palabras la vida, la voluntad de poder, el eterno retorno.

«La moral tradicional es decadente, aniquiladora de todos los momentos en que la vida brota; niega el deseo, el instinto, el impulso, la creación. Esta moral conserva un pesimismo, que debe superarse a través de una transvaloración de todos los valores. uno de los grandes cambios que señaló este pensador fue el arte como método de alcanzar nuevos valores; sostiene que tiene más valor que la verdad, porque afirma la vida del ser humano; esa forma desesperada para que se quisiera encontrar la verdad es una ilusión que niega la existencia; el artista libera su cuerpo, lo trabaja; libera en su obra emociones reales, no se rechaza; crea una forma de pensar poética; el artista instituye un equilibrio perfecto de las fuerzas apolíneas y dionisiacas, juega con el espacio libre, donde le da apertura a su ser; Nietzsche pensaba que la vida era dolorosa, pero el arte da el valor para decirle sí a la vida; como él decía: la vida sin la música es un error; el artista es el hombre intuitivo, ya que vive con el constante devenir del mundo sin sujetarse a las pautas sociales ni morales; es irracional, establece una nueva configuración de la cultura, formula metáforas nuevas y personales; vive el goce, el placer; nunca finge lo verdadero que siente y le pasa, lucha, sufre, padece, domina la vida, va más allá del discurso de la ciencia; ya pasó por las tres transformaciones del espíritu, surge con autonomía para crear nuevos valores; el artista es lo opuesto al hombre racional, que ha creado un mundo técnico civilizado y erudito, niega los sentimientos, se guía por la prudencia, la prevención y precisión; utiliza en forma repetida los conceptos, para regular su vida. —Ián se detuvo por un momento, tomó aliento y prosiguió:

«Hay períodos en los que el hombre racional y el hombre intuitivo caminan juntos; el uno angustiado ante la intuición, el otro mofándose de la abstracción; es tan irracional el último como poco artístico el primero», —citó; pensó durante un instante, siguió:

—Nietzsche siente una particular enemistad respecto a las éticas del deber, la utilitarista y, sobre todo, la ética cristiana, y valora, por el contrario, la vida sana, fuerte, impulsiva y con voluntad de dominio; todo lo débil, enfermizo y fracasado es malo, pero, en definitiva, la compasión es lo peor; distingue dos tipos de morales: una moral de aristocracia, que

corresponde a los mejores, los poderosos, que tienen superioridad vital y vigor respecto a sí mismos ante la exigencia y la afirmación de los impulsos vitales y defienden la individualidad; y la otra es la moral del vulgo o plebe, los débiles, los miserables, los degenerados, regida por la falta de confianza en la vida; creen en seres unitarios ficticios, como en la idea de Dios en el cristianismo y la del bien en Platón; estos individuos resultan nocivos, porque valoran la compasión, la humildad, la paciencia; es una moral de resentidos, que se opone a lo superior, el progreso, el cambio y, por eso, afirma lo igualitario y un constante castigo al cuerpo, que lo cohibe en todo momento.

«El error de la moral tradicional se caracterizaría por su anti-naturalidad, ya que impone leyes e imperativos que van en contra de los instintos primordiales de la vida; además, el ideal de esta moral es el imperio de la virtud o de tornar hacer bueno al hombre, aunque, en realidad, convirtiera al hombre en esclavo de esa ficción. Para hablar sobre el futuro de la filosofía en Nietzsche, se debe abordar el concepto de eterno retorno, que se refiere al tiempo del nihilismo pasivo, la época del último hombre, que reconoce la muerte de Dios, pero se siente incapaz de actuar ante ella, pues, según él ya no había más sentidos, solo el que otorgaba Dios, por lo que este hombre se siente desconcertado.

«Zaratustra es fue un líder religioso persa, que anunció la muerte de Dios y la llegada del superhombre, ya que él fue el fundador de la primera religión, monoteísta, el zoroastrismo; él creó el error de la existencia de una realidad trascendente abstracta, superior, la idea de un solo Dios y la propagó y, por tanto, debió reconocer que se había equivocado y predicar una nueva verdad, que es la muerte de Dios; es decir, que ya no hay verdades en las que creer, no hay nada trascendente el hombre del rebaño; al nihilista pasivo se lo ha condenado a que lo superase el superhombre, que mora en el eterno retorno y, para su llegada, se requieren las tres transformaciones: del camello, el león y el niño, para llegar a ese nuevo nivel, que interpreta el devenir, la máxima afirmación de la vida; el devenir es una afirmación sin finalidad; el superhombre ama la vida y este amor absoluto lo lleva a crecer a cada momento; ama hasta el hecho más doloroso, porque la vida es cruel; vive cada instante con intensidad y desea que se repitiese eternamente, para abrazar el eterno retorno y desearlo; siente un aprecio por el destino; el superhombre es voluntad de poder, ama su vida y siempre la quiere volver a vivir, no huye, no reniega; siente cada momento eterno,

según él todo se repite eternamente y, en ese devenir, se es cada vez más fuerte; el eterno retorno reivindica la vida, que es fugacidad, nacimiento, duración y muerte; no hay en ella nada permanente, pero se puede recuperar la noción de permanencia, si se logra que el propio instante durase eternamente, no porque no se acabase nunca, ya que sería imposible debido a la aparición de otros sucesos, sino porque se repite sin fin. —Y siguió refiriéndose a los libros que conocía, mientras devoraba un mango verde y veía fijamente hacia los árboles de ese fruto, donde había meditado por horas, a su sombra, acompañado siempre del fuerte cantar de las loras arco iris; ahora, citaba:

«¿Qué sucedería si un demonio te dijese: Esta vida, tal como tú la vives actualmente, tal como la has vivido, tendrás que revivirla una serie infinita de veces; nada nuevo habrá en ella; al contrario, es preciso que cada dolor y cada alegría, cada pensamiento y cada suspiro vuelvas a pasarlo con la misma secuencia y orden y también este instante y yo mismo? Si este pensamiento tomase fuerza en ti, te transformaría quizá, pero quizá te anonadaría también. ¡Cuánto tendrías, entonces, que amar la vida y amarte a ti mismo para no desear otra cosa sino esta suprema y eterna confirmación. —Tras llevar a la boca una cucharada de mame y mucho ambil y encender un tabaco negro, se hizo un largo silencio entre los presentes; entonces, Ian empezó a explicarlo y señaló:

—El eterno retorno se enfrenta al sentido del tiempo lineal, pasado, presente y futuro y propone una realidad universal cíclica y eterna y los acontecimientos que se dan dentro de ella; Nietzsche retoma algunas explicaciones presocráticas, como aquella que establece que, si la fuerza en el universo es finita y el tiempo infinito, el modo de combinarse dicha fuerza para dar lugar a las cosas que se puede experimentar es finito; pero una combinación finita en un tiempo infinito se condena a repetirse de modo infinito; no existe más que el presente, el aquí y ahora, el mundo que se vive hoy; el pasado ya fue y el futuro no existe, por lo que el hombre debe ser fiel al presente que vive, única realidad que se puede vivir realmente; un presente eternamente repetido, una tierra con procesos que comienzan y terminan sin cesar es el eterno retorno, que invita a permanecer fieles al tiempo de cada quien y a la tierra, se libera del lastre del pasado y del temor respecto al futuro; el eterno retorno es una proyección del deseo de eternidad del presente, de la voluntad de que todo permaneciera; es el sí infinito, eterno y absoluto, es el presente vivido; la vida misma, la

existencia toda es buena y justificable, porque se repite, —y terminó diciendo—: los conjuro, hermanos, a que permanezcan fieles a la tierra y no crean a quienes les hablan de esperanzas más allá de lo terrenal, pues son unos envenenadores, lo supieran o no.

Después de esto, todos todo lo ovacionaron, todos habían entendido el mensaje; Madre coca había sido el canal para que ese conocimiento penetrara en las mentes de los presentes, aunque algunos no entendieran el español; se puede decir que en la selva amazónica se hablan muchos idiomas, siempre se intercambian entre tribus; los nómades dejan parte de su linaje y costumbres y llevan guerreros y mujeres; ahí se establece un intercambio cultural muy fuerte; algunas de las tribus entienden hasta quince idiomas; los guerreros indígenas tienen hijos en cada zona que visitan, para pactar alianzas.

19. La abuela de los hongos

Habíamos pasado quince días en la comunidad uitoto y ya era el momento de reiniciar el camino; el viaje había sido muy duro, la atmósfera en la selva era tensa, tenía que usar botas de pantano todo el día; en esa época del año, abril, siempre está lloviendo, todo es muy húmedo; traté de encender mi pipa, pero, ¡maldición!, todos los fósforos se deshacían; de lo mojado, la noche anterior tampoco había podido dormir; todas las noches había oído sonidos aterradores de bestias; no sé si una noche, al ir a defecar, me pudiera devorar una boa; a lo lejos, se oyen fuertes rugidos de jaguar; los monos nunca me dejan en paz, siempre están arrojando semillas de los árboles, son ladrones, uno no se puede descuidar de los alimentos ni un segundo, pues, cuando estos maleantes andan cerca, hacen mucha bulla, todo el día follan y comen, por lo que se parecen mucho a los humanos; la selva es despiadada con sus residentes; tuvimos que ponernos inyecciones dolorosas para evitar el paludismo y la fiebre; todavía no me puedo explicar cómo los nativos son inmunes a las enfermedades que atacan a los “fuereños”, como ellos dicen; el toldillo nunca puede faltar, porque si no..., se está muerto; todo lo cubre la maraña, hay arenas movedizas, nunca se sabe cuándo se puede caer allí; los cerdos salvajes caen con frecuencia y los devoran hormigas rojas enormes; todo es muy libre, bestial.

Siempre estoy sudando, la temperatura es muy alta; se debe tener cuidado por dónde se camina; siempre se puede tropezar con una serpiente o un alacrán; Ian tuvo terribles convulsiones el otro día, pues lo atacó un pequeño alacrán negro, que había penetrado bajo su almohada; he aprendido a distinguir el olor de la orina del jaguar, que es muy fuerte, amarilla y huele mucho a azufre; cuando perciben ese olor, los nativos se ponen alerta, porque corren un gran peligro; el jaguar mea a sus presas, dantas, puercos salvajes y hasta lagartos, ya que es un excelente nadador; cuando las mea, se excita mucho y es agresivo; ataca a cualquier forma de vida, porque se siente atacado, como si le fueran a robar su presa; la selva me ha enseñado las leyes de la naturaleza, que son muy justas; la noche siempre es calurosa, es misteriosa, salen las ranas, zarigüeyas, luciérnagas, hay un concierto

de cigarras; no puedo nombrar todos los animales que he visto, pues no soy un biólogo, solo sé que, después de comprender los ciclos de la madre selva, descubro que son muy generosos, una fuente de comida para todo el año, para las personas y los animales; solo como frutas todo el día, en especial bananos, papayas, mangos, deliciosas granadillas, zapotes, guabas, una fruta muy exótica, que me recuerda a mí mismo, transparente y blanco por fuera pero con un corazón negro; cuando tengo mucha hambre pesco deliciosos bagres y los ahúmo para que durasen durante semanas; hay un variado conjunto de donde elegir, desde dantas, puercos salvajes, serpientes; pienso que este viaje me ha provisto una enseñanza muy fuerte; le contaré bellas historias a mi hijo cuando lo vuelva a ver.

Mañana compartiremos una ceremonia con la abuela Loreta, que tiene ochenta años, con el cuerpo pleno de fibra y tonificado, como una mujer de treinta años; tiene una voz sensual y seductora; es una señora que cura con hongos; en su comunidad, solo los puede preparar ella; por fin, llega el amanecer y los viajeros nos dirigimos a verla; tiene una energía muy fuerte, es baja, morena, con tres verrugas alrededor de su boca; su dentadura, en perfecto estado, era muy blanca, como la carne de pescado de río; tiene trenzas y su mirada intimidada a cualquiera; siempre sentada, con la boca llena de mambe, serena, medita con su tabaco; ella misma ha buscado los hongos, los ha soñado y ellos le han indicado su ubicación, sabe bajo qué árboles crecen, cuánta es la sombra que necesitan, pues son los más celosos en su crecimiento, se los debe cuidar mucho, como a hijos, les decía a las mujeres aprendices; ella los seleccionaba, sabía exactamente cuáles eran los matamoscas, con sus tallos blancos y el sombrero rojo con vetas blancas; solo ella sabía cocinarlo y extraer el veneno; sabía que vetas se debían comer y cuáles no; solo enseñaba a mujeres de corazón noble, con sentimientos puros, esta tradición; les narraba que, cierta vez, una de sus estudiantes se precipitó, se sentía lista para ser curandera, los peló, los cocinó y comió, para morir intoxicada; su piel se tornó azul y se hinchó como un sapo, y ya no se pudo hacer nada.

La abuela Loreta quería establecer un matriarcado, de mujeres curanderas; preparó una bebida mágica y pasteles galácticos, como ella decía; entonces, dijo:

—Gracias por haber venido, muchachos; esta es la medicina de la vida, la medicina que abre el pensamiento y enseña a valorar el hecho de estar vivo, —y empezó la ceremonia de

hongos; nos dio de beber, en un mate, un líquido denso grisáceo, muy amargo; después de haber tomado, partió los hongos que tenía y los dio, con un fragmento de cacao, para que tuviera mejor sabor, —dijo—; agradeció a sus ancestros, a los espíritus, una breve plegaria y empezaron los cantos de artistas existentes en la selva; los tambores sonaban y las flautas que imitaban los sonidos de las aves; también, quenenas, maracas, rondadores andinos y charangos, traídos por los cholos.

Un indio, con un sombrero redondo hecho con piel de cabra, delgado, moreno con ojos grandes marrones, labios carnosos, sus dientes eran chuecos y estaban muy manchados por el mambe, con una brillante larga y negra cabellera, oigo que empieza a cantar los más dulces versos, mientras tocaba el charango, con una voz entre andina y amazónica; siento que los hongos se han apoderado de mi cabeza y mi cuerpo, son niños que juegan, que ríen, que olvidan, siempre se están burlando de la racionalidad de los adultos y me muestran el camino de las simples cosas, que de lo pequeño se construyen grandes cosas; veo cómo el pincel, la pluma más fina empieza a escribir sobre un lienzo toda mi vida; es muy interesante y llegan recuerdos cuando apenas era un proyecto, veo que se va pintando y escribiendo en el lienzo, veo a mis padres que se aman después de haber fumado un gran cigarro de marihuana; entonces, por fin comprendo por qué tengo una relación tan fuerte con esta planta; descubro que ha estado conmigo desde mi primera forma de existencia, siento el poder sanador de los hongos; caigo en un hondo llanto, no me puedo contener; la pluma sigue escribiendo en el lienzo y me va mostrando que soy esa pluma y puedo escribir lo que quiera; veo que hay un hilo, muy delgado, que empieza en el centro de mi mente y me une al universo, me deja ver como la unidad más minúscula; muestra que mi gran misión en la tierra es ser escritor; corro, me revuelco en el pasto, me salgo de la maloca, quiero estar solo, quiero escapar de mi ropa, de mi cuerpo, conectar mi espíritu con las estrellas, volver a mi origen, me siento ebrio, chumado; comprendo, por fin, el carnaval de la vida; mi vida ha sido muy colorida; comprendo la ira, la tristeza, la desesperación, los momentos de magia, de amor, de locura, de éxtasis, de viaje, de fiesta; entro en un profundo letargo y empiezo a ver la historia de mi vida.

20. El viaje de la vida

Se puede decir que yo era una persona corriente, que nací en un pueblito donde lo que más me impresionaba era la mente de la gente; todo era muy cerrado, muy convencional, muy católico, con sus tradiciones a flor de piel, pero me doy cuenta que esas son las características de cualquier pueblo pequeño del mundo; yo calzaba muy bien con esa cultura, había hecho una vida para eso; inclusive me había preparado; mis padres me habían legado esa idea de una forma muy sutil, pero siempre había sido plena en mi subconsciente; toda mi niñez fue bastante adversa, pues, primero, mi madre era mujer muy hermosa, muy generosa, muy bondadosa, tenía cosas muy lindas, era una artista del diseño de modas, pero ella era una idealista, pero vivía muy en el aire, fumaba mucha marihuana, lo que generó mucha escasez por sus proyectos artísticos; lastimosamente, en nuestro país nadie puede vivir del arte, excepto los artistas patrocinados por la coca y los paras; esta escasez me generó algunos problemas de dinero; desde pequeño siempre luché por no sentir esa escasez, hacía lo que fuese por conseguir dinero; toda mi vida la fui diseñando para eso, me volví un autómatas, una persona muy juiciosa, muy sobria, muy ordenada.

Mi madre era una loca muy querida, pero yo debía ser más serio, amargado; estudiaba mucho y terminé dos carreras: Ingeniería agronómica e Ingeniería agroindustrial, que eran muy hermosas en su comienzo, pues estudiaban la vida, la naturaleza, me enseñaron a hacer mucho alcohol, a extraer muchas drogas; después, la tierra solo se volvió un medio de explotación, de alteraciones genéticas; a la tierra la trataban como a un ser inerte y nada más, a la que se le debía sacar la mayor producción económica posible; tras dar muchas vueltas, comprendí que no me conectaba con esa filosofía ni tampoco con mis compañeros, que eran parte de ese mundo, por eso ahora soy biólogo, desarrollo cursos de educación ambiental, ando en proyectos de seguridad alimentaria; se puede decir que soy un agrónomo reformado, que persigue la línea del arte, de la estimulación del cuerpo; mi contacto con la tierra ha sido muy fuerte, gracias a las medicinas como el San Pedro, que ha sido determinante en mi vida, ha curado lo más profundo de mi alma; me ha mostrado, en

realidad, quién soy yo, sin tanta historia, sin tantos traumas, sin esquemas, sin barreras; comprendo los dones que a cada uno le da la naturaleza, que puede hacer lo que se le diera la gana con ellos y entiendo que, de todas maneras, se pasa la vida.

Cada vez la comprendo mejor, pues era un tipo muy entregado a los requerimientos del sistema económico, era la reproducción de mi pueblo, de mi cultura y para qué cambiar, no tenía sentido, era antirracional, pero, de pronto, mi vida empezó a parecer una serpiente; el San Pedro siempre me habla de serpientes en mis sueños idílicos y mi primera experiencia espiritual fue mi encuentro con ella; de repente estaba a la otro lado del Atlántico, en un país muy frío, que nunca hubiera imaginado que pudiera existir; tenía que meterme a la nevera, para coger un poco de calor el invierno, que era muy fuerte, pero era la belleza de conocer algo diferente, los árboles sin hojas, llenos de nieve; disfrutaba al ver gente tan rara, tan diferente; esa cultura es muy bella, muy mítica, de mucha magia; me sorprendía ver a hombres tan perfeccionistas, que cada cosa, cada detalle, lo elaboraban con el mayor cuidado del mundo; son muy pensantes, siempre lo están arreglando todo; si hay una mesa con la pata dañada, la reparan de inmediato; siempre están construyendo algo; se puede decir que, en este escenario, se produjo mi despertar, porque todos son escenarios.

Recuerdo que estaba muy loco en ese tiempo, tomaba mucho alcohol y me drogaba; realmente no me conocía; toda mi vida había hecho lo que me habían dicho, de una forma lineal, era un robot: debía casarme, tener una sola mujer, tener hijos, estudiar y trabajar; esos eran los patrones que a diario repetía en mi mente y, además, nunca me fluyó su idioma; yo era muy tropical, me bloqueaba mucho, perdía exámenes de la lengua a cada rato; eso era terrible para mí, ya que ningún reto me había quedado grande; había preparado toda mi vida para eso, para ser un supuesto perfeccionista; había dejado mi país, mi novia, quería salir como fuera adelante, pero solo por alcanzar un status en Colombia, por ascender a un estrato social más alto; pensaba en mi familia y me decía:

—Si salgo adelante aquí, después los podré ayudar con facilidad. —Siempre llevaba cargas que no me correspondían; cuando perdí el último examen, caí en una depresión terrible, estaba enloqueciendo; estaba cansado de tomar Prozac y Clonazepam, dos medicamentos psiquiátricos que me ayudaban a dormir, porque había perdido el sueño natural. Me

levantaba a bañarme y las piernas me temblaban; no podía estar de pie, estaba muy mal; salía a la calle a insultar a la gente:

—¡Gonorreas, hijueperras, malparidos!, —eso sí, después de haber tomado una botella de vodka, pero, también, tenía muchos amigos, que me ayudaron en mis crisis; gente muy humana, comprometida con causas sociales, creadora de otros discursos, a veces un poco subversivos; amigos inolvidables de bohemia, que me ayudaron mucho tiempo para que pudiera publicar mis libros y me dieron dinero para que le enviara a mi hijo a Colombia; los aprecio mucho, pero ellos son muy extraños.

Cuando perdí ese examen, descubrí el poco amor que sentían por mí, todo ese mierdero que me había ocurrido desde cuando era un niño; me despreciaba mucho; siempre me echaba la culpa de todo desde mi infancia, me culpaba hasta por la separación de mis padres; mi primer ideal surgió a los cuatro años, cuando quería crecer para matar el nuevo novio de mi madre; todos esos primeros ladrillos fueron fundamentales posteriormente para la construcción de mi morada interior; había pasado por un proceso arduo; me pintaba el pelo de verde, me la pasaba gritando en la calle, me hice muchos tatuajes en esa época; siempre me daba miedo, pero, en una de esas situaciones, sentí como si tuviera la piel de una serpiente y me la halaran con mucha fuerza hacia abajo y empezara a nacer algo nuevo, algo más parecido a mi verdadero ser; esa era la sensación que me producía sacar esa piel y, al otro día, que le dijeran:

—¿Quién eres?, ¿qué te pasó?, hoy eres otra persona, —eso me resultaba muy llamativo; era como si mi espíritu, al fin, me diera una guía para asumir otro rol; cuando llegó la depresión tenía veintisiete años; todavía me decía:

—Y aún me faltan cuarenta años de esta misma mierda; ¡qué cosa tan aburrida!, ¿por qué es tan larga?, —y realmente no disfrutaba la vida; esa nueva piel de serpiente me hizo comprender la transformación, el parto, la desgarradura, el sufrimiento de los demás; fue muy atractivo ese cambio y sentía que era una etapa que tenía que quemar, aunque fuera dolorosa; era un impulso de vida, de amor, para buscar otras alternativas de vida que fueran acordes con mi nueva piel y empecé por buscar una mujer alemana, con la que tuve una hermosa niña, pero era muy dependiente de ella, la necesitaba para vivir; siempre la he

amado, pero quiero buscar la felicidad dentro de mí mismo; en ese tiempo, por fin dejé las pastillas antidepresivas, que tanto daño me habían hecho, y comenzó un camino de búsqueda espiritual; perdí mi fe en lo que deja la universidad, pero nunca he dejado de estudiar; descubrí que las universidades son como la ONU, son una mierda, pero es lo mejor que se tiene, es una gran fuente de diversidad cultural, es una manifestación significativa de la inquietud del espíritu humano y, por lo tanto, jamás se debe convertir en un vil negocio neoliberal capitalista, pero se deben tener títulos en esta sociedad hostil; a veces, solo así se logra que lo escuchen, que lo tomaran en serio, que lo patrocinaran en algunos viajes; vale la pena conocer esa experiencia, pero, con esas patrañas que ha creado la sociedad, por lo menos con algún título se puede llegar a más gente; la universidad es una ruta para crear nuevos discursos, porque, si se siguen los parámetros establecidos, la misión no se cumple a plenitud.

Al final, seguí estudiando ecología y medio ambiente, pues me pareció que eso sí era lo mío, por lo que decidí pasar a España; allí era difícil, también, pero un poco menos, ya que me defendía con el idioma y todo fue mejorando; llegué a Madrid; solo no quise depender de ninguna mujer, como estaba acostumbrado; entonces, como sabía hablar muy bien el inglés y a los españoles le daba mucha pereza hablarlo, entré a trabajar en un Jardín Botánico de marihuana y hongos; los dueños eran británicos, de los que llevo gratos recuerdos; allí fui feliz un tiempo, conocí más gente en mi nueva onda de estrellas, de modo que, cuando miro hacia el firmamento, los recuerdo, pues fueron almas gemelas; siempre las plantas han estado al lado; mi trabajo consistía en explicar a los niños y a la gente grande las clases de hongos, de marihuana, de salvias; era feliz al explicar el ciclo de todas estas medicinas; tenía una buena expresión, era muy espontáneo para hablar, de modo que incluso me felicitaban, a veces hechizaba a la gente; era el misterio que me arrastraba con su marea y, por fin, me dejaba llevar; había nadado tantas veces en contra de la corriente que, por fin, la belleza latina, que atraía a las muchachas en mi país, aquí era muy corriente, pero era diferente, por lo que le echaba el cuento hasta a la que vendía el pan.

Así, empecé a ganar mil euro mensuales; bueno, algo más que eso y me sentía el súper súper, un hombre realizado, que comía jamón serrano y bebía champaña, eso era muy corriente y fumaba el mejor jachís, que me regalaban por ser un trabajador del Jardín

Botánico, y era capaz de trabajar, de estudiar y enviar dinero a mi familia; como era un buen bailarín de salsa brava, la danza se volvió vital para mí, una liberación del cuerpo; es un talento nato de latino y le agradezco a la vida por encontrar la danza; ojalá pudiera danzar por siempre; ese fue un puente para conocer gente de muchos países, de todos los estratos económicos, de todos los niveles culturales, lo que me abrió mucho la mente, pero la gente más talentosa para bailar era la gente de África, con su color ébano característico.

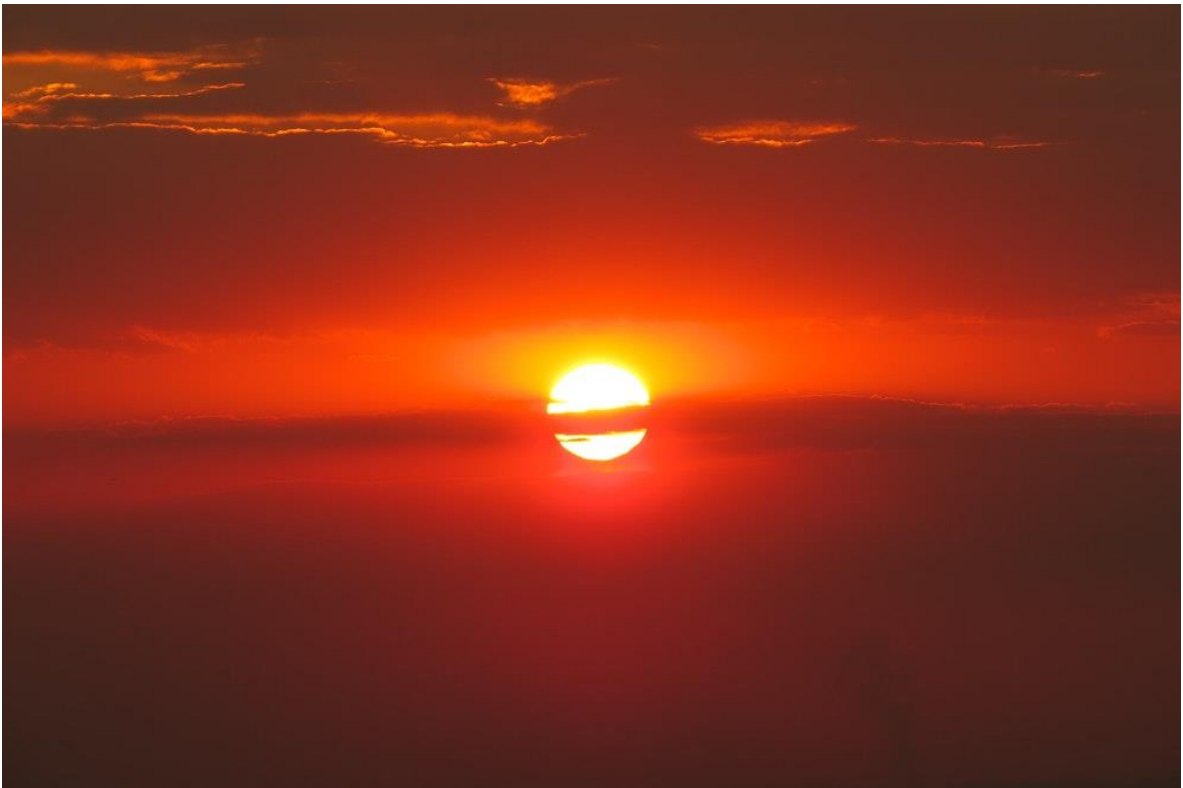


Figura 7. Peak of goats. Fotografía de Thiago Gomes.

21. El ocaso del éxtasis

Después, me interné en una aldea yogui; el yoga es la fuente de la eterna juventud, según la filosofía hindú; empecé como a trabajar la energía, lo que son los pensamientos, pero siento que no he podido escapar de mis karmas del todo; eso no es materia fácil; si no escapo de ellos y los venzo, será para siempre una vida ciega, que nunca se cuestionó ni conoció a fondo, porque nadie acepta su sufrimiento, todos niegan su dolor que, al final, es el camino a la felicidad.

La enfermedad de mi madre me ayudó a comprenderlo; su demencia, sus ataques de pánico, sus derrames y, al final, su muerte, me volvieron muy fuerte; llevaron a que renaciera mi voluntad, como ocurre con el ave fénix; entonces, el yoga curó mis heridas; aprendí a respirar, que es la mejor técnica para aclarar una situación; es muy difícil: al principio me desmayaba, me mareaba; los yoguis manejan la meditación que, también, me ayudó bastante; me enseñaron la técnica de vipassana, a percibir la energía de la gente, su nivel de vibraciones, a romper programas mentales, técnicas milenarias, que deben difundirse más; conocí una gurú muy importante, que era, a su vez, sicóloga; ella era una cabrona, que me decía que era un débil, que me liberara de todo; siempre me lanzaba mi hez en la cara, pero, en el fondo, me aclaró que lo hacía porque quería que fuera fuerte; siempre me decía:

—Terminarás por ser un demente, como dices que murió tu madre. —Después, nos pusimos a estudiar la cábala y decía que, cuando ocurren cosas terribles, era una gran oportunidad para una transformación positiva y profunda, y que debía enfrentar la adversidad para salir bien librado:

—¡Y si la dejas pasar y la esquivas, al final te vuelve mierda! —Bueno, era eso más o menos lo que decía la cábala; había ayudado a mi madre en su final, pero no me había derrumbado con ella; eso había sido lo importante; y, en cuanto a mi padre, que era un patán, malcriado, al que, a pesar de todo, quiero mucho, todavía vive.

De modo que, en realidad, lo que soy es un hijo de una loca con un patán, que nunca debió casarse; su matrimonio fue un caso fortuito, pero jamás he perdido la alegría; ahora que tengo hijos, comprendo a mis padres; me siento mal cuando recuerdo que puteaba y cuestionaba a mis padres, con ese bla bla que manejan los adolescentes; por fin, descubrí que me había liberado de mis karmas porque había dejado de juzgar a mis padres, pero, sin duda, ese ha sido un largo camino.

Durante un tiempo, ya no quería volver a Colombia, pues había comido demasiada mierda en el país; igual, siempre iba y venía; ahora he conocido el tantra, una técnica milenaria, procedente de la India; una vez llegó un buen amigo, del piso en el que vivía, y me dijo:

—Va a venir una maestra de tantra, de Calcuta; ¿será que se puede quedar en la casa?

—¡Claro que sí!, —le dije—; ¡qué interesante!

El tantra es una tradición que adora la fuerza del sexo en todo su esplendor; ella era una mujer morena, de ojos profundos como el mar, de cabello largo, oscuro, con el cuerpo de una gimnasta; su boca inspiraba muchas cosas; era mujer muy hermosa, muy exótica, con toda la indumentaria, con sus joyas, su vestido, su maquillaje; me parecía que hubiera salido de una de las historias de *Las mil y una noches*; se convirtió en alguien que llegó a ser determinante en mi vida.

Esa misma noche comenzó una ceremonia de tantra, que fue muy desestructurante; todo lo que pasó fue con ella; al otro día, decía:

—¡Pero qué he hecho, Dios!, —pues antes jamás había aprendido tantas cosas, que nunca me hubiera imaginado en la vida; esos fueron quince días de aprendizaje profundo; el tantra es un camino espiritual que me gusta mucho; es un camino que nada prohíbe; ve al ser humano con aceptación de todo lo que él es, en un amor incondicional, que le vino muy bien a mi ser; me llevo a un éxtasis de disfrutar la vida, sin drogarme ni nada, pero siempre con mi maestra anduvimos fuerte, pero el tantra va más allá del sexo, constituye una forma de vida, la unión con el todo; resulta hermoso entender la vida así, porque todo se vuelve magia, nada ocurre por casualidad.